

[CONTRA LA CARTA DE PARMENIANO.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS CONTRA LA CARTA DE PARMENIANO.

Sigue la obra contra la Carta de Parmeniano, en cuyo inicio Agustín menciona que previamente ha discutido mucho contra los donatistas, en parte mediante escritos breves y en parte mediante tratados o sermones dirigidos al pueblo. Ya había escrito numerosas cartas sobre su cisma: a saber, la carta 23 a Maximino; la carta 33 a Proculeiano; las cartas 34 y 35 a Eusebio; las cartas 43 y 44 a Glorio, Eleusio y Felices; la carta 49 a Honorato, y algunas otras dadas antes del año 400 d.C., que se presentan en el segundo tomo. También había publicado algunos libros, uno contra la Carta de Donato, obispo cismático de Cartago, y otros dos contra la Parte de Donato. El libro que llama contra la Carta de Donato se remonta aproximadamente al año 393 d.C., ya que en el primer libro de las Retracciones lo coloca inmediatamente después del Salmo contra la Parte de Donato, y testifica que fue compuesto en el mismo tiempo de su presbiterado. Sin embargo, los dos libros contra la Parte de Donato, a los que en el segundo libro de las Retracciones, donde enumera las obras compuestas durante su episcopado, asignó un lugar intermedio entre los libros sobre la Doctrina Cristiana y los libros de las Confesiones, debían referirse aproximadamente al año 398 d.C. Omitiendo estos dos opúsculos, que aún se desean, se presentan aquí tres libros contra la Carta de Parmeniano, anteriores a los demás libros de Agustín que existen contra los donatistas.

Parmeniano, obispo donatista en Cartago, predecesor de Primiano y sucesor de Donato, es conocido por su contemporáneo, Optato de Milevi, obispo católico, quien publicó una gran obra contra Parmeniano. Sin embargo, en la obra de Optato no se menciona la carta que Agustín se propone refutar en los libros siguientes. Esta carta fue escrita por Parmeniano a Ticonio, un donatista, para contener a un hombre de su comunión que insertaba en sus escritos ciertos testimonios y argumentos notables de las Escrituras a favor de la Iglesia católica. De ahí que Agustín, escribiendo a Vicente Rogatista, en la carta 93, n. 44, diga: «Ese es Ticonio, a quien Parmeniano reprime escribiendo, y lo disuade de escribir tales cosas; sin embargo, no refuta lo que escribe, sino que, como dije antes, lo presiona con un solo argumento, que al decir tales cosas sobre la Iglesia difundida por todo el mundo, y que los pecados ajenos no manchan a nadie en su unidad, sin embargo, se apartaba del contagio de los africanos como si fueran traidores, y estaba en la parte de Donato». Y en la carta 249 exhorta a Restituto a leer a Ticonio, quien «parece haber tratado y resuelto vigorosamente esa cuestión de cómo en la Iglesia de Dios, si no podemos corregir o extinguir lo que es perverso o incluso criminal, deben tolerarse con el vínculo de la unidad salvo».

Agustín aborda la Carta de Parmeniano en tres libros. En el primero, responde a las acusaciones y quejas injustas que aquel vertió contra los católicos. En el segundo y tercero, examina los testimonios de las Escrituras que Parmeniano utilizaba incorrectamente para engañar a los ignorantes y justificar la separación de los malvados, y los devuelve a su interpretación legítima.

Estos libros deben ser atribuidos al año 400 d.C. aproximadamente. Pues en las Retracciones se colocan bajo la obra sobre la Concordancia de los Evangelistas, que hemos datado alrededor del año 400. Además, cada vez que Agustín habla aquí de Optato Gildoniano, es decir, en el libro 2, capítulos 1, 4, 9, 15, insinúa suficientemente que ya había fallecido; y en el mismo libro segundo contra Parmeniano, capítulo 2, indica que se puso fin a su tiranía (lo cual ocurrió en el año 398 d.C., como veremos más adelante en el segundo libro contra las Cartas de Petiliano), llamándolo «el gemido decenal de toda África de Optato Gildoniano». Finalmente, en el libro primero, capítulo 9, dice que las «imágenes de los dioses

fueron ordenadas a ser derribadas y destruidas por leyes recientes». Estas leyes, como todos saben, no fueron dadas por Honorio antes del año 399.

Promete en esta misma obra tratar más ampliamente la cuestión del Bautismo. Se entiende fácilmente que cumplió su promesa de inmediato, ya que en la serie de las Retracciones se encargó de que los libros sobre el Bautismo se añadieran inmediatamente después de esta obra.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, CONTRA LA CARTA DE PARMENIANO. Tres libros.

LIBRO PRIMERO. Responde a las acusaciones y quejas injustas de Parmeniano contra los católicos; y muestra que los príncipes cristianos, por su deber y derecho, establecen correctamente penas para coaccionar a los herejes y cismáticos.

CAPÍTULO PRIMERO.---1. En otras ocasiones, ciertamente, he discutido contra los donatistas, según las fuerzas que Dios concede, en parte escribiendo y en parte también tratando el tema; pero ahora, dado que ha llegado a nuestras manos una cierta carta de Parmeniano, quien fue su obispo, escrita a Ticonio, un hombre dotado de agudo ingenio y elocuencia abundante, pero aún donatista, cuando pensó que él estaba en error al confesar la verdad; a petición, o más bien por mandato de los hermanos, decidí responder a esta misma carta de Parmeniano, especialmente por ciertos testimonios de las Escrituras que no son recibidos como deberían. Pues Ticonio, rodeado por todas las voces de las sagradas páginas, despertó y vio la Iglesia de Dios difundida por todo el mundo, como había sido previsto y predicho mucho antes por los corazones y bocas de los santos. Al percibir esto, emprendió demostrar y afirmar contra los suyos que ningún pecado, por más atroz e inmenso que sea, de cualquier hombre puede invalidar las promesas de Dios, ni la impiedad de cualquiera dentro de la Iglesia puede hacer que la fe de Dios sobre la Iglesia futura y extendida hasta los confines de la tierra, que se ha mantenido en las promesas de los padres y ahora se exhibe, sea anulada. Así pues, Ticonio, al discutir esto con gran vehemencia y abundancia, y al cerrar las bocas de los contradictores con muchos y grandes y manifiestos testimonios de las sagradas Escrituras, no vio lo que consecuentemente debía ver, a saber, que aquellos cristianos en África pertenecían a la Iglesia difundida por todo el mundo, quienes ciertamente no estaban separados de la comunión y unidad de ese mismo mundo, sino que estaban conectados a él por la comunión. Sin embargo, Parmeniano y los demás donatistas vieron que esto era consecuente, y prefirieron adoptar una actitud obstinada contra la verdad clarísima que Ticonio afirmaba, antes que ser superados por las Iglesias africanas que gozaban de la comunión de esa unidad que Ticonio afirmaba, de la cual ellos se habían separado. Y Parmeniano, en efecto, primero pensó que debía corregirlo mediante una carta; pero después, se dice que fue condenado por su concilio. Por tanto, decidimos responder a la carta de Parmeniano, que escribió a Ticonio, reprendiéndolo por predicar la Iglesia difundida por todo el mundo, y advirtiéndole que no se atreviera a hacerlo.

CAPÍTULO II.---2. Veamos, pues, en primer lugar, qué significa eso de que «los galos, los hispanos, los italianos y sus socios», a quienes ciertamente quiere que se entienda como todo el mundo, «son semejantes a los africanos traidores en el comercio de crímenes y la sociedad de delitos». Pues a un hombre que presenta tantos y tan grandes documentos de las Escrituras sagradas, él mismo habla sin documentos y quiere que se le crea sin probar nada; invitándolo, por así decirlo, a imitarlo, porque él mismo creyó a algunos de sus coepiscopos que hablaban contra tantas Iglesias establecidas en tan gran extensión de todas las tierras, sin más que palabras. ¿Qué puede encontrarse más temerario que esta credulidad? Pues dice que

«algunos, cumpliendo una misión», como él mismo afirma, «testigos fidelísimos, llegaron a esas provincias», y luego «con la llegada duplicada de santísimos», como él mismo dice, «sacerdotes del Señor, se publicaron más clara, plena y verdaderamente» las cosas que objetan; un hombre que piensa que se le debe creer más a él que a Dios. Ticonio presenta los truenos del Testamento divino, lo que se hizo en la promesa a Abraham y en la promesa a Isaac y Jacob, de quienes se testimonia que es su Dios diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; este es mi nombre para siempre (Éxodo III, 6, 15). Y este opone las narraciones de sus consagrados. ¿Qué se dijo a Abraham? En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Génesis XXII, 18). ¿Qué se dijo a Isaac? Y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque Abraham tu padre escuchó mi voz (Génesis XXVI, 4, 5). ¿Qué se dijo a Jacob? Yo soy el Dios de tu padre Abraham, y el Dios de Isaac, no temas. La tierra sobre la que duermes, te la daré a ti y a tu simiente: y tu simiente será como la arena de la tierra, y se llenará hacia el mar, el sur, el norte y el oriente; y en ti serán benditas todas las tribus de la tierra, y en tu simiente (Génesis XXVIII, 13, 14). Para que no piensen que se dijo de los judíos; el Apóstol explica qué es la simiente de Abraham, en la que se dijo que serían bendecidas todas las naciones. A Abraham, dice, se hicieron las promesas y a su simiente: no dice, Y a las simientes, como si fueran muchas; sino como en una, Y a tu simiente, que es Cristo (Gálatas III, 16). En Cristo, pues, se prometió con tanta autoridad que todas las naciones recibirían bendición, y se exhibió con tanta verdad; ¡y contradicen quienes quieren ser llamados cristianos! ¿Y qué oponen a esto? «Algunos, cumpliendo una misión», dice, «testigos fidelísimos llegaron a esas provincias: luego, con la llegada duplicada de santísimos sacerdotes del Señor, se publicó más clara, plena y verdaderamente». ¿Qué, te pregunto, qué se publicó por esos testigos fieles, a quienes queréis que sean más fieles que Dios? ¿Acaso que por los africanos traidores la simiente de Abraham, que es Cristo, no se permitió llegar hasta todas las naciones, y allí se secó donde había llegado? Decid ya que se debe creer más a vuestros colegas que al Testamento de Dios: y diciendo esto, os jactáis de haber conservado el mismo Testamento del fuego, que intentáis borrar con la lengua.

3. Pero que cada uno elija lo que le plazca; y si contra los relámpagos celestiales el humo del engaño terrenal prevalece en algo, dejando el cielo, desvanezca en los vientos. Pues si Parmeniano no favoreciera a su cátedra, elegiría más bien creer a la Escritura de Dios que a sus colegas. Porque Dios dice a Jacob: No te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho (Génesis XXVIII, 15). Pero es mucho más creíble que, ya que habían sido justamente reprobados, no fueron admitidos a la comunión en aquellas partes donde Dios ya cumplía lo que había prometido a los padres, y por eso de los santos sacerdotes de Dios, a quienes no merecieron ser recibidos, se jactaron de tales cosas, con las que engañaban a los ánimos débiles de las plebes que habían seducido con rumores falsos, y a las mentes temerariamente crédulas atrapadas por la soberbia de su nombre, las desgarraban de la paz del orbe de la tierra. ¿Qué hay más insensato, o más bien demente, que esto? En tantas naciones del orbe de la tierra, Dios ya ha comenzado a cumplir y aún cumple, hasta que llegue a todas, lo que prometió, quien dijo, No te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho. Y estos ya creen a los que anuncian que no se cumple lo que Dios prometió, y por eso, de las partes del orbe de la tierra donde ya se había cumplido, la simiente de Abraham, que es Cristo, ha perecido, y las promesas de Dios han sido anuladas, porque no fueron admitidos a la comunión de aquellos en quienes ya se mantenía cumplido el orbe. Y no se les dice, Solo Dios es veraz, y todo hombre mentiroso (Romanos III, 4): de lo vuestro decís esto, Quien habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44): vosotros, pues, como hombres mentís, porque como hombres os enojáis. No se les dice esto, sino que además se les cree, que del orbe de la tierra, que ya

había comenzado a poseer, Cristo ha perecido. Y quienes creen esto, cuando impúdicamente decían, Somos cristianos; se atreven a decir, Solo nosotros somos.

CAPÍTULO III.---4. También dice Parmeniano que de aquí se prueba que el orbe de la tierra estaba manchado de crímenes de traición y otros sacrilegios; porque aunque se cometieron muchas cosas de este tipo en tiempo de persecución, no se hizo por ello ninguna separación de los pueblos en esas provincias. Como si no pudiera haber sucedido que en parte los malvados permanecieran ocultos y no fueran acusados, para que pudieran ser condenados sin ninguna temeridad; en parte también fueran delatados y condenados, y porque no se les acusaba de cosas manifiestas, se abstuvieron de perturbar y dividir las Iglesias: y así sucedió que, aunque algunos no fueran acusados, ciertos crímenes inciertos se dejaron a Dios por la paz cierta, y otros se manifestaron y condenaron de tal manera que ningún condenado pudiera, con simulada inocencia, engañar a los pueblos, de modo que no se rompiera el vínculo de la unidad. Ni siquiera en África se habría producido este mal tan inmenso de la separación, si no hubiera prevalecido más la facción falsa de los que fingían, que la razón verdadera de los que convencían.

5. Lean quienes quieran lo que narra, y con qué documentos persuade tantas cosas el venerable Optato de Milevi, obispo de la comunión católica (Contra Parmenianum, lib. 1), ya sea sobre Lucila, una mujer muy rica y facciosa en ese tiempo, a quien el santo Ceciliano, aún diácono, había ofendido por la disciplina de la Iglesia; o sobre los demás cómplices de su facción, ya sean ladrones de plata eclesiástica, o dolidos por no haber llegado al episcopado, y atacando a Ceciliano, que había sido preferido a ellos, con las insidias que podían; o sobre los obispos númeridos que esta facción había convocado para la perdición de Ceciliano, para que, deponiéndolo, se ordenara otro para ellos. Quienes, viniendo con su primado, entonces Segundo de Tígride, y otros a quienes Segundo mismo había perdonado confesos crímenes de traición, como consultando la paz, como testifican los registros eclesiásticos, juzgaron que Ceciliano, ausente, era traidor sin ninguna dilación de una investigación más diligente, sin guardar lugar para la respuesta, para que le perjudicaran, ausente, solo con crímenes de traición objetados, mientras que a sí mismos, presentes, confesos, se perdonaron. Así, contra el que se sentaba en la cátedra, con quien todo el orbe cristiano en tierras transmarinas y lejanas, y en las mismas africanas más graves y robustas contra tales engaños, comunicaba con las Iglesias, ordenaron otro obispo, para que pudieran, por su hecho, contradecir las promesas de Dios, para que en la simiente de Abraham no fueran bendecidas todas las naciones; para que también dijeran que esas partes del orbe de la tierra estaban manchadas por traidores africanos, que ni siquiera habían oído el nombre de Ceciliano. Además, contra el orbe de la tierra, que decía, Lo que reprochas a tus ciudadanos, ni pude conocerlo, ni debía condenar lo desconocido (o ciertamente cómo se comportaba su vida, que sin embargo no lo convencieron de ningún crimen, lo habría oído como inocente), presentan el testimonio del Apóstol que dice, No solo los que hacen tales cosas, sino también los que consienten a los que las hacen (Romanos I, 32). ¿No les bastó condenar a tantos y tan grandes pueblos cristianos sin oírlos, sino que además se atreven a citar las palabras del Apóstol, pero no su entendimiento? Pues si consentir a los malhechores es estar con ellos en la Iglesia, también el Apóstol consentía a los falsos hermanos, entre quienes testificaba que se ponía en peligro (II Corintios XI, 26), y a quienes, predicando el Evangelio no con pureza, sino por envidia sin caridad, sin embargo, les permitía predicar (Filipenses I, 15, 17, 18). Pero si consentir a los malhechores no es otra cosa que aprobar y alabar sus malas obras; con el ejemplo del Apóstol, el orbe de la tierra no consentiría en los crímenes de los africanos, incluso si los conociera y los tolerara por la paz de la Iglesia; lo cual, sin embargo, no prueban que el orbe los conociera, incluso si pudieran probar que eran verdaderos.

CAPÍTULO IV.---6. En vano, pues, dice Parmeniano que los traidores condenados en África fueron aceptados en la condenación por las provincias transmarinas. Esto es lo que no debemos creer, para no condenar sacrílegamente, por la falsa acusación de estos, al orbe de la tierra fundado en la unidad de Cristo, más bien que amarlo por la verdadera promesa de Dios. Pues, ¿qué es más creíble, lo que dijo Dios, En tu simiente serán bendecidas todas las naciones; o lo que dicen estos, En la simiente de los traidores africanos son maldecidas todas las naciones: para que prevalezca más lo que cometió la iniquidad, que lo que prometió la verdad? ¿Por qué, entonces, no creemos más bien que aquellos que fueron recibidos en comunión por las provincias transmarinas, o no pudieron ser oprimidos por los calumniadores, lo cual puede persuadirse más probablemente con muchos documentos; o ciertamente, si no pudieron ser convencidos, incluso si fueron malvados, fueron recibidos como inocentes, sin ninguna contaminación de los que los recibieron? ¿Qué, si incluso por malos hermanos, como los que el Apóstol toleró en la unidad de la Iglesia, como el mártir Cipriano gime en la Carta sobre los Caídos; si, pues, por tales hermanos, incluso constituidos en el número de jueces, se hubiera actuado con alguna maldad, de modo que los traidores no pudieran ser excluidos y convencidos, y el orbe cristiano fuera engañado por su simulada inocencia, de ninguna manera habría perdido su inocencia.

7. Pues lo que dicen de Osio, el antiguo obispo católico de Córdoba, se debe exigir que lo prueben, no solo que fue tal como dicen, sino que era manifiesto para aquellos con quienes afirman que él comunicó. Pues si no prueban esto, en vano dicen que sabían cómo era: porque a los que no lo sabían no pudo perjudicar, de quienes estos, separándose de los inocentes, por la misma iniquidad sacrílega de la separación, no pueden ser inocentes. Esto es más creíble (si, sin embargo, Osio fue condenado por los hispanos y absuelto por los galos), que pudo haber sucedido así, que los hispanos, engañados por falsas acusaciones y por la astuta trampa de las insidias, dictaran sentencia contra un inocente, y luego pacíficamente, en humildad cristiana, cedieran a la sentencia de sus colegas, a quienes se comprobó su inocencia, para no defender obstinadamente sus primeras sentencias con una perversidad animosa, cayendo en el sacrilegio del cisma, que supera todos los crímenes, con la ceguera de la impiedad: como hicieron estos miserables, y ni siquiera ahora, divididos y desgarrados tantas veces, sienten lo que hicieron.

8. Por tanto, es suficiente y claramente evidente de dónde se volvieron incurables, a saber, para no verse obligados a condenar sus propias sentencias, que pronunciaron temerariamente contra el ausente Ceciliano, si en el juicio transmarino, donde fueron vencidos por Ceciliano presente, se sometieran a la consideración de la verdad y la paz; obteniendo una victoria mayor si al menos después del juicio superaran la animosidad humana, que si vencieran al hombre en el mismo juicio. Pues esa victoria es más excelsa y llena de un triunfo más elevado, que si no solo se refiere a un hombre vencido, sino a toda una ciudad subyugada, como dice la Escritura: Mejor es el que vence la ira, que el que toma una ciudad (Prov. XVI, 32). Por lo tanto, ellos deseaban vencer al hombre, pero eran vencidos por la ira. Y como no pudieron vencer al hombre, fueron vencidos tanto por el hombre como por la ira: por el hombre, porque fueron vencidos en el juicio; por la ira, porque ni siquiera vencidos descansaron, escuchando o leyendo con un corazón muy perverso la sentencia del Apóstol que dice: Si lo que destruí, esto vuelvo a edificar, me constituyo a mí mismo transgresor (Gál. II, 18). Estas palabras, si el mismo Apóstol las entendiera con un ánimo tan siniestro, ni sería cristiano ni apóstol, ni como predicador edificaría las Iglesias que antes como perseguidor destruía. Por lo tanto, nunca se han mostrado tan abiertamente, por qué no quisieron corregirse ni siquiera vencidos, como cuando detestan a los españoles, porque después de sus sentencias pronunciadas de otra manera, se sometieron a la discusión y juicio posterior de sus

colegas. Pues esto se hizo por mansedumbre cristiana, mientras que aquello por contención diabólica: y por eso no es de extrañar que con esta humildad se haya conservado la paz, y con aquella altivez se haya roto. Por lo tanto, se les devuelve justamente lo que hicieron: enseñaron tales cosas a sus descendientes. Pues también los maximianistas no cedieron al juicio de trescientos diez de sus colegas, por el cual Primiano, a quien ellos mismos primero condenaron, fue juzgado inocente, sino que por dicha contumacia oponían la sentencia apostólica a los ignorantes, diciendo: Si lo que destruí, esto vuelvo a edificar, me constituyo a mí mismo transgresor. Pues cien colegas destruyeron a Primiano, y por eso no quisieron reconstruirlo con los trescientos. Así, mientras fingen cuidarse de no edificar al hombre que destruyeron, se destruyeron a sí mismos con el mal del cisma sacrílego.

9. Sin embargo, si Parmeniano viviera, ya no se atrevería a reprochar a los españoles, y a llamarlos transgresores por desviarse de su sentencia hacia la de sus colegas, para no ofender a sus propios colegas, quienes muchos, corregidos para mejor, se unieron al concilio de los trescientos, eligiendo más bien ir contra sus propias sentencias que contra la paz de la unidad, incluso en la parte de Donato. Y especialmente Parmeniano perdonaría a Praetextato de Assur y a Feliciano de Musti, quienes, aunque condenados por trescientos diez de sus coepiscopos, regresaron a los mismos de quienes habían sido condenados, por el afán de concordia, y fueron recibidos por sus condenadores con el mismo afán sin detrimento alguno de su honor, por la paz: y nadie pensó que debían ser rebautizados, quienes habían sido bautizados por ellos fuera en el cisma. ¿O acaso porque a Parmeniano le desagradan mucho quienes corrigen sus sentencias, y no entendiéndolo a quienes el Apóstol llama transgresores, detestaría a estos, porque prefirieron regresar adentro que permanecer afuera, y al unirse a algunos socios similares, incluso crearía parmenianistas, como ya se han hecho muchos fragmentos de este fragmento por toda África? Así, así es necesario que se dispersen cortados y divididos en pedazos, quienes prefirieron la hinchazón de su animosidad al santísimo vínculo de la paz católica. Pues no se deben temer tanto las amenazas de Parmeniano, como considerar lo que confiesa.

CAPÍTULO V.---10. Pues al decir que, por Osio el español, se prestó ayuda a Ceciliano, para que el número de santos e inmaculados se viera obligado a su comunión, y que la fe íntegra de los siervos de Dios resistió a esta impiedad; confesó espontáneamente que los suyos mismos acudieron también a Constantino, y que su causa fue conocida por el juicio de los obispos, presidido por Melquíades, obispo de la ciudad de Roma. En cuyo juicio, como atestiguan los Actos eclesiásticos, porque fueron vencidos, y Ceciliano fue hallado inocente, acusan a Melquíades de traición. Pregunto cómo lo supieron. Pues si fue antes del juicio, no debieron prejuzgarse a sí mismos, para comenzar a litigar ante tal juez, incluso por mandato del Emperador a quien ellos mismos acudieron, para someterse a tal juicio. Pero si afirman haber aprendido que era traidor después de la causa dictada y la sentencia pronunciada, ¿son tan dementes los hombres que creen a los litigantes vencidos contra los jueces ante quienes fueron vencidos? Y sin embargo, en todo esto (aunque con gran temeridad, acusan a los italianos, galos y españoles, dejando de lado tantas otras provincias y pueblos de los que se separaron con nefando sacrilegio, a quienes ciertamente no podrían perjudicar los crímenes de los italianos, españoles y galos, incluso si fueran ciertos), ya acusan ciegamente, o más bien con furia, a las demás tierras, y se enojan con ellas: porque, dicen, cuando había dos partes en África, una de traidores, y otra de inocentes, prefirieron unirse a los traidores que a los inocentes. Esta única acusación se refuta muy brevemente y verdaderamente así, porque cuando oyeron que había dos partes en África, una de traidores, otra de inocentes, creyeron que era inocente aquella que había ganado su causa ante los jueces eclesiásticos vecinos. Por lo tanto, siempre permanecieron inocentes aquellos que, sin saber cómo se llevaron a cabo

estas cosas en África, creyeron, sin embargo, lo que debían creer pacífica y religiosamente, de quienes la separación no pudo de ninguna manera ser inocente.

CAPÍTULO VI.---11. También confiesa Parmeniano que en la ciudad de Arlés se reunieron los obispos jueces y las partes de África, a saber, Ceciliano y los donatistas; donde creyó todo a los suyos, a quienes los vencidos no pudieron más que quejarse de los jueces: sin embargo, no niega que nuevamente acudieron a Constantino; y porque también allí fueron vencidos en el último juicio, incluso acusa al mismo de haber sido corrompido por el favor. Considerando todo esto, quien juzga sin parcialidad, elija a quién creer; si a los jueces que pronuncian sentencias, o a los litigantes contra quienes fueron pronunciadas, que no quieren terminar el litigio. Ciertamente, el orbe terráqueo creyó a los jueces. Pero quienes consienten con los donatistas y los defienden, confiesan que creen a aquellos que no pudieron ganar su causa, cualquiera que haya sido, en tantas disputas transmarinas, y con crédula vanidad aceptan sus murmuraciones y crímenes contra los jueces. En lo cual, si se dicen inocentes, y aquellos que sabemos que fueron vencidos; cuánto más inocentes son quienes no quieren temerariamente creer algo malo de los mismos jueces, de quienes es necesario que quienes fueron vencidos se quejen. Pues no solo quien pierde una buena causa se queja de un juez injusto o lento o negligente: sino también quien ha sido justamente vencido murmura con esa ceguera de un juez inocente, con la misma ceguera con la que litigaba con un adversario inocente. Por lo tanto, estos no son malvados porque no quieren temerariamente creer algo de todos los vencidos: sino porque se cortaron con furia de cisma de aquellos inocentes, quienes mucho más razonablemente no quieren creer tal cosa de los mismos jueces.

CAPÍTULO VII.---12. Que exista alguna de aquellas partes en el nombre de Cristo una Iglesia nobilísima, de aquellas siete, y si se prefiere, especialmente Filadelfia (Apoc. III, 7), que por el nombre místico en lengua griega indica la caridad fraterna. Escuchemos, pues, su voz, y que no hable su paja, sino su trigo. Si, por tanto, dijera a estos: ¿Qué me reprochan, hermanos? ¿Qué acusan? Cuánto intervalo según el lugar terrenal estoy alejada de África, en parte pudieron saberlo, en parte oírlo: qué hicieron allí entonces, ya sea traidores, o acusadores o condenadores de traidores, o calumniadores o opresores de inocentes, lo ignoro por completo. Pero aquel nuestro Señor que compró todo el mundo con el precio de su sangre, cuyos santos comercios el profeta cantó mucho antes diciendo: Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos: ellos mismos me miraron y observaron, repartieron entre sí mis vestiduras; y sobre mi ropa echaron suertes: entre nosotros y ustedes no estableció espacios vacíos y desnudos de cristianos; llenó todo esto con la santificación de su nombre. Pues en ese mismo salmo de la pasión, no solo se declara cuánto, sino también cuánto compró: pues allí poco después se dice: Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones; porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Sal. XXI, 17, 18, 19, 28, 29). Por lo tanto, de su causa tal vez me vería obligada a juzgar, si fuera vecina, o tan alejada, que entre nosotros y ustedes no habitaran otros cristianos marcados con el mismo nombre, pacificados con la misma unidad. Muchas naciones de las gentes se interponen, compradas junto conmigo con la sangre de aquel, en cuya presencia adoran conmigo por igual. A través de ellas llegó a mí la fama de ustedes; ellas pudieron examinar su causa por la vecindad: si no se hizo, ustedes lo descuidaron; pues no siendo descuidados por los demás, no habrían llegado hasta nosotros: si algo se juzgó, perdonen, no me atrevo a creer temerariamente a ustedes vencidos, y condenar a sus jueces con la misma temeridad. A esto se añade otra cosa que me mueve mucho, porque si ustedes fueran inocentes oprimidos, al menos nos amarían a nosotros, hermanos que no les hemos hecho ningún daño: pero al ver que nos, quienes bien conscientes estamos de que su causa fue encomendada a sus vecinos con el justo derecho de la Iglesia,

quienes ante Dios saben cómo juzgaron, sin embargo, prefieren lacerarnos con maldiciones y perseguirnos con odios amargos, y como si por ustedes Cristo hubiera perdido su herencia entre nosotros, incluso intentan rebautizarnos, ¿qué bueno podemos pensar de esa su causa? Pues quienes no dudan en condenar a hermanos remotísimos con sospechas temerarias, muestran cuán justamente pudieron ser condenados por un juez vecino, quienes no dudan en condenarme a mí, hermano tan lejos ausente, sin oírme; imputándome este gran crimen, porque no pudiendo estar presente, creí más bien a los jueces a quienes se llevó la causa, que a los litigantes vencidos. A los cuales jueces, si no les hubiera creído, incluso si aquellos que fueron vencidos fueran inocentes, yo no podría ser inocente. Pues estaríamos implicados en un gran delito, si no pudiendo ver los corazones humanos, ni manteniendo la disciplina eclesiástica, no quisiéramos creer a quienes juzgan, más allá de quienes no pudo pasar la causa, y por quienes pudo llegar a nosotros la fama. De estos inocentes te desgarras con impía separación, y te dices inocente: lo cual si fueras, al ver en las Escrituras santas que la mies de tu Señor no puede separarse de la cizaña y la paja antes de la última segregación y ventilación (Mat. III, 12, y XIII, 27-43), elegirías más bien ser fuerte en soportar los males, que impío en abandonar los bienes. Pues, ¿por qué no creemos que estas son las voces de las Iglesias de todo el mundo lejanas, y cuán justísimas, que he figurado en Filadelfia?

CAPÍTULO VIII.---13. Además, Parmeniano se atreve a quejarse de que Constantino ordenó que fueran llevados al campo, es decir, al suplicio, quienes vencidos ante los jueces eclesiásticos, ni siquiera ante él pudieron probar lo que decían, y aún se agitaban con furia sacrílega en la separación de la santa Iglesia: y acusa que lo ordenó cruelmente, sugiriendo Osio el español: condenando, como siempre, a los no oídos con sus sospechas. Como si otro no pudiera creer más humanamente y con más probabilidad, que Osio, como obispo, sugirió que se hiciera para que el Emperador inclinara la sentencia a una coerción más leve, aunque de un crimen muy atroz, es decir, del cisma sacrílego. Pues, ¿qué no sufren justamente estos, cuando sufren por el juicio altísimo de Dios que preside y advierte con tales azotes para evitar el fuego eterno, tanto por el mérito de sus crímenes como por el orden de las potestades? Pues primero prueben que no son herejes o cismáticos, y luego se atrevan, si algo de molestias o penas sufren de los emperadores cristianos, a ponerlo en queja, o a asumirlo en gloria. Sobre lo cual, es decir, sobre la cuestión del mismo cisma, si no dijera nada más, lo que se ha dicho anteriormente sería suficiente.

CAPÍTULO X.---16. ¿Acaso dirán que, aunque se les convenza de estar en una disensión sacrílega, y por esa demencia sufran algo, no son mártires; sin embargo, no debería corresponder a la potestad de los emperadores reprimir o castigar tales cosas? En este asunto pregunto qué dicen: ¿es que sobre una religión viciosa o falsa no deben preocuparse tales potestades? Pero ya hemos dicho mucho sobre los paganos, e incluso sobre los mismos demonios, que sufren persecuciones por parte de los emperadores. ¿O también esto les desagrada? ¿Por qué entonces, donde pueden, derriban templos y no cesan de hacer o vengar tales cosas a través de los furiosos Circunceliones? ¿Es más justa la violencia privada que la diligencia real? Pero dejo esto de lado; pregunto, cuando el Apóstol enumera claramente las obras de la carne, que son, dice, fornicaciones, inmundicias, contiendas, emulaciones, animosidades, disensiones, herejías, envidias, borracheras, comilonas, y cosas semejantes a estas (Gál. V, 19); ¿qué les parece a ellos, para que consideren que el crimen de idolatría debe ser justamente castigado por los emperadores? O si tampoco quieren esto, ¿por qué admiten que se ejerza justamente el vigor de las leyes contra los hechiceros, pero no quieren admitirlo contra los herejes y las disensiones impías, cuando en los mismos frutos de iniquidad se enumeran por autoridad apostólica? ¿O acaso tales potestades de esta constitución humana no están permitidas para cuidar de estas cosas? ¿Por qué entonces lleva la espada, quien ha sido

llamado ministro de Dios, vengador para ira contra los que hacen mal? A menos que, como algunos de ellos, ciertamente muy ignorantes, suelen entender esto, se diga de los honores eclesiásticos, para que la espada se entienda como venganza espiritual, que opera la excomunión: cuando el muy previsor Apóstol, en el contexto siguiente de la lectura, deja suficientemente claro de qué habla. Allí añadió, Por esto también pagáis tributos: y luego añadió, Pagad a todos lo que debáis; al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que honor, honor; al que temor, temor (Rom. XIII, 1-7). Esto, pues, ya queda, que con sus disputas prohíban a los cristianos pagar tributos: cuando el Señor, a los fariseos que sentían tales cosas, a quienes estos imitan, al ver la moneda, dijo, Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Mat. XXII, 21). Pero estos, desobedientes e impíos en ambos aspectos, ni devuelven a Dios el amor cristiano, ni a los reyes el temor humano: tan ciegos y locos, que cuando excluyeron a sus cismáticos Maximianistas de las basílicas por potestades enviadas por emperadores católicos, y los obligaron a ceder con gran fuerza de órdenes y ayudas, acusan a la Iglesia Católica si los príncipes católicos ordenan hacer algo similar por ella. Pero los mismos Maximianistas, antes de ser Maximianistas, es decir, cuando aún estaban unidos en la comunidad de los Donatistas, recuerden qué crueles y amargas cosas sufrió Rogato el Moro por el rey bárbaro Firmo, y callen, ni se atrevan a quejarse si algo de este tipo sufren por parte de los Primianistas por su cisma, o con los Primianistas por los Donatistas, no por la religión sagrada, sino por la animosidad sacrílega.

CAPÍTULO XI.---17. Quizás dicen que han sufrido cosas más graves por parte de los emperadores católicos, que las que estos hicieron a través de los reyes bárbaros a los Rogatistas, o a través de los jueces de los emperadores católicos a los Maximianistas, o incluso hacen a través de la furia de los Circunceliones a quienes pueden. Como si la cuestión fuera si sufren cosas más graves de las que hacen. Lo cual de ninguna manera concedería. Pues se enumeran muchas de sus acciones muy crueles, o más bien no se pueden enumerar, que si fueran menos o afligieran menos a aquellos contra quienes se cometen, ciertamente serían más graves, porque no son ordenadas por potestades establecidas, sino cometidas por furias extraordinarias. No son tantas las cosas que hicieron contra los Maximianistas a través de jueces de la constitución humana (en ese tipo de acciones pongan, si quieren, también lo que hicieron para perseguir a Rogato el Moro a través de Firmo el bárbaro, aunque lo cuenten entre los legítimos, aunque fuera un enemigo muy feroz de los romanos): pero no son tantas como las que hacen diariamente a través de las turbas furiosas de jóvenes ebrios, a quienes constituyen como príncipes, que primero solo se armaban con bastones, ahora también han comenzado a armarse con hierro, que vagan por toda África con el nombre más conocido de Circunceliones, y cometen atrocidades contra todo orden de leyes y potestades: cuyos crímenes, cuando se les informan, fingen ignorar tal tipo de hombres, o afirman con la boca más impúdica que no tienen nada que ver con ellos: ni siquiera aceptan esta voz del mundo entero, que dice con mucho más probabilidad y verdad que no sabe qué se ha hecho en África, ya sea por parte de, o contra la parte de Donato, que los obispos Donatistas en África no saben de los hechos de los Circunceliones, o dicen que no tienen nada que ver con ellos.

18. Pero, como comencé a decir, no se pregunta ahora si sufren cosas más graves de las que hacen: sino si es lícito hacer algo así contra los herejes y cismáticos. Pues si dicen que no es lícito, ¿por qué lo hacen ellos? Pero si admiten que es lícito, incluso así demuestren, lo que de ninguna manera pueden, que sufren cosas más graves de los emperadores católicos, que las que ellos hicieron a sus cismáticos a través de sus jueces, o a través del rey de los bárbaros, o a través de la locura de los Circunceliones a todo tipo de hombres. Y no es de extrañar que los príncipes puedan más que los jueces enviados por los príncipes; que los emperadores romanos puedan más que los reyes bárbaros; y que con razón el ladrón sufra cosas más

graves por las leyes, que las que él mismo comete contra las leyes: por lo cual con razón los secuaces de los Circunceliones sufren cosas más graves por las justas constituciones, que las que hacen los Circunceliones: y sin embargo, hay tanta mansedumbre en los cristianos, que sus crímenes superan incomparablemente sus castigos. Pero he aquí que trescientos diez obispos donatistas condenaron a los Maximianistas en su concilio. Sin embargo, estos, con la obstinación de su perversidad, no querían ceder sus basílicas. Se acudió a los jueces, se introdujo su concilio en los Actos proconsulares. Luego se ordenó que aquellos que fueron condenados por tan gran número de obispos, cedieran los lugares: los que cedieron fácilmente, no sufrieron mucho; pero los que intentaron resistir, ¿quién ignora cómo fueron afligidos? Pero si hubiera habido tal ferocidad en los que resistían, que llegaran a las injurias de los jueces, ¿no habrían sufrido cosas mucho más amargas por las leyes romanas? Así también entonces, cuando después del término de la causa, en la que estos se separaron de la Iglesia Católica, se comenzó a actuar consecuentemente para que no retuvieran las basílicas, y las retuvieran resistiendo las órdenes imperiales; de tal manera que prevaleciera aquella fuerza más conocida de los Circunceliones, añadiendo además, que con los enviados de la Iglesia, que el Emperador había enviado, al recorrer África, los agitaran con sediciones muy turbulentas y feroces: se promulgaron tales leyes contra ellos, que ni siquiera se les permitió retener las basílicas que no eran de la unidad, sino que habían sido construidas por los separados y constituidos en su cisma. En este asunto, ya la potestad real ha vengado sus injurias. Pues, ¿qué pueden poseer justamente los enemigos de la justicia?

CAPÍTULO XII.---19. Ni se encuentra que alguien haya promulgado algo por ellos, excepto el apóstata Juliano, a quien la paz y la unidad cristiana le desagradaban mucho; ya que la misma religión de la que había caído impiamente le desagradaba. A quien estos Donatistas, como atestiguan los Actos de los jueces, en los que alegaron lo que obtuvieron, le suplicaron con tales palabras, que quizás algunos consintieron más suavemente al culto de los ídolos por temor, que estos furiosos lo alabaron. Pues dijeron que solo en él tenía lugar la justicia. ¿Qué otra cosa, pues, se encuentran diciendo, sino que la santidad cristiana no es justicia, que en él no tenía lugar alguno; o que el honor de los demonios es justicia? Pero, ¿quién ignora las leyes de otros emperadores que fueron promulgadas vehementemente contra ellos? En las cuales una general contra todos los que quieren ser llamados cristianos, y no comunican con la Iglesia católica, sino que se congregan separadamente en sus conventículos, contiene esto: Que tanto el ordenante del clérigo, como el mismo ordenado, sean multados con diez libras de oro: y el lugar mismo donde se congrega la impía separación, sea confiscado al fisco. Hay también otras órdenes generales, por las cuales se les quita la facultad de hacer testamentos o de conferir algo por donaciones, o de recibir algo de donaciones o testamentos. Pues en cierto caso, cuando un hombre noble suplicó a los Emperadores, que su hermana, que había sido de la parte de Donato, al morir, había conferido muchas cosas a no sé quiénes de su comunión, y especialmente a un tal Agustín, obispo de ellos, se ordenó por aquella ley general que todo se restituyera al hermano: donde también se hizo mención de los Circunceliones, si a su manera resistieran violentamente, con qué tipo de ayudas y apoyos serían repelidos. Pues son tan conocidos, tan probados en muchas batallas, que de ellos se hizo súplica al Emperador, y el Emperador no pudo callar.

CAPÍTULO XIII.---20. Siendo así las cosas, cuando son condenados tanto por las leyes divinas como humanas; sin embargo, hay tanta mansedumbre cristiana, que no solo retienen las basílicas que ya construyeron estando separados, sino que ni siquiera han devuelto todas aquellas que desde el principio la unidad poseía. Y cuando ellos mismos excluyeron a los Maximianistas de las basílicas pertenecientes a la parte de Donato, a través de jueces enviados por emperadores católicos, sin embargo, no son excluidos de muchos lugares que la

Iglesia católica antes de la unidad retenía, ni por las leyes de los mismos emperadores católicos. Finalmente, si alguna vez se hizo algo excesivo contra ellos, que excediera la lenidad cristiana, desagrada a todos los granos de la cosecha del Señor, es decir, a los cristianos loables en Cristo, que crecen en la Iglesia católica en todo el mundo con fruto centésimo, sexagésimo o trigésimo.

CAPÍTULO XIV.---21. Por lo tanto, acusen con nosotros abundantemente la cizaña o la paja de la cosecha católica, pero no rehúsen soportarla pacientemente con nosotros. Pues el Señor no quiso arrancar la cizaña antes de tiempo, y separarla de la mezcla de los granos. Dejad, dijo, que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y cuando explicaba a los discípulos el envoltorio de la misma similitud, no dijo, El campo es África; sino que dijo, El campo es este mundo. Por todo el mundo, pues, se ha sembrado esta cosecha, por todo se ha sembrado la cizaña, por todo crece ambos hasta la siega. ¿Acaso Donato fue un segador mayor, o en el tiempo en que estos se separaron del orbe de la tierra, había llegado el tiempo de la siega: cuando el mismo Señor, para que a nadie le fuera lícito interpretar lo que quisiera, dijo clarísimamente, La siega es el fin del mundo; y los segadores son los ángeles (Mat. XIII, 23-30, 36-43)? Pues tales segadores no pueden errar, para que recojan cizaña en lugar de granos, o cizaña en lugar de granos. Pero estos, al huir como cizaña, demostraron ser cizaña, predicando en el sacrilegio más manifiesto contra la sentencia del Señor: para que cuando él dice, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega; estos afirmen que la cizaña crece por tan gran campo, es decir, todo el mundo, y que los granos disminuidos han permanecido solo en África, haciendo una injuria sacrílega a Cristo nuestro rey y príncipe. Pues está escrito: En la multitud del pueblo está la gloria del rey; pero en la disminución del pueblo está la contrición del príncipe (Prov. XIV, 28). Pero ya es tiempo, según creo, de atender diligentemente los mismos testimonios de las Escrituras, cuya interpretación perversa los Donatistas intentan engañar a los inexpertos, y según el entendimiento de la verdad católica, abrirlos en la medida que el Señor lo concede.

LIBRO SEGUNDO. Se examinan los testimonios de las Escrituras, cuya interpretación perversa los Donatistas intentaban engañar a los inexpertos.

CAPÍTULO PRIMERO.---1. ¿Qué fuerza, sino la ceguera y vanidad del ánimo, obliga al hombre a lanzar, como se dice, con los ojos cerrados, algo contra otro, que inmediatamente regresa a él, y lo aflige con un golpe recíproco, sin tocar a aquel a quien quería herir; como hacen estos Donatistas con casi todos los testimonios de las Escrituras? Que cuando creen que los presentan contra nosotros, parece que nos advierten de qué manera la misma Escritura los convence de ser. Pues, ¿qué hace otra cosa, cuando Parmeniano cree que está escrito a su favor o contra nosotros: ¡Ay de aquellos que llaman bueno a lo malo, y malo a lo bueno; que ponen luz por tinieblas, y tinieblas por luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo (Isai. V, 20)? ¡Oh ceguera más estúpida! ¿Qué hay más bueno y más agradable que habitar los hermanos juntos en unidad (Sal. CXXXII, 1)? que ellos llaman malo y ponen amargo, quienes se separaron de todos los hermanos, mientras no quisieron ni excitar ni eliminar sus vanas sospechas, por no decir calumnias facciosas. Si realmente odiaran la paja, y no fueran ellos mismos paja, no se separarían del trigo del Señor sembrado y creciendo por todo el campo, es decir, el mundo.

2. Clamen, pues, lo que puedan, ¡Ay de aquellos que llaman bueno a lo malo, y malo a lo bueno! Respondemos brevemente, Esto es verdad: y añadimos otra cosa, ¡Ay de aquellos que perdieron la paciencia, mientras ponen luz por tinieblas, y tinieblas por luz (Ecli. II, 16)! Pues, ¿qué hay más luminoso que las promesas de Dios, quien en nuestros tiempos ha mostrado lo que predijo hace mil años, que en la simiente de Abraham, que es Cristo, todas

las naciones serían bendecidas (Gen. XXII, 18)? Y, ¿qué hay más tenebroso que las presunciones de los hombres, que dicen que el nombre cristiano ha perecido de tantas naciones en el mundo, y ha permanecido solo en África, por crímenes de traidores temerariamente imputados y nunca probados (que si fueran verdaderos, nunca perjudicarían a Dios para que no cumpliera lo que prometió)? Y llaman a esta presunción suya luz; y las promesas de Dios, ya iluminadas por el mismo efecto de las cosas, intentan cubrirlas con las tinieblas de las mentiras. Además, claman contra nosotros sus hechos, diciendo, ¡Ay de aquellos que ponen luz por tinieblas, y tinieblas por luz! ¿Acaso era luz Optato, cuando llamaba tinieblas a todo el orbe? ¿O más bien toda África sentía que él era tinieblas, y estos lo llamaban luz, quienes ponen luz por tinieblas, y tinieblas por luz? "Pero," dicen, "Optato desagradaba a todos los buenos en nuestra comunión." No lo llamabais luz, y sin embargo, os comunicabais con él. Elegid, pues, lo que queráis, o que no perjudique a la luz las tinieblas en una comunión, sino que baste a la luz reprobarlas, y por la unidad, si no puede expulsarlas, tolerarlas; y así no había razón para que os separaseis de los hermanos inocentes, a quienes ciertamente no pudisteis mostrar como malos, si decís que incluso los conocíais; o si no basta a la luz reprobar las tinieblas que no puede expulsar, es decir, si no basta a los buenos reprobar a los malos, que no pueden excluir o corregir; más fácilmente un Optato, notorio y manifiesto en una sola África, manchó la parte de Donato, que cualquier traidor africano, acusado de crímenes, aunque no probados, desconocido, manchó tantas naciones en el orbe de la tierra.

3. Tomando, pues, las Escrituras con un corazón perverso, no las hacen perjudicar a nosotros, sino a ellos mismos: cuando creen que está escrito, ¡Ay de aquellos que llaman bueno a lo malo, y malo a lo bueno! para que la paja no tolere al trigo entre sí hasta el tiempo de la ventilación: para que cuando mal entiendan, ¡Ay de aquellos que llaman bueno a lo malo, y malo a lo bueno! se cumpla en ellos, ¡Ay de aquellos que perdieron la paciencia! Pero si entienden que esto se dice de aquellos que, creyendo que lo malo es bueno, cometen males, o de aquellos que consienten tales cosas alabándolas y aprobándolas; que son dos géneros que la Escritura menciona en un lugar, diciendo, Porque el pecador es alabado en los deseos de su alma, y el que hace iniquidades es bendecido (Sal. IX, 3): entenderán correctamente, y no se turbarán cuando se encuentren malos entre ellos, a menos que los toleren por la parte de Donato, a quienes debieron tolerar por la unidad de Cristo, y por esta obstinación de su animosidad se vean obligados, miserables, a soportar en su cisma a quienes conocen, y a acusar en el orbe de la tierra a quienes no conocen. Por tanto, quienquiera que pueda, corrigiendo, reprender, o lo que no puede corregir, excluir con el vínculo de la paz salvo, o lo que no puede excluir con el vínculo de la paz salvo, reprobar con equidad, soportar con firmeza; este es pacífico, y está completamente libre, absolutamente seguro, completamente ajeno a esa maldición que la Escritura dice, ¡Ay de aquellos que llaman bueno a lo malo, y malo a lo bueno; que ponen luz por tinieblas, y tinieblas por luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!

CAPÍTULO II.---4. Objecen nuevamente algo similar con su habitual ceguera. «De ustedes,» dicen, «habla la Escritura: Quien juzga al justo como injusto, y al injusto como justo, es abominable ante Dios» (Prov. XVII, 15). ¿Por qué no recae esta abominación más bien sobre aquellos que se atrevieron a condenar sin ser escuchado al mundo cristiano entero, en el cual, sin duda alguna, hubo y hay un número tan grande de personas inocentes de sus crímenes? De este modo, juzgaron como injusto lo que es justo, al mantener en comunión a Optato Gildoniano, el lamento de toda África durante diez años, honrándolo como sacerdote y colega. O si lo desaprobaban en su corazón, pero lo toleraban por la paz; aprendan que la paciencia de un pacífico que no consiente el mal no puede ser manchada por ningún mal; y

así comprendan en qué perdición yacen, quienes por crímenes falsos o verdaderos (pues esto no se discute ahora) de los africanos, no mantienen la unidad del espíritu en el vínculo de la paz con el mundo entero. Si dijeran, No sabemos si hay buenos cristianos en tantas naciones de tierras extranjeras; lo dirían con la mayor impudencia: pues Dios da testimonio de sus granos, que sembrados por todo el campo, aunque con cizañas sembradas por el diablo, sin embargo, predijo que crecerían hasta la cosecha. Por lo tanto, aunque menos conocemos a esos hombres, sabemos que existen porque retenemos con fe certísima que Dios no pudo mentir. Así que cuando con sacrílega impudencia dicen, No sabemos si hay buenos cristianos en el resto del mundo; vean con qué locura se atreven a decir (pues no dudan en decirlo diariamente), Sabemos que no hay cristianos allí. Una cosa es decir, No sabemos si hay; otra, Sabemos que no hay: ambas son infieles e impías. Pero si es detestable quien dice, No sé si Dios ha dicho la verdad; ¿quién es aquel que dice, Sé que Dios no ha dicho la verdad?

5. Ciertamente creo que no debo ofender a ninguno de ellos si pongo a Dios por encima de Donato. Por mucho que amen a Donato, temen más a Dios. Finalmente, por mucho que ellos amen a Donato, sabemos que solo Dios es veraz, y todo hombre es mentiroso (Rom. III, 4). Cristo, por tanto, que es Dios sobre todo, bendito por los siglos (Id. IX, 5), y quien dijo verdaderamente de sí mismo, Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6); cuando sus siervos le preguntaron si quería que fueran a recoger la cizaña, dijo: Dejad que ambos crezcan juntos hasta la cosecha: pero Donato dice que la cizaña ha crecido, pero el trigo ha disminuido: que elijan a quién creer. Cristo, es decir, la Verdad, dice, El campo es el mundo: pero Donato dice que el campo de Dios ha quedado solo en África: que elijan a quién creer. Cristo, es decir, la Verdad, dice, En el tiempo de la cosecha diré a los segadores, Recoged primero la cizaña; y explica diciendo, La cosecha es el fin del mundo: pero Donato dice que por la separación de su parte, la cizaña se separa del trigo antes de la cosecha: que elijan a quién creer. Cristo, es decir, la Verdad, dice, Los segadores son los ángeles (Mat. XIII, 24-30, 36-43): pero Donato dice que él y sus colegas hicieron antes de la cosecha lo que él dijo que los ángeles harían en la cosecha: que elijan a quién creer. Ciertamente se dicen cristianos, les proponemos a Cristo y a Donato: si dan sus palabras a Cristo, pero su corazón a Donato, que consideren quiénes son. Yo me contengo, no me ensaño, no exagero: reprimo mejor mi dolor que lo expreso. Pero si dicen que dan su corazón a Cristo, entonces crean a Cristo diciendo que por todo el mundo crecen tanto los hijos del reino como los hijos del maligno: no a Donato diciendo que por todo el mundo solo han crecido los hijos del maligno, y que los hijos buenos se han reducido hasta quedar solo en África. Si creen a Cristo, no decimos que tengan paz con las Iglesias del mundo, sino con el mismo Evangelio, que se jactan de haber conservado del fuego, lo cual no prueban con hechos.

CAPÍTULO III.---6. ¿A qué se refiere ya aquello que el mismo Parmeniano pensó que debía objetarnos del profeta Isaías: ¿Acaso no puede la mano del Señor salvar, o se ha agravado su oído para no escuchar? Pero vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y por vuestros pecados ha escondido su rostro de vosotros, para no escuchar. Porque vuestras manos están manchadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios han hablado mentira, y vuestra lengua murmura maldad. Nadie clama por la justicia, ni hay quien juzgue con rectitud. Confían en vanidades, y hablan vanidades; conciben maldad, y dan a luz iniquidad. Rompen huevos de áspides, y tejen tela de araña; el que comiere de sus huevos, morirá, y si los aplastan, saldrá una víbora. Sus telas no servirán para vestirse, ni se cubrirán con sus obras. Sus obras son obras de iniquidad, y sus manos se apresuran para derramar sangre. Sus pensamientos son pensamientos de iniquidad; destrucción y quebrantamiento hay en sus caminos. No conocieron camino de paz (Isai. LIX, 1-8)? Aquellos que la Escritura describe en este lugar, dondequiera que estén entre los buenos, no

perjudican a los buenos, así como la paja no perjudica al trigo, hasta que venga el dueño de la era, llevando en su mano el aventador para limpiar su era, recoger el trigo en su granero y quemar la paja con fuego inextinguible (Mat. III, 12). Así como no perjudicó a los buenos la multitud de malvados que fueron mencionados por el profeta Ezequiel, a aquellos que gemían y se lamentaban por las abominaciones que se cometían en medio de ellos (Ezeq. IX, 4). Por lo tanto, como no podían corregirlos, ni debían de ninguna manera separarse de la unidad del pueblo de Dios, merecieron ser señalados por el mérito de su tolerancia inocente, y ser liberados en la devastación y destrucción de aquellos perdidos. Sin embargo, aquellos que objetan esto a los católicos, ¿por qué no se miran a sí mismos, cuyas hordas de rebaños furiosos armados con hierro y garrotes vuelan de un lado a otro; y con matanzas tan frecuentes donde pueden, no se sacian con tanta brutalidad, donde entre los cadáveres de sus muertos con mujeres, que mezcladas con ellos contra el orden de las cosas divinas y humanas vagan día y noche, hierva tal embriaguez, que de allí conciben una locura diaria no solo para perseguir a otros, sino también para precipitarse a sí mismos? ¿No corren sus pies hacia el mal, ni son veloces para derramar sangre? ¿No se aparta de ellos el juicio, que incluso usurpan las licencias más injustas de un poder desordenado? ¿No se hacen tinieblas para ellos, mientras no pueden soportar la luz en su falso martirio? ¿No caminan en la medianoche incluso durante el día; ya que el Apóstol dice, Los que se embriagan, de noche se embriagan (I Tes. V, 7)? ¿No andan a tientas al mediodía como en la medianoche (Job V, 14)? Lo cual es propio de todos los herejes, que no pueden ver la cosa más manifiesta puesta a la luz de todas las naciones; fuera de cuya unidad, cualquier cosa que hagan, aunque parezca hecha con gran habilidad y diligencia, sin embargo, no les sirve de nada contra la ira de Dios, a quienes ni las telas de araña pueden defender del frío.

7. ¿Qué, entonces, de este capítulo profético presentan, que no pueda volverse contra ellos mismos; a menos que tal vez de los huevos de áspides, de los cuales mucho antes había hecho mención el dictador de aquella sentencia del concilio plenario de trescientos diez, que se reunió con todas las provincias de África? Esto ciertamente no lo diría Parmeniano si viviera, ni lo pondría del profeta Isaías contra nosotros, *Ova aspidum eruperunt*. Pues miraría a su colega Feliciano de Musti y a Pretextato de Assuras; quienes del número de los condenados, como por un bien de paz, no obstante, no de Cristo, sino de Donato, fueron recibidos de nuevo como íntegros, quienes eran huevos de áspides, y habían eclosionado. Pues así los describen los trescientos diez del concilio plenario «con boca veraz,» como también lo atestiguan los Actos proconsulares alegados. Estas ciertamente son las palabras de su concilio: «Aunque el vientre del útero venenoso ha ocultado durante mucho tiempo los nocivos partos de la simiente viperina, y los húmedos coágulos del crimen concebido se han calentado lentamente en miembros de áspides; sin embargo, el veneno concebido no pudo ser ocultado por la sombra que se desvanece: pues aunque tarde, el crimen público y su parricidio, los votos fecundos de crímenes han dado a luz.» Estos huevos de áspides habían eclosionado, y ya horribles y malolientes con fetos venenosos habían sido arrojados de su comunión. Pero había dentro un basilisco, Optato, que con un cierto gesto real, con el que se dice que sobresale entre las serpientes, incluso las áspides arrojadas las llamaría de nuevo. O si esto no perjudica por la paz, ¿qué objetan a los católicos a quienes no pudieron convencer, cuando ellos mismos recibieron a quienes condenaron con su propia boca? Si esto no perjudica por la paz de Cristo, sin embargo, perjudica por la paz de Donato, a quien se favorece mucho en detrimento de la paz de Cristo, por cuyo sacrilegio cualquier cosa que sufran en molestias corporales, es una advertencia de Dios para evitar la condenación eterna. Pues ellos verdaderamente derraman sangre no solo corporalmente por las furias de los Circunceliones, sino también espiritualmente, quienes intentan rebautizar al mundo entero, si pueden. O si solo aquel derrama sangre, quien hiere o mata carne mortal; pero aquel no

derrama sangre quien mata almas seducidas con el sacrilegio del cisma; ¿por qué dijeron tales cosas contra sus cismáticos Maximianistas por la misma sentencia de su concilio plenario, *Veloces pedes eorum ad effundendum sanguinem*: cuando consta que por ellos nadie fue corporalmente asesinado, nadie herido; sino que además ellos sufrieron mucho de estos, cuando fueron excluidos de las basílicas por las potestades judiciales, como antes de la separación de los Maximianistas, cuando estaban juntos, hicieron mucho a aquellos que hicieron cismas de la parte de Donato? ¿A qué cismático suyo alguna vez perdonaron, quienes quieren que se les perdone del mundo entero, del cual ellos son cismáticos, con demasiada impudencia, cuando de la única verdadera unidad justamente se castigan los cismas, si de esa manera deben ser castigados?

CAPÍTULO IV.---8. Y aquello que está escrito, Según el príncipe del pueblo, así son sus ministros; y como es el rector de la ciudad, así son sus habitantes (Ecli. X, 2); si entendieran a qué se refiere, ni nos lo objetarían, ni se jactarían con vana soberbia. Pues nosotros, para no colocar nuestra esperanza en los hombres, que solo está segura y correctamente segura en Dios, ya que recordamos lo que está escrito, Maldito el hombre que confía en el hombre (Jer. XVII, 5); no entendemos que en este lugar se refiera al obispo como príncipe del pueblo y rector de la ciudad. No porque no podamos ver innumerables santos obispos en la fe católica: sino para que, como dije, la esperanza de nadie se coloque en el hombre, y si acaso le toca vivir en esa ciudad donde no hay un buen obispo, no piense que puede ser malo impunemente, usando para su defensa esta Escritura tan perversamente como es entendida por ellos; y diciendo que no puede ser bueno porque según el príncipe del pueblo, así son sus ministros; y como es el rector de la ciudad, así son sus habitantes. Pues a este error se le contradice con la boca de la Verdad diciendo, Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen: porque dicen, y no hacen (Mat. XXIII, 3). Teniendo así los pueblos tales obispos, que dicen cosas buenas desde la cátedra de Moisés, y no hacen lo que dicen por su pestilencia, si ellos hacen las cosas buenas que dicen, y no hacen las malas que hacen, como el Señor lo manda; ¿no indican suficientemente que no debe entenderse así al príncipe del pueblo y al rector de la ciudad como ellos lo entienden? Pues pueden ser buenos pueblos donde haya obispos malos; así como pudo haber un pueblo malo donde hubo un buen príncipe y rector como Moisés. Errando en las palabras de las Sagradas Escrituras, y como dice el Apóstol, no entendiendo ni lo que dicen, ni de lo que afirman (I Tim. I, 7), ellos más bien sufren grandes angustias según la perversidad de su entendimiento, cuando se les dice, Entonces, como fue Optato, así fue el pueblo de Tamugadi: y si por la comunión de los Sacramentos, como dicen, se contaminan tanto aquellos que desaprueban las malas acciones, como aquellos que incluso las toleran por la paz de la unidad; así son todos ustedes, que tanto a ese colega como a ese pueblo comunicaron, cuando toda África declaraba con manifiesto lamento que él era un secuaz de Gildón. A quien nombro a menudo, porque apareció tan manifiesto, que dondequiera que se mencione, nadie puede responder que lo ignora.

9. Pues que ellos miren y recuerden cuántos semejantes tienen entre ellos, cuya maldad es igual, pero su notoriedad es desigual, y alguna vez lleguen a la verdadera sentencia de estas palabras, y entiendan a un solo príncipe del pueblo, nuestro Señor Jesucristo, cuyos ministros son buenos; y a él mismo como rector de aquella ciudad de Jerusalén, que es nuestra madre eterna en los cielos; a cuya dignidad de rector se ajustan los habitantes, no en igualdad, sino según su medida, porque se les dijo, Seréis santos, porque yo soy santo (Lev. XIX, 2): según una cierta semejanza de imagen, en la cual somos transformados de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 18), por el don de aquel que nos hace conformes a la imagen de su Hijo (Rom. VIII, 29). Hay también otro pueblo malo cuyo príncipe es el diablo, y rector de esa ciudad que mística se llama Babilonia, a quien el apóstol Pablo llama príncipe

y rector de estas tinieblas, es decir, de los pecados (Efe. VI, 12): y sus ministros son semejantes a él, porque se transfiguran en ministros de justicia, como él en ángel de luz (II Cor. XI, 15, 14), y los habitantes se ajustan al malísimo rector en obras semejantes. Pero de estos pueblos y ciudades habrá una separación abierta cuando esta cosecha sea aventada: lo cual, hasta que suceda, todo lo soporta el amor de los granos, para que no huyan impiamente de sus compañeros granos mientras huyen de la paja.

CAPÍTULO V.---10. ¿Qué, pues, vale ya para la causa, lo que nos objetan, porque de los malos sacrificadores el Señor dice por Isaías: El que sacrifica un buey, es como si matara a un perro; el que ofrece una oblación, como si ofreciera sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijera a un ídolo (Isai. LXVI, 3)? Todas estas cosas se dicen mucho más congruentemente de aquellos que contra la Iglesia de Dios extendida por todo el orbe, como fue prometido, han erigido el altar de su cisma: lo cual sacrilegio los envuelve a todos, y cualquiera que ofrezca sacrificio con tal corazón o hechos, merece escuchar esto, se inflige perdición a sí mismo, no a los buenos que reciben de ellos los mismos Sacramentos, quienes según el profeta Ezequiel gimen y se lamentan por los pecados que se cometen en medio de ellos (Ezeq. IX, 4), aunque no se separen corporalmente de allí. Pues Dios da a cada uno según su corazón. Porque si en los primeros tiempos no perjudicaron los malos sacerdotes, ni a los buenos colegas, como fue Zacarías (Luc. I, 5); ni al pueblo, como fue Natanael, en quien no había engaño (Juan I, 47): cuánto más no perjudica en la unidad cristiana un obispo malo ni a los buenos coepiscopos ni a los laicos, cuando ya ese sacerdote según el orden de Melquisedec y nuestro pontífice sentado a la derecha del Padre intercede por nosotros (Heb. VII, 17, 25), quien fue entregado por nuestras ofensas, y resucitó para nuestra justificación (Rom. IV, 25)? Ni aquello perjudica a los buenos, sino a los malos oferentes, lo que fue dicho con toda verdad, Las ofrendas de los impíos no son aceptadas por el Altísimo (Ecli. XXXIV, 23). No dijo, Las ofrendas de aquellos que por la paz toleran a los impíos, no son aceptadas por el Altísimo. Aunque estos tampoco pudieron probar lo que objetaron en el tiempo en que hicieron el cisma: de lo contrario, excluidos ellos, la herencia de Cristo difundida por todo el orbe los retendría en la comunión católica.

CAPÍTULO VI.---11. Los sacrificios, dice, de los impíos son abominación al Señor: porque los ofrecen inicualemente (Prov. XXI, 27). Ya se ha respondido arriba que Cristo no es inicuo, quien se ofreció a sí mismo por nosotros, y es nuestro mediador en el cielo, bajo cuyo gobierno su Iglesia, los malos no perjudicarán a los buenos, que o son ignorados o son tolerados por la paz, hasta que él mismo venga y separe a los segadores enviados de la cosecha la cizaña, y con el aventador las pajas del trigo. Aunque estos, lo que debe decirse a menudo, objetaron falsos crímenes, que incluso si fueran verdaderos, no perjudicarían a la caridad de los buenos que todo lo toleran por la unidad en la unidad, si acaso conocidos, no pudieran persuadir a los jueces eclesiásticos. Los sacrificios, por tanto, de los impíos les perjudicarán a ellos mismos que los ofrecen inicualemente. Pues un mismo sacrificio por el nombre del Señor que se invoca, siempre es santo, y se convierte en tal para cada uno, según el corazón con que se acerque a recibirlo. Porque quien come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí (I Cor. XI, 29). No dijo, Para otros; sino, para sí. Quien, por tanto, come dignamente y bebe, gracia come y bebe para sí. Que ellos vean, por tanto, si comen dignamente, quienes entre tantos padres e hijos, maridos y esposas; entre tantos, lo cual es muy evidente, herederos de Dios y coherederos de Cristo difundidos por todo el orbe, han dividido con un cisma nefario; cuando podrían, si fueran buenos y verdaderamente acusaran a los malos, tolerar fructuosamente por la paz de Cristo, lo que toleran perniciosamente por la paz de Donato.

CAPÍTULO VII.---12. En el Éxodo, dice, está escrito: «Los sacerdotes que se acercan al Señor Dios deben santificarse, no sea que el Señor los abandone» (Éxodo XIX, 22); y de nuevo, «Cuando los ministros se acerquen al altar, no traigan consigo pecado, para que no mueran» (Éxodo XXX, 20, 21); y aquello en el Levítico, «El hombre que tenga mancha y defecto, no se acerque a ofrecer dones a Dios» (Levítico XXII, 21). Bien proponen estos testimonios de los antiguos Libros. Díganme entonces, ¿a qué santo, según la salvación espiritual, le ha perjudicado un sacerdote malo o manchado, ya sea entre los sacerdotes o entre el pueblo? Donde estaban Moisés y Aarón, allí estaban los murmuradores sacrílegos, a quienes Dios siempre amenazaba con destruir de su presencia. Donde estaba Caifás y otros semejantes, allí estaban Zacarías, Simeón y otros buenos; donde Saúl, allí David; donde Jeremías, donde Isaías, donde Daniel, donde Ezequiel, allí sacerdotes malos y pueblos malos: pero cada uno llevaba su propia carga.

13. Omito mencionar cuán criminal es la soberbia de decir que no hay nadie entre sus colegas o ellos mismos con alguna mancha y defecto, no de los miembros, sino lo que es peor, de las costumbres. Cuando comenzamos a tratar esto con ellos, responderán que importa qué tipo de mancha y defecto sea: como si la Escritura hubiera hecho distinción, la cual dice, El hombre que tenga mancha y defecto, no se acerque a ofrecer dones a Dios. ¿No tuvo ninguna mancha y defecto, no digo Optato, sino el mismo Parmeniano, o el mismo Donato? Pero estos están tan cegados por el amor a los hombres, y con un corazón impúdico no dudan en igualar a los adúlteros de su mente con un solo esposo legítimo, que lo que solo pudo decirse del Señor Jesucristo, también afirman que se cumplió en Donato. ¿Quién dará a mis ojos una fuente de lágrimas (Jeremías IX, 1)? ¿Qué gemido adecuado a este crimen se expresará con el pecho conmovido? Pero mientras tanto, que consideren si al menos Optato tuvo alguna mancha o defecto. No son tan ciegos como para responder que su vida fue completamente inmaculada y libre de todo defecto. ¿Por qué entonces se acercaba a ofrecer dones a Dios, y los demás recibían de él con manos unidas lo que un manchado y defectuoso había ofrecido? Que consideren en sus otros colegas si no hay mancha de embriaguez. Pero primero lean con qué criminales el Apóstol ha asociado a los ebrios. ¿No hay mancha de avaricia, que el mismo apóstol detesta tanto que la compara con la servidumbre de los ídolos (Efesios V, 5)?

14. Pero aquellos que piensan correctamente entienden que cualquier ser humano, aunque ya por la sociedad humana no se pueda decir absurdamente que vive con justicia, no puede estar sin algún defecto mientras la carne desee contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gálatas V, 17). Y, El que ha nacido de Dios, no peca (1 Juan III, 9): y, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan I, 8). Aunque en cuanto hemos nacido de Dios no pecamos, aún está presente lo que hemos nacido de Adán, porque aún no ha sido absorbida la muerte en victoria (1 Corintios XV, 54), lo cual se promete incluso en la resurrección de los cuerpos, para que seamos completamente bienaventurados, inmaculados e incorruptos; que ya según la fe somos hijos de Dios, pero según la apariencia aún no ha aparecido lo que seremos (1 Juan III, 2). Pues aún no hemos sido salvados en realidad, sino en esperanza. La esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. Mientras esperamos con paciencia la redención de nuestro cuerpo (Romanos VIII, 23-25), no nos atrevamos a decir que carecemos de todo defecto, no sea que esa misma soberbia sea un defecto inmenso. Despertemos entonces alguna vez, y veamos en los sacerdotes de aquel tiempo, cuando se evitaban los defectos corporales, a aquel que siendo Dios, se hizo hombre por nosotros, el único verdadero cordero inmaculado y sacerdote sin defecto. Por eso también entonces solo el sacerdote entraba en el Santo de los santos, mientras el pueblo permanecía afuera: así como ahora ese sacerdote después de su

resurrección ha entrado en los secretos de los cielos, para interceder por nosotros a la derecha del Padre. Pero el pueblo del cual él es sacerdote, aún gime afuera. Pues cuando el obispo está solo adentro, el pueblo ora con él, y como suscribiendo a sus palabras responde, Amén. Tanto entonces cuando sin mancha y sin defecto, porque no podían los ánimos de los sacerdotes, se buscaban los cuerpos, solo él era prefigurado, no estos soberbios e impíos, que no celan el alma fornicaria para el esposo, sino que se atreven a mostrarse a sí mismos como el esposo.

CAPÍTULO VIII.---15. En el Evangelio, dice, está escrito: «Dios no escucha a los pecadores: pero si alguien adora a Dios y hace su voluntad, a este escucha» (Juan IX, 31). Y esta es una respuesta absoluta. Si dos oran juntos, uno pecador y otro que adora a Dios y hace su voluntad, ¿acaso escucha a este y no a aquel? ¿Qué significa entonces este testimonio, o cómo piensan que debe ser presentado a su favor, cuando con estas palabras los buenos entre los malos se sienten más seguros, y no existe causa alguna de separación corporal, para que con un cisma nefasto los hombres se separen también de los buenos por tal discordia, cuando los malos pueden ser escuchados entre los buenos por su fe? Porque Dios, que es inspector del corazón, no se equivoca, para escuchar o rechazar a uno por otro. ¿O dicen esto para que se entienda que un obispo malo no es escuchado cuando ruega por el pueblo? Aunque así fuera, no por eso el pueblo, si es bueno y fiel, debería estar preocupado. Pues la Escritura los hace seguros al decir: Hermanos, os escribo esto para que no pequéis: y si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados (1 Juan II, 1, 2). Que escuchen con cuánta verdad y pía humildad está dicho esto, si tienen oídos para oír. Juan dijo, Os escribo esto para que no pequéis. Si entonces siguiera y dijera, Y si alguno peca, tenéis un abogado ante el Padre, Jesucristo el justo; y él es la propiciación por vuestros pecados; parecería haberse segregado a sí mismo de los pecadores, como si ya no necesitara la propiciación que se hace por el Mediador sentado a la derecha del Padre e intercediendo por nosotros (Romanos VIII, 34). Lo cual ciertamente no solo diría con soberbia, sino también falsamente. Si en cambio dijera, Os he escrito esto para que no pequéis: y si alguno peca, me tenéis a mí como mediador ante el Padre, y yo ruego por vuestros pecados (como Parmeniano en cierto lugar puso al obispo como mediador entre el pueblo y Dios); ¿quién de los buenos y fieles cristianos lo soportaría? ¿Quién lo miraría como apóstol de Cristo, y no como anticristo? Y sin embargo, los estanques de agua turbia soportan la soberbia de estos, y no pueden contener al Espíritu Santo, para que guarden la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efesios IV, 3), y en todas sus oraciones estén seguros del único mediador.

16. Pues todos los cristianos se encomiendan mutuamente en sus oraciones. Pero por quien nadie intercede, sino él por todos, este es el único y verdadero Mediador: cuyo tipo se prefiguraba en el sacerdote del Antiguo Testamento, allí no se encuentra a nadie orando por el sacerdote. Sin embargo, el apóstol Pablo, aunque bajo la cabeza es un miembro principal, pero porque es miembro del cuerpo de Cristo, y sabía que no por figura en el interior del velo a los Santos de los santos (Hebreos IX, 12), sino por la verdad expresada y devuelta en el interior del cielo, a la santidad no imaginaria, sino eterna, había entrado por nosotros el máximo y verdadero sacerdote, también él se encomienda a las oraciones de la Iglesia: no se hace mediador entre el pueblo y Dios; sino que ruega para que oren por él mutuamente todos los miembros del cuerpo de Cristo: porque los miembros se preocupan unos por otros, y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; y si un miembro es glorificado, todos los miembros se regocijan con él (1 Corintios XII, 25, 26): y así la oración por los demás miembros que aún trabajan en la tierra, asciende a la cabeza que ha precedido al cielo, en quien está la propiciación por nuestros pecados. Pues si Pablo fuera mediador, también lo

serían sus coapóstoles, y así habría muchos mediadores; ni siquiera a Pablo le constaría la razón por la cual dijo, Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre (1 Timoteo II, 5). En quien también nosotros somos uno, si guardamos la unidad del espíritu en el vínculo de la paz: ni por los malos abandonemos a los buenos, sino que por los buenos soportemos a los malos; no sea que al querer defender lo que temerariamente hemos dejado desconocido, nos veamos obligados a condenar con mayor crimen a los no escuchados.

17. Cuando también es cierto que Dios escucha a los pecadores: lo cual se encuentra en las Escrituras. Balaam, profeta no del pueblo de Israel, sino extranjero, contratado por el enemigo para maldecir al pueblo de Dios, fue convertido por el Señor para bendecir (Números XXIV): cuyas palabras todas de bien decir escuchamos y leemos; y aunque tenía otra cosa en su intención, las palabras de su oración son buenas, y son escuchadas por el Señor a favor del pueblo. Por lo cual no es de extrañar que las buenas palabras que se dicen por el pueblo en las oraciones, aunque sean dichas por obispos malos, sean escuchadas, no por la perversidad de los superiores, sino por la devoción de los pueblos. Sin embargo, lo que está escrito en el Evangelio, Dios no escucha a los pecadores: pero si alguien adora a Dios y hace su voluntad, a este escucha; no fue dicho por el Señor, sino por aquel que ya tenía restaurados los ojos del cuerpo, pero aún no se le habían abierto los ojos del corazón: por lo cual aún consideraba al mismo Señor como profeta. Pues después de conocerlo, lo adoró como Hijo de Dios. Pero el mismo Señor, cuando en un templo oraban el fariseo y el publicano, dice que el publicano confesando sus pecados fue más justificado que el fariseo jactándose de sus méritos (Lucas XVIII, 10-14), a quienes estos son semejantes. Aunque el justificado dejó de ser pecador, sin embargo, para ser justificado el pecador oraba, y el pecador confesaba y fue escuchado y justificado, para dejar de ser pecador. No dejaría de ser pecador, si primero no fuera escuchado como pecador. Por lo tanto, no es que todo pecador sea escuchado, pero sin embargo, no todo pecador no es escuchado, la verdad es testigo.

CAPÍTULO IX.---18. También objetan lo que se dice en el Salmo: Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué expones mis justificaciones, y tomas mi pacto en tu boca? Tú, sin embargo, odiaste la disciplina, y arrojaste mis palabras detrás de ti. Si veías a un ladrón, corrías con él, y con los adúlteros ponías tu parte. Tu boca abundó en malicia, y tu lengua tramaba engaños. Sentado hablabas contra tu hermano, y contra el hijo de tu madre ponías escándalo (Salmo XLIX, 16-20). Pero que abran alguna vez los oídos del corazón, y dejen de ser ignorantes de lo que hablan, ni de lo que afirman (1 Timoteo I, 7). Atienden a lo dicho al pecador, ¿Por qué expones mis justificaciones, y tomas mi pacto en tu boca? y no entienden que se dice para que sepa que nada le aprovechan las palabras que pronuncia con la boca, si no hace lo que dice; sin embargo, aprovechan a otros lo que escuchan incluso de los malos, y lo hacen. Lo que el mismo Señor enseña en el Evangelio, diciendo de los fariseos: En la cátedra de Moisés se sientan; lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen, y no hacen (Mateo XXIII, 2, 3).

19. Y ojalá quisieran en estas palabras que recuerdan del salmo, mirarse a sí mismos como en un espejo. ¿Cómo no arrojan las palabras de Dios detrás de ellos, quienes anuncian paz a los pueblos y no aman la paz? ¿Cómo no odian la disciplina, quienes se atreven a condenar al mundo sin escucharlo, y porque por mérito, o más bien por la audacia de tal furor, según la disciplina de la misericordia divina sufren molestias temporales, no confiesan que se castigan sus pecados, sino que se glorían de que se coronan sus méritos? No digo que hayan concurrido con un ladrón: porque peor que un ladrón es un saqueador, lo que se proclamaba por todas partes que era Optato. ¿No ponen su parte con los adúlteros, quienes permiten que los rebaños ebrios de sus monjas se mezclen día y noche con los rebaños ebrios de los

Circunceliones, vagando desvergonzadamente? ¿No sentados hablan contra sus hermanos, quienes por algunos a quienes no pudieron convencer, en la herencia de Cristo extendida por todo el mundo, sostienen que no son cristianos? Y así contra el hijo de su madre, es decir, al pequeño aún en la fe y alimentado con la leche de los Sacramentos, ponen un escándalo muy pernicioso, pues ignorante aún de seguir a Dios el padre, el débil sigue al hombre, y atraído por la simulada y aparente especie de verdad, es desgarrado cruelmente de la unión de la unidad. Pero si a aquellos que no hacen el mal, en esa parte no les agradan las malas acciones de los demás, ni creen que les perjudican los crímenes ajenos que en medio de ellos se cometen y lamentan; ¿por qué en el sacrilegio común del cisma toleran perniciosamente a quienes pudieron tolerar fructuosamente en la integridad de la unidad? Pues pueden decir, si al menos despertados por los hechos se despiertan alguna vez; pueden, digo, decir que los males de cada uno no perjudican a los demás, quienes ni aprueban ni hacen tales cosas: sin embargo, no es el mal de cada uno el sacrilegio del cisma, sino que pertenece a todos aquellos que no comunican con la unidad católica, fácilmente pueden ser convencidos, aunque difícilmente confesados. Pues por la misma causa por la cual en su comunión no pertenecen a otros los crímenes de otros, por esa causa el cisma es crimen de todos: porque cuando ya dicen que no pueden ser manchados por los crímenes de otros entre los suyos, confiesen al mismo tiempo que no tuvieron causa para separarse de la unidad, donde no pueden ser manchados por los crímenes de otros, y por eso con el crimen del cisma más evidente como un solo vínculo mortífero están igualmente atados.

CAPUT X.---20. Pero Jeremías profetizó. ¿Qué profetizó Jeremías? Dicen que aquellos que abandonan a Dios no tienen un verdadero Bautismo. Pues dice: «El cielo se asombró de esto, y se horrorizó mucho más, dice el Señor: porque este pueblo ha cometido dos males; me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas que no pueden contener agua» (Jeremías II, 12, 13). Y de nuevo: «Se me ha vuelto como agua engañosa,» dice, «que no tiene fe» (Jeremías XV, 18). Y aquello que está escrito, «El que se bautiza de un muerto, ¿qué aprovecha su lavado?» (Eclesiástico XXXIV, 30). Y aquello en el Salmo: «El aceite del pecador no ungiré mi cabeza» (Salmo CXL, 5). Y de nuevo en otro lugar: «Las moscas muertas corrompen el unguento de la perfumería» (Eclesiastés X, 1). Y en otro lugar: «El Espíritu Santo de la disciplina huirá del engaño, y se apartará de los pensamientos que carecen de entendimiento» (Sabiduría I, 5). Si todas estas cosas deben entenderse de la manera en que ellos las entienden, ni a nosotros ni a ellos les cuadra la razón de la verdad. Pero si enseño que deben entenderse de otra manera, solo ellos se turban por su propia perversidad. Pero para que no se turben, que recurran al entendimiento católico: porque no encuentran salida a la respuesta, mientras están atrapados en el crimen del cisma. Pues ciertamente también ellos tienen; no diré, Son tales, sino que diré esto, que o lo admiten, o lo niegan de manera insensata; tienen, por tanto, también ellos a los que abandonan a Dios, que es la fuente de agua viva, es decir, los que viven injustamente. Porque Dios no se abandona con los pies, sino con el corazón. Tienen también a los mentirosos, y a los que no tienen fe, profesando una cosa y viviendo de otra manera. Tienen también a los muertos: pues si el Apóstol no concede placeres al sexo más delicado e inferior, diciendo, La viuda que vive en placeres, viviendo está muerta (I Timoteo V, 6); que pregunten si no hay entre ellos hombres, y, lo que es más, superiores o ministros que vivan en placeres; y si se atreven, que renuncien a decir que no tienen muertos, y que son mejores que aquella Iglesia, cuyo ángel en figura de los superiores o de las almas se dice que no vive, sino que está muerto, y sin embargo se cuenta entre las siete Iglesias, y no se le separa del cuerpo de Cristo, sino que se le insinúan preceptos de vida en la unidad (Apocalipsis III, 1-6). Omito que en su concilio contra los Maximianistas dijeron, «Las costas están llenas de cadáveres de los egipcios que perecen»

(Éxodo XIV, 31). De cuyo número de muertos ahora está dentro Feliciano, que aún muerto bautiza: o si ya ha revivido, tiene consigo a aquellos que bautizó muerto en el cisma. Ciertamente tienen pecadores: pues si se les pregunta a aquellos que se consideran grandes entre ellos, tampoco niegan ser pecadores. Porque no se golpean el pecho, o si lo hacen, lo hacen de manera simulada; y si es así, entonces ciertamente pecan de manera infeliz, engañando a sus pueblos con humildad simulada: o no dicen en la oración dominical, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12); lo cual ciertamente no se dice de aquellos pecados que fueron perdonados en la regeneración del Bautismo, sino de aquellos que diariamente la debilidad de la vida humana contrae de los amargos frutos del mundo, para cuya curación se aplican los remedios de las limosnas, los ayunos y las oraciones, para que en la oración se diga lo que se hace en las limosnas. Pues también perdonar el pecado que otro cometió contra ti, para que Dios también te perdone, es una gran obra de misericordia. Pero si dicen esto en la oración de manera falsa y no verdadera, pensando que no tienen nada que Dios les perdone, eso mismo es un sacrilegio inexpiable, esa misma impía y loca soberbia, que ciertamente es un gran pecado. Pues, ¿qué diré de las moscas muertas, cuando hemos mostrado que en ellos no solo se encuentran muertos, sino ya muertos de muchas maneras, ya sea que lo admitan o que se les convenza? Que piensen cuántos ficticios tienen entre ellos, a quienes el Espíritu Santo de la disciplina huye, y que viven sin entendimiento, según lo que se ha dicho anteriormente. Pues también cualquiera que allí se oculta malvado, lo cual es cierto porque a menudo son descubiertos, condenados y expulsados, no solo por hechos recientes, sino también por la antigua costumbre de sus crímenes, porque con la más estúpida ficción pudieron ocultarse durante mucho tiempo, estos ciertamente son más ficticios, que se engañan fingiendo ser buenos.

21. Si, por tanto, estas cosas deben entenderse como ellos las entienden, ¿cómo podrá subsistir la razón para ellos, por qué entre aquellos que abandonan a Dios viviendo mal, ya sea que se oculten o sean conocidos, no fueron cisternas rotas que no pueden contener agua? Y si en este lugar debe entenderse el sacramento del Bautismo, ¿por qué se cree que sus ministros mentirosos e infieles no dan ni tienen agua engañosa, sino verdadera? ¿Por qué de sus muertos que bautizan, su lavado les aprovecha algo? ¿Por qué los pecadores ungen con aceite las cabezas ajenas? ¿Qué te hicieron las moscas muertas o moribundas para que no corrompan el aceite de la suavidad? ¿Con qué privilegio están protegidos los que allí son ficticios, es decir, los que cubren al lobo con la piel de la justicia, para que no los huya el Espíritu Santo de la disciplina? O si el Espíritu Santo los huye, ¿cómo se da a los bautizados por medio de ellos? Aquí no se puede decir, como suelen decir de manera muy inepta e impúdica, «que alguien puede ser bautizado por un malvado, si la maldad del bautizante está oculta.» Pues quien es ficticio, tanto más ficticio es cuanto más se oculta. Por tanto, cuando el Espíritu Santo se aparta de este, ¿qué esperanza habrá para el bautizado, si se debe considerar el mérito del hombre que bautiza en esa gracia de Dios? Aquí ciertamente no encuentran qué responder, quienes niegan tener malos manifiestos: en lo cual ciertamente son convictos de manera muy clara. Pero, ¿qué nos importa a nosotros? Nos basta para el necesario punto de la causa, que no pueden negar que tienen entre ellos ficticios buenos, es decir, malos ocultos. Pues son refutados por muchos, que viviendo allí con costumbres perdidas y criminales, y ocultándose durante mucho tiempo por esa misma ficción, alguna vez fueron descubiertos y expulsados. Creámosles, pues, si no quieren que aún haya algunos allí: ciertamente aquellos que fueron expulsados, mientras se ocultaban en esa ficción, y el Espíritu Santo los huía, de quien está escrito, El Espíritu Santo de la disciplina huirá del engaño (Sabiduría I, 5), ¿cómo pudieron bautizar? ¿Por qué no se enumeran al menos los que viven, para que reciban el Bautismo, que ciertamente no pudieron recibir de los ficticios que el Espíritu Santo

abandonaba? Pero si dicen, el Espíritu Santo ciertamente faltaba a los que daban fingiendo, pero estaba presente para los que recibían creyendo, para ser lavados por la inefable eficacia de su poder; capaz de hacer ambas cosas, huir de aquellos, favorecer a estos, culpar a aquellos, limpiar a estos: que vean cómo resuelven la cuestión para ellos, al mismo tiempo vean que está resuelta para nosotros.

22. Pero lo que se entiende en esta sentencia de la Sagrada Escritura, que ciertamente ellos no entienden, y como si la propusieran a favor de sus partes, nos la imponen para convencernos a nosotros mismos, advertimos que debe entenderse en casi todas estas cuestiones, a saber, que todos los sacramentos, aunque perjudiquen a los que los tratan indignamente, sin embargo, benefician a los que los reciben dignamente a través de ellos: así como la palabra de Dios; de donde se dijo, Haced lo que dicen; pero lo que hacen, no lo hagáis (Mateo XXIII, 3). Pues cavar cisternas rotas que no pueden contener agua, ¿quién me prohíbe entenderlo así; es decir, convertirse a la voluntad terrenal, y no poder contener al Espíritu Santo, que se significa con el nombre de agua en el Evangelio, quién de alguna manera cristiana lo ignora? Asimismo, el agua engañosa que no tiene fe, puede entenderse, no como un bautismo falso, sino como un pueblo engañoso e infiel, no contando a los veraces y fieles, sino solo a aquellos que son mentirosos e infieles. Pues que los pueblos se significan a veces con el término aguas, que lean en el Apocalipsis, y se calumnien a sí mismos antes que a nosotros. Pues así se dice a Juan: Las aguas que viste, sobre las cuales se sienta la ramera, son pueblos y multitudes, y naciones y lenguas (Apocalipsis XVII, 15). Y aquello que está escrito, El que se bautiza de un muerto, ¿qué aprovecha su lavado? (Eclesiástico XXXIV, 30) para diferir por ahora una investigación más diligente de estas palabras, lo acepto con toda seguridad, que se refiere a los bautismos de los paganos, porque adoran a hombres muertos tanto de la justicia como de esta vida, en cuyo nombre se bautizan. Pues aunque también sus sacerdotes se dicen muertos por impiedad, sin embargo, no se entiende así por ellos, sino por sus dioses muertos, en cuya significación se dice, Nuestro Dios es un Dios vivo (Jeremías X, 10). Por lo tanto, aunque entre los cristianos hay algunos superiores o ministros, que por su impiedad e iniquidad están muertos, sin embargo, vive aquel de quien se dice en el Evangelio, Este es el que bautiza (Juan I, 33): porque como dice el Apóstol, Cristo resucitando de los muertos, ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre él (Romanos VI, 9). Pero el aceite del pecador el Salmo lo indica claramente, cómo debe entenderse. Pues dice: Me corregirá el justo en misericordia, y me reprenderá; pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza (Salmo CXL, 5). De donde es manifiesto que por el aceite del pecador se significan las lisonjas del adulador, que rechazadas y detestadas, elige ser corregido y reprendido por el justo; porque esto el justo lo hace no con la falsa suavidad de la adulación, sino con la verdadera aspereza de la reprensión, mucho más misericordiosamente. De donde es también aquello en el Apocalipsis, Yo a los que amo, reprendo y castigo (Apocalipsis III, 19); y aquello en Salomón, Mejores son las heridas del amigo, que los besos voluntarios del enemigo (Proverbios XXVII, 6); y se encuentran muchas cosas de este tipo. Pero el aceite de suavidad, es decir, el buen olor, es decir, la buena fama de los cristianos, lo exterminan aquellos que, viviendo mal, y volviendo a la muerte de sus iniquidades, irrumpen en gran multitud, para que se les perdonen los pecados por el Bautismo, y vuelvan de nuevo a ellos. Pues creo que por su número se les compara con las moscas (Eclesiastés X, 1). Pero estos exterminan el aceite de suavidad, que no miran la gracia de Dios, sino las costumbres de los hombres; y porque como los granos entre la paja no se ven, así los que viven piadosamente entre las multitudes de los inicuos no aparecen fácilmente, ofendidos carnalmente, se retraen de recibir la salvación eterna o se apartan por completo. Pero que hay buen olor en la buena fama de los cristianos que viven rectamente, el Apóstol lo enseña, diciendo, Somos buen olor de Cristo para Dios en todo lugar (II Corintios II, 15). Contra aquellos a quienes se dice, Porque el

nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros (Romanos I, 24); ciertamente exterminan el aceite de suavidad. Así, pues, estas cosas tienen otros entendimientos más sinceros, que si los siguen, también ellos se liberan de las angustias de estas cuestiones. Pero si nuestro entendimiento no se confirma por ellos, solo a ellos; pero si se confirma por nosotros, nos implica a ambos.

CAPUT XI.---23. ¿Qué necesidad hay ya de discutir más? A menos que tal vez eso les preocupe, que cuando Parmeniano quiso probar que los hombres carnales no pueden engendrar hijos espirituales, añadió un testimonio del Evangelio: Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es (Juan III, 6). Como si dijéramos que cualquier hombre por sí mismo engendra hijos espirituales, y no por el Evangelio; en cuya predicación el Espíritu Santo opera para engendrar hijos espirituales en el Bautismo, incluso cuando huye del ministro ficticio, como dijimos antes. Por eso el Apóstol, cuando hablaba con tales hijos, si hubiera dicho, Yo os engendré; y no hubiera añadido, en Cristo Jesús por el Evangelio (I Corintios IV, 15): de ninguna manera nadie de los fieles confesaría religiosamente haber nacido de él. Pero Judas el ladrón también predicó el Evangelio sin detrimento de los creyentes: y ellos también, los ficticios, es decir, los malos ocultos, como ellos mismos también conceden, cuando el Espíritu Santo los huye, sin embargo, afirman que por su ministerio se engendran hijos espirituales. Pues, ¿quién soportaría tanta demencia, que cuando llama carnal al hombre que engendra hijos de su esposa, llame espiritual al adúltero? Dios no lo quiera, dice, que sienta esto. Entonces, ¿cómo pudo el adúltero oculto, cuando era superior entre ellos, engendrar hijos espirituales, si los carnales no pueden hacerlo? ¿O tal vez entonces por sus manos o Cristo, o el Espíritu Santo, o tal vez un ángel bautizó? Si entonces el hombre bautiza, cuando el bautizador es manifiestamente bueno; pero cuando el bautizador es ocultamente malo, entonces Dios o un ángel bautiza, y cada uno nace espiritualmente tal como es aquel de quien es bautizado: que deseen los que desean ser bautizados que los hombres por quienes son bautizados, no sean manifiestamente buenos, sino ocultamente malos, para que así, bautizando Dios o un ángel, merezcan renacer más santos. Si piensan evitar esta absurda idea, que confiesen que por cualquier hombre, cuando alguien es bautizado con el bautismo de Cristo, Cristo bautiza, de quien solo se dice, Este es el que bautiza en el Espíritu Santo (Juan I, 33).

24. Pues aquello del Evangelio, Como me envió el Padre, así os envío yo. Esto dicho, sopló, y dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retengáis, les serán retenidos (Juan XX, 21-23): estaría contra nosotros, para que nos viéramos obligados a confesar que esto se hace por los hombres, no por medio de los hombres, si después de haber dicho, Y yo os envío; hubiera añadido inmediatamente, A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retengáis, les serán retenidos. Pero cuando se interpone, Esto dicho, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; y luego se añade, que por ellos se hace la remisión o retención de los pecados; se muestra suficientemente que no son ellos los que actúan, sino el Espíritu Santo por medio de ellos, como en otro lugar dice, No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo que está en vosotros (Mateo X, 20). Pero el Espíritu Santo está en el superior o ministro de la Iglesia de tal manera, que si no es ficticio, el Espíritu obra por él, y su recompensa en la salvación eterna, y la regeneración o edificación de aquellos que por él son consagrados o evangelizados. Pero si es ficticio, porque está escrito verdaderamente, El Espíritu Santo de la disciplina huirá del engaño; ciertamente falta a su salvación, para apartarse de los pensamientos que carecen de entendimiento: sin embargo, no abandona su ministerio, por el cual obra la salvación de otros por medio de él. Por lo cual el Apóstol dice, Pues si lo hago de buena voluntad, tengo recompensa; pero si de mala gana, se me ha confiado una dispensación

(I Corintios IX, 17): es decir, les aprovecha a aquellos a quienes lo dispense, no a mí que soy ficticio. Pues quien lo hace de mala gana por las comodidades y alegrías carnales, que si pudiera tener de otra manera, lo abandonaría, él mismo ciertamente es ficticio: por eso no dice, Si lo hago de mala gana, no aprovecho nada a aquellos para quienes lo hago; sino que solo se excluye a sí mismo de la recompensa de la salvación, no también a aquellos a quienes el mal siervo les proporciona los alimentos del Señor. Pero como el Apóstol no era tal, sino más bien tal que lo hacía de buena voluntad, es decir, distribuía la gracia gratuita con la piedad de un corazón casto; también su recompensa el Espíritu Santo la obró por él, la cual, como él mismo dice, el Señor justo juez le dará en aquel día (II Timoteo IV, 8). Pero aquellos que anunciaban el Evangelio no castamente, que no anunciaban otra cosa que la verdad, es decir, a Cristo, sin embargo, no con la verdad de un buen corazón, sino por ocasión de sus propios intereses, Dejad, dice, que estos anuncien: y se alegra no ciertamente por ellos, sino por aquellos que por ellos se salvaban, siguiendo el precepto del que dice, Haced lo que dicen; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen, y no hacen (Mateo XXIII, 3). De estos también el Apóstol habla a los Filipenses: Algunos, dice, predicán a Cristo por envidia y contienda; pero otros por buena voluntad: unos por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del Evangelio; pero otros por contumacia anuncian a Cristo no castamente, pensando añadir aflicción a mis cadenas. ¿Qué importa, mientras de todas maneras, ya sea por ocasión, ya sea por verdad, Cristo sea anunciado? y en esto me gozo, y me gozaré (Filipenses I, 15-18). ¿Acaso permitiría que predicaran a Cristo, cuando no predicaban la verdad del Evangelio con la castidad de un corazón veraz? ¿Acaso se alegraría de la predicación de tales, si no supiera que para ellos ciertamente sería pernicioso anunciar una cosa casta no castamente; pero para aquellos que escuchaban cosas buenas y verdaderas por medio de ellos, sería saludable para su salvación? Pues donde no se predica a Cristo que es la verdad, sino falsedad y mentira, lo prohíbe claramente, diciendo a los Gálatas, Si alguien os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema (Gálatas I, 9): y también a Timoteo, Como te rogué que permanecieras en Éfeso, cuando fui a Macedonia, para que mandarás a algunos que no enseñaran diferente doctrina (I Timoteo I, 3). Pero aquellos envidiosos, contenciosos, contumaces, no castos, buscando ocasión para hacer su mala voluntad, porque así el Espíritu Santo huía de su ficción, que no abandonaba su ministerio, por el cual se predicaba a Cristo por medio de ellos, no solo permite que lo hagan, sino que se alegra de que lo hagan.

25. Presentamos estos documentos de las Sagradas Escrituras para que quede claro que no hay nada más grave que el sacrilegio del cisma: porque no hay necesidad justa de cortar la unidad, ya que los buenos toleran a los malos para no separarse espiritualmente de los buenos, cuando la severidad de la disciplina es refrenada o diferida por la consideración de mantener la paz; la cual, sin embargo, se ejerce con seguridad cuando se puede corregir algo sin herir la unidad mediante el juicio eclesiástico. Decimos que el nombre del Señor pertenece más a aquellos que le temen, aunque estén mezclados con los que no le temen; y aquello que dice el Apóstol: "Conoce el Señor a los que son suyos; y apártese de la injusticia todo aquel que invoca el nombre del Señor" (II Tim. II, 19). Pues si por el bien de la paz, para que no se arranque el trigo junto con la cizaña antes de tiempo, alguien se ve obligado a estar entre los injustos, que se aparte de la injusticia e invoque el nombre del Señor con seguridad. Pues al mismo tiempo se aparta de los injustos y sale de ellos, y se separa por el corazón, para que también merezca ser separado de ellos corporalmente al final.

CAPÍTULO XII.--26. Y aquello que está escrito: "No es hermosa la alabanza en boca del pecador" (Eclo. XV, 9). Ciertamente, en la boca de los fieles es hermosa. Sin embargo, cada uno tiene su propia boca, y nadie es herido por la boca ajena sin el consentimiento de su corazón. Pero cuando la predicación procede de la boca del pecador, hay que preguntarse qué

tipo de pecador quiso significar la Escritura en este lugar. Pues el publicano que fue justificado más que el fariseo, ciertamente era pecador (Luc. XVIII, 14). Si sus pecados no eran verdaderos, su confesión de pecados era falsa; pero si su confesión era verdadera, por la cual también mereció ser justificado, sin duda sus pecados eran verdaderos. Esto también lo diría con toda verdad de la oración del santo Daniel, quien ciertamente dijo con verdad: "Mientras oraba y confesaba mis pecados y los de mi pueblo" (Dan. IX, 20). Entonces, ¿en la boca de qué pecador no es hermosa la alabanza, sino principalmente del mentiroso y falso, a quien el Espíritu Santo de la disciplina huye? Sin embargo, cuando habla la verdad, no es hermosa en su boca, porque no se le atribuye a quien no es partícipe de ella: así como no era hermosa la profecía en la boca de Caifás, el sumo sacerdote, quien no sabía lo que decía, pero siendo sumo sacerdote profetizó (Juan XI, 51): pero sin embargo, a través de él, la alabanza de Dios es hermosa en los oídos de los oyentes y en el corazón de los creyentes.

CAPÍTULO XIII.---27. Además, Parmeniano se atreve a insultar a aquellos a quienes niega tener el Bautismo, y por eso dice que no pueden darlo, usando mal la sentencia del Apóstol. Pues dice: "¿Qué tienes que no hayas recibido?" (I Cor. IV, 7). Dejando de lado de dónde y por qué lo dice el Apóstol, lo cual se declara en el contexto de la misma Epístola; si quiere entender esto del Bautismo, y si aquel no puede dar lo que no tiene, y aquel no tiene lo que no ha recibido, para que de algún modo le favorezca lo que está escrito: "¿Qué tienes que no hayas recibido?", pregunto si no tiene lo que recibió entre ellos. Si dicen que lo tiene, pregunto si lo pierde si se aparta de ellos. Si dicen que lo pierde, debe ser bautizado de nuevo si regresa, para que pueda serle restituido lo que perdió. Pero si esto no se hace, y nadie dice que deba hacerse, entonces no lo había perdido. Por lo tanto, si lo recibió y no lo perdió, ciertamente tiene lo que recibió: y por eso no se le puede decir, según el entendimiento de ellos: "¿Qué tienes que no hayas recibido?" Ahora vuelve tu mente al origen del cisma. Cualquiera que sea la opinión que tengan de Ceciliano (a quien nosotros creemos inocente), sin duda fue bautizado en la unidad: pues aún no se había hecho esta división. Supongamos, como ellos quieren, que él se apartó de la unidad: ciertamente no perdió lo que había recibido; pues si regresara, no sería bautizado de nuevo para recibir lo que había perdido. Por lo tanto, si no había perdido lo que había recibido, ciertamente lo tenía. Si, por lo tanto, ni siquiera a él se le pudo decir, según el malentendido de ellos: "¿Qué tienes que no hayas recibido?", mucho menos se le puede decir lo mismo a quien recibió del Señor a través de Ceciliano. ¿Por qué no pudo un hombre que no estaba unido a ustedes recibir lo que no tenía a través de alguien que no lo perdió cuando se apartó de ustedes? Cuánto más imprudentemente se dice al mundo entero: "¿Qué tienes que no hayas recibido?", de donde la conexión del mismo Sacramento llegó a África, que no pudo perder la promesa de Dios por el crimen de ningún traidor, con la clarísima promesa hecha a Abraham: "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gén. XXII, 18); incluso si estos no fueran calumniadores impíos de los hermanos, sino verdaderos examinadores de crímenes.

28. Pues aquello que algunos de ellos, convencidos por la verdad, han comenzado a decir: "El Bautismo ciertamente no lo pierde quien se aparta de la Iglesia, pero sí pierde el derecho de darlo"; se muestra de muchas maneras que se dice en vano e inútilmente. Primero, porque no se muestra ninguna causa por la cual aquel que no puede perder el mismo Bautismo, pueda perder el derecho de darlo. Ambos son Sacramentos; y ambos se dan al hombre mediante una cierta consagración: aquel, cuando es bautizado; este, cuando es ordenado; y por eso en la Iglesia Católica no se permite repetir ninguno de los dos. Pues si alguna vez, por el bien de la paz, aquellos que vienen de esa parte, incluso los superiores, corregido el error del cisma, son recibidos, y si se considera necesario que ejerzan los mismos oficios que ejercían, no son ordenados de nuevo; sino que, al igual que el Bautismo en ellos, la Ordenación permanece

íntegra: porque el defecto estaba en la separación, que fue corregido por la paz de la unidad; no en los Sacramentos, que dondequiera que estén, son los mismos. Y cuando se juzga conveniente para la Iglesia que los superiores que vienen a la sociedad católica no ejerzan allí sus honores; sin embargo, no se les quitan los mismos Sacramentos de la Ordenación, sino que permanecen sobre ellos. Por eso no se les impone la mano en el pueblo, para que no se haga injuria al Sacramento, sino al hombre. Y si alguna vez se hace por ignorancia, y no se defiende con arrogancia lo hecho, sino que se corrige piadosamente cuando se conoce, se obtiene fácilmente el perdón. Pues nuestro Dios no es un Dios de disensión, sino de paz (I Cor. XIV, 33): ni los Sacramentos de su Iglesia son enemigos de aquellos que se apartaron de la Iglesia, sino que son ellos mismos los enemigos. Así como tienen en el Bautismo lo que puede ser dado por ellos, así en la Ordenación el derecho de dar; ambos para su propia perdición, mientras no tengan la caridad de la unidad. Pero sin embargo, una cosa es no tener, otra cosa es tener perniciosamente, otra cosa es tener saludablemente. Lo que no se tiene, debe ser dado cuando es necesario darlo: lo que se tiene perniciosamente, debe ser corregido para que se tenga saludablemente, una vez eliminada la perdición.

29. Aunque si algún laico, obligado por necesidad, diera a un moribundo lo que aprendió cómo dar cuando lo recibió, no sé si alguien piadosamente diría que debe repetirse. Pues si se hace sin ninguna necesidad, es una usurpación de un oficio ajeno: pero si la necesidad apremia, es un delito venial o ninguno. Pero incluso si se usurpa sin necesidad, y se da de cualquiera a cualquiera, lo que se ha dado no puede decirse que no se ha dado, aunque correctamente pueda decirse que se ha dado ilícitamente. La usurpación ilícita la corrige el afecto del que recuerda y se arrepiente. Si no lo corrige, permanecerá para castigo del usurpador lo que se ha dado, ya sea del que lo dio ilícitamente o del que lo recibió ilícitamente: sin embargo, no se considerará como no dado; ni de ninguna manera por un soldado devoto, lo que ha sido usurpado por privados, se violará el signo real. Pues si algunos, furtivamente y fuera de orden, en las casas de moneda públicas acuñan oro, plata o bronce; cuando se descubra, ¿no será recogido el signo real conocido en los tesoros reales, castigados ellos o liberados por indulgencia? O si alguien, ya sea desertor o que nunca ha militado, marca a un privado con la nota militar; cuando se descubra, ¿no será castigado el marcado como desertor, y más gravemente si se puede probar que nunca ha militado, castigado junto con él el audaz marcador si lo delata? O si acaso aquel que no milita, al ver el carácter militar en su cuerpo, se aterroriza y huye a la clemencia del Emperador, y con oración y obtenida ya la indulgencia comienza a militar; ¿acaso se le quita el carácter, sino que más bien se reconoce y se aprueba? ¿O acaso los Sacramentos cristianos se adhieren menos que esta nota corporal, cuando vemos que ni los apóstatas carecen del Bautismo, a quienes ciertamente no se les restituye cuando regresan por penitencia, y por eso se juzga que no puede perderse? ¿O no se debió tomar la similitud de la milicia, cuando el Apóstol clama sobre las competiciones atléticas y dice abiertamente: "Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios de la vida, para agradar a aquel que lo eligió" (II Tim. II, 4).

30. Y esta es otra cuestión, si también por aquellos que nunca han sido cristianos puede darse el Bautismo: y no debe afirmarse nada temerariamente sin la autoridad de un concilio tan grande como para una cuestión tan grande. Pero de aquellos que se han separado de la unidad de la Iglesia, ya no hay cuestión alguna, de que tanto tienen como pueden dar, y de que lo tienen perniciosamente y lo dan perniciosamente fuera del vínculo de la paz. Pues esto ya ha sido discutido, considerado, perfeccionado y establecido en la unidad de todo el mundo. Pero si nosotros actuamos mal, que ellos expliquen cómo el Sacramento del bautizado no puede perderse, y el Sacramento del ordenado puede perderse: pues dicen: "El que se aparta de la Iglesia no pierde el Bautismo, pero sí pierde el derecho de darlo". Pues si ambos son

Sacramentos, lo cual nadie duda; ¿por qué aquel no se pierde, y este sí se pierde? A ningún Sacramento se le debe hacer injuria. Si las cosas santas huyen de los malos, que ambos huyan: si las cosas santas permanecen inviolablemente en los malos, que ambos permanezcan. Si dicen: "El Bautismo se da correctamente solo en la verdadera Iglesia": se les responde: "El Bautismo se tiene correctamente solo en la verdadera Iglesia". ¿Por qué no puede darse donde no se da correctamente, cuando puede tenerse donde no se tiene correctamente? ¿O porque no tener es una cosa, y no tener correctamente es otra? Así también no dar es una cosa, y no dar correctamente es otra. Así como no tiene correctamente quien se aparta de la unidad, pero sin embargo tiene, y por eso no se le devuelve al que regresa: así también no da correctamente quien se aparta de la unidad, pero sin embargo da; y por eso lo que recibió de él, al venir a la unidad no se repite. Sin embargo, ellos sostienen que lo que no se da correctamente, no se ha dado. Pero si alguien sostiene que lo que no se tiene correctamente, no se puede tener, ¿no reclamamos a ambos, y decimos que tiene, pero no tiene correctamente quien se aparta de la unidad? Si, por lo tanto, quieren que aquel escuche lo que reclamamos juntos, que ellos nos escuchen reclamando, que da, pero no da correctamente quien se aparta de la unidad. Por lo tanto, así como no se devuelve al que regresa lo que tenía fuera; así no debe repetirse al que viene lo que también recibió fuera. De donde se entiende consecuentemente que la perversidad de los hombres debe ser corregida, pero la santidad de los Sacramentos no debe ser violada en ningún perverso. Pues está claro que permanece impoluta e inviolable en los hombres perversos y malvados, ya sea en aquellos que están dentro, ya sea en aquellos que están fuera: y porque se dice que los malos la contaminan, se dice en cuanto a ellos, cuando permanece impoluta; pero en los buenos permanece para premio, en los malos permanece para juicio. Pues también del Espíritu, que de ninguna manera puede extinguirse, se ha dicho sin embargo: "No extingáis el Espíritu" (I Tes. V, 19); es decir, en cuanto a vosotros, no actuéis de tal manera que parezca que intentáis extinguir el Espíritu, o que consideréis al Espíritu como extinguido: y el nombre de Dios de ninguna manera puede ser contaminado, y sin embargo se ha dicho: "El hijo y el padre entraban a una misma joven, para contaminar el nombre de su Dios" (Amós II, 7).

31. Y de ninguna manera pueden estos liberarse, cuando se les propone por qué la santidad del Sacramento puede ser tanto tenida como dada por aquel que, estando dentro, ya ha sido condenado por Dios, y comienza a no poder ser dada por él cuando ha sido condenado por los hombres, aunque entonces tampoco pueda perderla. Finalmente, ¿por qué Feliciano, a quien con Maximiano trescientos diez condenaron, y estuvo mucho tiempo fuera en el sacrilegio, como ellos mismos pronunciaron en su concilio, del cisma, no solo no perdió el Bautismo, sino tampoco el derecho de darlo? Pues en su honor, tal como salió, así fue recibido; con todos aquellos a quienes él mismo bautizó estando fuera, sin que ninguno de ellos fuera rebautizado: porque si consideraran que alguno de aquellos a quienes bautizó fuera, debía ser rebautizado, juzgarían que había perdido el derecho de darlo cuando estaba fuera, y por eso sería consecuente que también lo ordenaran de nuevo, si los bautizaran de nuevo. Pero cuando son llamados a la paz de Cristo, son calumniadores: cuando consultan por la paz de Donato, son disimuladores. ¿Qué es esto sino lo que su Ticonio dice de ellos: "Lo que queremos es santo"?

CAPÍTULO XIV.---32. ¿Por qué, entonces, Parmeniano se exalta con una jactancia vana, y dice: "Nunca la censura de la ley divina permitirá que un muerto pueda vivificar a alguien, un herido curar, un ciego iluminar, un desnudo vestir, y un contaminado purificar"? Pues el Señor resucita a los muertos, el Señor cura a los heridos, el Señor ilumina a los ciegos, el Señor viste a los desnudos, el Señor purifica a los contaminados. ¿Por qué se arroga lo que no es del hombre? ¿Acaso están vivos entre ellos los que no pecan, para que incluso se diga que

pueden vivificar; cuando no pueden dar el crecimiento? Yo, dice el Apóstol, planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento (I Cor. III, 6, 7). ¿Cuándo da vida al muerto, quien no puede dar crecimiento al vivo? Pues como el Padre resucita a los muertos y vivifica, así también el Hijo vivifica a quienes quiere (Juan V, 21). ¿Acaso están sanos entre ellos, para que incluso puedan curar a los no sanos? ¿Qué otra cosa hacen estos, sino que se oponen a ser bendecidos en lugar del Señor? Pero de ninguna manera son seducidos por ellos, quienes no esperando en el hombre, sino en Dios, cantan: Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides todos sus beneficios; quien perdona todas tus iniquidades, quien sana todas tus enfermedades (Sal. CII, 2, 3). Si él sana todas las enfermedades, no deja ninguna que Parmeniano diga que sana. ¿Acaso son tan grandes luces entre ellos, que incluso pueden iluminar? Lo cual ni siquiera a aquel de quien no ha surgido nadie mayor entre los nacidos de mujer, Juan el Bautista, concede Juan el evangelista; de quien dice: "No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz. Era la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan I, 8, 9). Si esa luz ilumina a todo hombre, no deja a ninguno que Parmeniano diga que ilumina. Porque aunque los hombres santos, de alguna manera, se llaman luminarias; sin embargo, son otras luces iluminadas, y otra es la luz que ilumina, que es aquella de la que el mismo Juan Bautista dice: "Todos hemos recibido de su plenitud" (Juan I, 16). Pero, ¿quién viste a los desnudos, sino aquel que dice: "Traedle la mejor túnica" (Luc. XV, 22): y quien vestirá de incorrupción este cuerpo corruptible, y de inmortalidad este cuerpo mortal (I Cor. XV, 53)? ¿Y acaso alguien se atreve a decir que viste a alguien con el divino vestido, a quien le es un gran mérito si él mismo merece ser vestido? Ahora bien, ¿se atreverá a decir que purifica al contaminado, si primero se atreve a decir que no está contaminado? Pues hemos sido purificados por la gracia de Dios; pero ni siquiera entonces purificaremos a alguien, cuando nuestra purificación sea perfecta: cuánto menos ahora, cuando el cuerpo que se corrompe pesa sobre el alma (Sab. IX, 15)? Pues ¿quién se gloriará de tener un corazón puro? ¿O quién se gloriará de estar limpio de pecado (Prov. XX, 9, según LXX)? Pues purificar y sanar, en las cosas espirituales, valen lo mismo. Pero así como hemos sido salvados en esperanza, así hemos sido purificados en la perfecta salvación y en la perfecta pureza. ¿Cómo, entonces, podemos sanar y purificar ya, quienes ni siquiera podremos hacerlo cuando seamos de todo modo salvos y puros? "Pero Dios", dice, "hace esto por medio del hombre". Ciertamente lo hace, pero también lo hizo por medio de Judas, a quien envió con los demás a predicar el Evangelio (Mat. X, 1-8): lo hizo también por medio de los fariseos en aquellos que hacían el bien que oían de ellos, cuando ellos no hacían lo que decían. Finalmente, ¿por qué los inicuos y malvados de ellos, ya sea cuando se ocultan, ya sea cuando se toleran por la paz de Donato, vivifican, curan, iluminan, purifican? ¿Acaso ellos no están muertos, heridos, ciegos, contaminados? ¿O acaso no son ciegos guiando a ciegos, para que ambos caigan en el hoyo (Mat. XV, 14), porque no a ellos, sino a Dios, a quien predicán, aquellos escuchando y obedeciendo siguen? Así es, pero entonces predicán a Dios, si recogen con Cristo: pero cualquiera que no recoge con él, desparrama (Mat. XII, 30); predicando a Donato, no a Dios, siguiendo ciegos a ciegos, caen juntos en el hoyo. Pero sobre la cuestión del Bautismo trataremos más ampliamente con la ayuda del Señor (Lib. 1 de Bautismo contra Donatistas, cap. 1), cuando hayamos respondido a todos los testimonios de las Sagradas Escrituras que Parmeniano creyó que nos debía objetar. Pues él mismo verdaderamente iguala a sus prójimos en la perversión de la iniquidad, al ofrecerles un error tan malo, que no solo habla él mismo por la división y la escisión, sino que también persuade a los Libros divinos a hablar.

CAPUT XV.---33. Pero entre muchas cosas, me sorprende que, mientras argumentaba que el Bautismo no puede ser tenido a menos que sea recibido, ni puede ser recibido sin un dador, haya interpuesto un testimonio del Evangelio: "No puede," dice, "el hombre recibir nada, a

menos que le sea dado del cielo." Pues alguien ignorante de esas palabras, al comenzar él a decir, "No puede el hombre recibir nada, a menos que le sea dado," antes de que dijera "del cielo," podría pensar que iba a decir que fue dado por Donato, o por Parmeniano, o por alguien de la parte de Donato, o incluso por la misma parte de Donato. Reconozco el Evangelio, y reviso que está escrito allí: "No puede el hombre recibir nada, a menos que le sea dado del cielo." Pero, ¿acaso Donato es el cielo? ¿Acaso Parmeniano es el cielo? ¿Acaso la misma parte de Donato? Esa en verdad no es el cielo, no está en el cielo. Porque quien dijo, "No puede el hombre recibir nada, a menos que le sea dado del cielo," nunca diría, "A menos que le sea dado del sol, o de la luna, o de las estrellas," que sin embargo están en el cielo: cuánto menos diría, "A menos que le sea dado de la parte de Donato," que no solo no es el cielo, ni está en el cielo, sino que ni siquiera quiere estar en el reino de los cielos. Y sin duda no diría, "No puede el hombre recibir nada, a menos que le sea dado de la Iglesia": pues la misma Iglesia recibe del cielo. Pero si dijera, "No puede el hombre recibir nada, a menos que le sea dado por un hombre justo," estos descarados se precipitarían y proclamarían ser justos, para que de ellos recibiera quien quisiera recibir: y no haríamos cuestión de si eran justos o no; pero fácilmente mostraríamos que entre ellos hay injustos ocultos, a partir de algunos traicionados y excluidos; y sin embargo no los desaprobáramos, ni diríamos que no fue dado, o no fue recibido, lo que fue dado y recibido por tales. Pero también esto sería falso al decir, "No puede el hombre recibir nada, a menos que le sea dado por un hombre justo." Pues el mismo justo de quien otro recibe, pregunto de quién recibió. Si él también de un hombre justo, y así pregunto de él, hasta que llegue a alguien desde la misma cabeza del orden humano, que no haya recibido de un hombre; y así demuestro que es falso que el hombre no puede recibir nada, a menos que le sea dado por un hombre.

34. ¿Qué hacen entonces estos ignorantes con el testimonio evangélico, sino advertir a los hombres para que alguna vez despierten, y adviertan que verdaderamente no deben atender a los hombres, cuando desean recibir algo santo, sino solo a aquel que da al hombre desde el cielo; porque "no puede el hombre recibir nada, a menos que le sea dado del cielo"? Pero si dijeran, "Del cielo ciertamente recibe, no del hombre, pero sin embargo a través del hombre"; pregunto a través de qué tipo. Si solo a través de un justo; no tienen aquellos que entre ellos mismos recibieron a través de los más inicuos ocultos: si también a través de un injusto; ¿cuál es entonces la razón para rebautizar a alguien? Si a través de un injusto solo oculto; no tienen, aquellos que fueron bautizados por el manifiesto secuaz de Gildón, Optato: si también a través de un injusto incluso manifiesto, que sin embargo no ha sido condenado y expulsado de la comunión de la Iglesia; no tienen aquellos que Feliciano de Musti, cuando estaba fuera de su comunión, bautizó en el cisma de Maximiano, a quienes sin embargo ahora, regresados con él, nadie rebautiza. Finalmente, si el hombre, aunque del cielo, no puede recibir nada sino a través del hombre; pregunto, ¿el mismo Juan Bautista, que dijo esto, por qué hombre había recibido, lo que ciertamente había recibido del cielo? Y no se encuentra: y así, con los testimonios presentados, su mala causa es refutada. Porque aunque el Hijo diga que recibió del Padre, y el Espíritu Santo recibe de lo suyo, no como gradualmente, sino como él mismo expuso diciendo, "Porque todo lo que tiene el Padre, es mío, por eso dije, De lo mío tomará" (Juan XVI, 15): sin embargo, Juan mismo testimonia con su ejemplo, y tantos santos antes de que el Hijo de Dios se hiciera hombre, y después de que resucitó y ascendió al cielo, ciento veinte hombres reunidos al mismo tiempo, a quienes sin que ningún hombre en la tierra impusiera la mano, el Espíritu Santo viniendo del cielo llenó (Hechos I, 15, y II, 1-4): y ya constituido el orden de la Iglesia, el Centurión Cornelio antes del mismo Bautismo, antes de la imposición de la mano, con los que estaban con él, lleno del mismo Espíritu Santo, Pedro mismo se maravilló (Id., X, 44). Nadie, por lo tanto, recibe sin un dador: pero en lo que respecta a la santidad del Bautismo, está presente Dios que da, y el hombre que recibe, ya sea

por sí mismo dando Dios, ya sea por un ángel, ya sea por un hombre santo, como por Pedro, como por Juan; ya sea por un hombre iniquo, como por tantos ocultos o manifiestos, que antes del tiempo de la cosecha los siervos del padre de familia tienen prohibido recoger, y que como paja del trigo del Señor hasta el tiempo de la ventilación, separados en el corazón, no los abandonan temerariamente corporalmente, sino que los soportan piadosamente espiritualmente.

CAPUT XVI.---35. "Quien," dice, "ha creído mal, no puede conseguir el sacramento del Bautismo; porque está escrito, 'Lo torcido no puedes enderezar' (Ecles. I, 15, según los LXX). ¿Qué si entonces alguien ha sido bautizado entre ellos, que pensaba, por ejemplo, que Cristo comenzó a existir desde que nació según la carne de la virgen María; después, advertido por la palabra de la verdad, cuando descubrió que él es de quien Juan dijo, 'En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios'; de quien consecuentemente dijo, 'El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros' (Juan I, 1, 14): confesara a ellos su error anterior, y mostrara que estaba preocupado por ello cuando fue bautizado, ¿le ordenarían ser bautizado de nuevo? Nunca lo harían: sino que se alegrarían de que la simplicidad ignorante del hombre, antes pervertida por una opinión carnal, fuera corregida por la razón de la verdad: o si incluso tal perversidad pareciera ser defendida obstinadamente por él, y después de mucho resistir y no corregirse, incluso fuera expulsado de la Iglesia, y después de conocer la verdad se arrepintiera, considerarían que debe ser curado con penitencia, no herido con la repetición del Bautismo; aunque confesara haber tenido esto en su corazón incluso en el tiempo en que fue bautizado entre ellos. Por lo tanto, 'lo torcido no puedes enderezar,' porque el Sacramento que recibió no le valdría como adorno, si persistiera en la fe perversa, sino más bien como castigo: aunque el mismo Sacramento por sí mismo, incluso en el perverso a quien no adornaba, sino que juzgaba, permanecía íntegro; y por eso de ninguna manera debía violarse la santidad de ese Sacramento, incluso cuando debía corregirse la perversidad de ese hombre.

CAPUT XVII.---36. También se atreve Parmeniano a proponernos ejemplos divinos, con los cuales cree mostrar que debe buscarse un hombre santo, de quien debe recibirse el Sacramento. "El mismo," dice, "Hijo de Dios, el mismo Señor Jesucristo, de quien surgió el principio del Bautismo espiritual, cuando según la voluntad del Padre debía ser bautizado, ¿se muestra que vino a los fariseos pérfidos y profanos, o al santísimo Juan?" Pero si por este ejemplo somos invitados a recibir el Bautismo, debemos buscar a alguien inferior a nosotros para que nos bautice; puesto que el Señor fue bautizado por aquel que había predicho que debía ser bautizado por el mismo Señor, y que testificaba ser indigno de desatar la correa de su calzado (Mat. III, 14, 11). Más bien, para dejar de indagar más diligentemente por qué nuestro Salvador quiso ser bautizado, porque ciertamente quiso por alguna razón; tal vez porque, aunque él mismo podía bautizarse, quien también podía bautizar a su propio bautizador, el Señor quiso ser bautizado por un siervo, y aquel por quien fueron hechas todas las cosas por aquel que fue hecho entre todas las cosas, para enseñar humildad, y mostrar que no importa quién bautice, siempre que sea con el Bautismo con el que debe ser bautizado. Ni se desdeñaría de ser bautizado por los fariseos, si tuvieran tal bautismo, con el que él quiso ser bautizado por la gracia de un sacramento cierto. Pues también cuando debía ser circuncidado, ¿acaso se buscó a Juan? Esto ya solía hacerse por los judíos. Y cuando debía ofrecerse el sacrificio legal por él, ¿acaso se evitó aquel templo, que él llama cueva de ladrones (Mat. XXI, 13)? Donde ciertamente entraban tanto los buenos como los malos: ni los malos perjudicaban a los buenos; porque el Señor que dijo, 'Sed santos, porque yo soy santo' (Lev. XI, 45); hace que sus santos se muevan inviolablemente entre los malos, para que guarden la santidad que reciben, así como el mismo Señor Jesús no fue contaminado por

ninguna maldad en la nación de los judíos, ni cuando recibió los primeros sacramentos según el camino perfecto de la humildad bajo la ley, ni cuando después vivió con los discípulos elegidos hasta el último beso con su traidor. Pues por su ejemplo, no solo no haciendo el mal, sino también no consintiendo en ninguna malicia, los granos están seguros entre la paja, porque ni hacen tales cosas, ni consienten a los que las hacen; incluso si en el mismo campo hasta la cosecha, en la misma era hasta la ventilación, dentro de las mismas redes hasta la separación que será en la orilla, los buenos toleran a los malos (Mat. III, 12, y XIII, 37-45, 47-50). Pero estos son verdaderamente ciegos guías de ciegos, que ven tantos malos en su propio número, y no ven el camino de la paz; y persuaden a los hombres a seguirlos no para soportarse mutuamente por el vínculo de la unidad, sino para dividirse unos de otros por el sacrilegio del cisma.

CAPUT XVIII.---37. Pero se ha dicho por el profeta al rey Josafat: "Oh rey Josafat, si ayudas al pecador, o amas a aquel a quien el Señor odia, por eso fue sobre ti la ira del Señor." Pues, ¿quién de nosotros dice que debe ayudarse al pecador, para que peque en lo que quiere; como el mismo Acab a quien ayudaba Josafat, yendo con él a la batalla, cuando él despreciaba las verdaderas palabras del profeta Miqueas? Y sin embargo, ni así perjudicó a la inocencia del rey Josafat el pésimo mérito del rey Acab: porque el Señor lo liberó del peligro bélico cuando clamó a él, pero permitió que el sacrilego despreciador cayera en manos de los enemigos (III Reg. XXII). Y si Josafat experimentó algún peligro, que el profeta le indica que fue por la ira de Dios, no lo mereció por el pecado ajeno, sino por el suyo; porque como se le dijo, ayudaba al pecador: pero ante Dios prevalecieron sus otras buenas obras. Pues así se le dice:

"Ayudaste al pecador, y eres amigo de aquel contra el Señor, y en esto sobre ti está la ira de la faz del Señor. Las buenas palabras de Dios están contigo en todas las cosas, porque quitaste los bosques de la tierra, y preparaste tu corazón para buscar a Dios" (II Paral. XIX, 2, 3). Pero quien se mueve en la Iglesia de Dios, donde están también aquellos que buscan lo suyo, no lo de Jesucristo, quienes por envidia y contienda anuncian a Cristo, no castamente; y dice, "Sea por pretexto, sea por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré" (Filip. II, 21, y I, 15-18): permanece impoluto entre ellos e íntegro, porque no consiente con ellos en buscar lo suyo, cuando esto lo reprueba y lo condena; ni los ayuda a pecar, sino que los ayuda en esto para que Cristo sea predicado más ampliamente, y por aquellos que escuchan y hacen a través de aquellos que no hacen lo que dicen, se crea en Cristo, se espere en Cristo, se ame a Cristo. Pues a tales el mismo apóstol les ordena diciendo: "No os unáis en yugo desigual con los infieles. Porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la iniquidad? ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué concordia tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene el creyente con el infiel? ¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente. Dice él: Porque habitaré en ellos, y andaré en ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros un padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso" (II Cor. VI, 14-18). Estas palabras, entendidas carnalmente por ellos, los llevan a dividirse a sí mismos en tantas partes en la misma África. Pues no entienden que nadie se une a los infieles, sino quien hace los pecados de los paganos, o favorece a los que hacen tales cosas; ni que nadie se hace partícipe de la iniquidad, sino quien hace iniquidades o las aprueba. ¿Quién, pues, se comunica con las tinieblas, sino quien por las tinieblas de su consentimiento, dejando a Cristo, sigue a Belial? ¿Quién pone su parte con los infieles, sino quien se hace partícipe de su infidelidad? Pues así deja de ser templo de Dios, y no se une de otra manera a los ídolos. Pero quienes son templo del Dios viviente, y aparecen como luminarias en el mundo en medio de una nación torcida y perversa, teniendo la palabra de vida (Filip. II, 15), nada de lo que soportan por la unidad los contamina; ni se angustian, porque en ellos habita y camina Dios: y salen de en medio de los

malos, y se separan por ahora en el corazón; no sea que cuando quieren hacerlo por la sedición del cisma, primero se separen espiritualmente de los buenos, antes que corporalmente de los malos.

CAPUT XIX.---38. Lo que está escrito que Dios dijo, "A los que me honran, los honraré; y los que me desprecian, serán despreciados" (I Reg. II, 30); ellos especialmente no quieren considerar. Pues, ¿cómo honran a Dios, quienes dicen que sus promesas no pueden cumplirse en todo el mundo, las que prometió a nuestros padres, Abraham, Isaac y Jacob; las que predijo tanto tiempo antes por los profetas, y cumplió por su Unigénito, que fue hecho para él del linaje de David según la carne (Rom. I, 2, 3), para que en él, es decir, en la simiente de Abraham, sean bendecidas todas las naciones: quienes dicen que el mismo Hijo de Dios dijo en vano, "Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega" (Mat. XIII, 30): como si fuera falso, o él hubiera engañado, cuando solo la cizaña ha crecido en el mundo; pero los granos, excepto la parte de Donato, han desaparecido en todo el orbe de la tierra? ¿Cómo, sintiendo esto, no honran a Dios, cuando está escrito, "En la multitud del pueblo está la gloria del rey; pero en la falta de pueblo está la ruina del príncipe" (Prov. XIV, 28)? ¿O cómo no desprecian a Dios, quienes con increíble temeridad de impiedad soplan el Bautismo de él en aquellos cuya causa no han escuchado, y de quienes de ninguna manera pudieron juzgar, y se atreven a arrogarse lo que es de Dios; reciben a los condenados por ellos en honores íntegros por la paz de Donato, y detestan a los no escuchados por ellos contra la paz del Señor; sostienen que el Bautismo entregado en aquellas partes de la tierra por los Apóstoles ha perecido, y conceden que el entregado por Feliciano entre los Maximianistas no ha perecido? Pero, ¿cómo no honran a Dios los católicos, quienes confían en que sus promesas no pueden ser impedidas de cumplirse por ningún crimen humano; quienes veneran sus sacramentos con la debida reverencia, de modo que, aunque sean tratados por indignos, demuestran que, con su perversidad condenada, permanecen con su santidad inviolada?

CAPUT XX.---39. "De nuevo," dicen, "está escrito: 'No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas. Porque lo que hacen en secreto, es vergonzoso incluso decirlo'" (Efes. V, 11, 12). Ya hemos dicho cómo deben entenderse estas palabras, porque no participar es no consentir: lo cual, por la disciplina de la Iglesia, es poco, a menos que también sean reprendidas, para que puedan ser corregidas. Pero esto debe hacerse con la paz salvaguardada, y tanto como lo permite el deber de conservar la unidad, para que no se arranque también el trigo.

CAPUT XXI.---40. "De nuevo a Timoteo, el mismo apóstol dice, 'No participes en los pecados ajenos; consérvate puro'" (I Tim. V, 22). Enseñó en consecuencia, cómo debe entenderse lo que dijo antes. Pues quien se conserva puro, no participa en los pecados ajenos. Porque si participa, consiente: si consiente, se corrompe: si se corrompe, no se conserva puro. Pero ciertamente Parmeniano finalmente despertó, y atendió a lo que decía Ticonio, pero en vano: pues inmediatamente cerró los ojos por amor a su propia sentencia contra la verdad. Dice: "¿Acaso, hermano queridísimo, no contaminan a otros los pecados ajenos, y esto es no participar con los malhechores, aunque te reúnas con ellos, no hacer sus obras?" Y sin embargo, no dijo todo. Pues es poco no hacer sus obras, a menos que desagraden: es poco que desagraden, a menos que sean reprendidas. Pues una cosa es no hacer, otra cosa es no participar, es decir, no consentir a los que hacen, otra cosa es también reprender. ¿Por qué entonces, cuando comenzó a ver, inmediatamente se apartó, y no quiso llegar hasta el final, y apenas puso un tercio de todo? ¿O como hicieron con el pueblo, pensó que debía cortar la sentencia de la verdad? Nosotros decimos, que quien no hace el mal, ni consiente al que lo hace, y reprende al que lo hace, permanece firme e íntegro entre los inicuos como el grano

entre la paja. Pero él solo dijo, "no hacer sus obras." Y sin embargo, veamos cómo refuta la tercera parte de toda la sentencia.

41. «Que es contrario a la ley divina,» dice, «nadie que venera la ley lo ignora.» Estas palabras aún pueden decirse de manera general. Pues también otro podría decir: Lo que es conforme a la ley divina, nadie que venera la ley lo ignora. Pero es necesario probarlo, no solo decirlo. Prestemos atención, entonces, a cómo lo prueba. «¿De qué sirve,» dice, «haber mantenido la inocencia, si se está mezclado con los culpables y los que están en deuda?» Ciertamente, si es así, no sirve de nada haber mantenido la inocencia, pero la inocencia no se ha mantenido. Pues nadie puede decirse correctamente mezclado con los culpables y los que están en deuda, a menos que sea por la manchada complicidad de la conciencia. Quien cumple lo que está escrito, Al justo nada le agrada lo injusto (Prov. XII, 21, según los LXX); dondequiera que la necesidad lo obligue a estar, no puede mezclarse con las iniquidades. «¿O cómo,» dice, «podrás permanecer incorrupto, si te asocias con los corruptos?» Así es, si se asocia, es decir, si comete algo malo con ellos, o favorece a los que lo cometen: pero si no hace ninguna de las dos cosas, de ninguna manera se asocia. Además, si añade un tercer elemento, que no sea perezoso en castigar, sino que el justo corrija con misericordia y reprobación, o incluso, si desempeña ese papel y la razón de conservar la paz lo permite, reprobación públicamente a los pecadores para que los demás teman; también puede remover de algún grado de honor, o de la misma comunión de los Sacramentos, y todo esto con el amor de corregir, no con el odio de perseguir; ha cumplido plenamente el deber, no solo de la más pura inocencia, sino también de la más diligente severidad. Pero donde los demás están impedidos, esos dos siempre retenidos mantienen incorrupto y casto, para que ni haga el mal, ni apruebe lo hecho.

CAPÍTULO XXII.---42. Pero veamos de dónde enseña lo que afirma: «Pues está escrito,» dice, «Un poco de levadura corrompe toda la masa» (I Cor. V, 6). Esto lo dijo Parmeniano, y se fue: y ahora no se le puede mostrar, en la parte de Donato, no solo un poco de levadura, sino mucho veneno de aquellos huevos de áspides rotos, y serpientes ya muy poderosas condenadas por Primiano, y nuevamente devueltas a Primiano. Pero han sido corregidos, dice. Gracias a Dios. Si es verdad, no lo envidio, y ojalá se haga perfectamente. Pues si regresar de los maximianistas a la parte de Donato es algún grado de corrección; ¿cuánto más verdadera y perfecta es la corrección de regresar de la misma parte de Donato a la unidad católica? Y Ticonio ciertamente dijo muchas cosas, que en esos tiempos, y como conocía internamente, no querían admitir que toda su masa estaba corrompida no por un poco, sino por mucha levadura, quienes acusaban a todo el orbe de estar fermentado por los pecados de los africanos. Pero me sorprende que aún les guste interpretar estas palabras apostólicas de esta manera, queriendo defender a Optato Gildoniano, sin conceder que él fuera ni siquiera un poco de levadura. Pero si conceden esto, ¿cuán grande creen que es su masa, que no pudo ser toda corrompida? o si solo en ellos está toda corrompida, a quienes les agrada Optato; aprendan por experiencia a entender lo que leen, porque toda la masa pertenece a aquellos a quienes se refiere lo que se dice todo, sea bueno o malo: pertenece a aquellos que consienten; pero a aquellos que no consienten, no les pertenece en absoluto: y por eso la disciplina eclesiástica debe corregirse, para que no llegue a muchos persuadiendo; lo cual, donde la razón de la paz lo permite y no se hace, esa misma negligencia trae culpa, y está en peligro de consentir por la pereza de corregir.

CAPÍTULO XXIII.---43. De esta regla también se debe entender lo que consecuentemente opone, diciendo que está escrito: Sea para vosotros un estatuto perpetuo para vuestras generaciones, hacer distinción entre lo santo y lo profano, y entre lo limpio y lo inmundo

(Lev. X, 9, 10). Pues cuanto mejor hace esto alguien, más progresa en la Iglesia. Cuando creció la hierba y dio fruto, entonces aparecieron las cizañas. Y aunque entre ambos ya los siervos del padre de familia los distinguían y separaban con conocimiento; sin embargo, se les ordena dejarlos crecer, y esto hasta la siega (Mat. XIII, 26-30). Pero esto hasta aquí: pues lo que queda debe ser considerado y tratado con más diligencia desde otro comienzo.

LIBRO TERCERO. Se tratan los restantes pasajes de la Escritura que Parmeniano objetaba.

CAPÍTULO PRIMERO.---1. Como toda razón piadosa y modo de disciplina eclesiástica debe principalmente contemplar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, que el Apóstol manda guardar soportándose mutuamente (Efes. IV, 3, 2), y que no guardado, la medicina de la venganza no solo es superflua, sino también pernicioso, y por eso ya no se demuestra que sea medicina: esos hijos malos, que no por odio a las iniquidades ajenas, sino por afán de sus propias contiendas, intentan arrastrar o al menos dividir a las débiles multitudes atrapadas por la jactancia de su nombre, hinchados de soberbia, insanos de obstinación, insidiosos con calumnias, turbulentos con sediciones; para no parecer que carecen de la luz de la verdad, presentan la sombra de una severidad rígida, y lo que en las Escrituras santas se manda hacer con una cura más mordaz para corregir los vicios fraternos, con la sinceridad del amor y la unidad de la paz conservada, lo usurpan para el sacrilegio del cisma y para la ocasión de la separación, diciendo, «He aquí, dice el Apóstol, Quitad el mal de entre vosotros. Pues si el mal no perjudicara a los íntegros,» dicen, «no se mandaría quitar.»

2. Veamos por ahora si acaso no en vano el Apóstol no dijo, Quitad a los malos de vuestra congregación; sino, Quitad el mal de entre vosotros: porque cuando alguien se ve impedido de separar a los malos de la congregación de la Iglesia, si quita el mal de sí mismo, no se mezcla con ellos de corazón; y así espiritualmente no solo se une a los buenos, sino que también se separa de los malos. Pues en aquel lugar a Timoteo, cuando dijo, No participes en pecados ajenos: como si él dijera que podría suceder que no pudiera separar a algunos malos de la congregación de la Iglesia, y por eso se viera obligado a tolerarlos; como dando un consejo sobre cómo no participar en sus pecados, dice, Consérvate puro (I Tim. V, 22). Pues un malo puede mezclarse con los malos, pero un bueno de ninguna manera, aunque esté con ellos en una misma congregación. Así también aquí a los Corintios, cuando dijo, ¿Qué me importa juzgar a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? no sea que se turben por alguna multitud de malos, tan mezclados con los buenos, que no pudieran ser recogidos y separados sin su molestia; dice, Quitad el mal de entre vosotros (I Cor. V, 12, 13): para que si acaso no pudieran quitar a los malos de su congregación; quitando el mal de sí mismos, es decir, no pecando con ellos, ni consintiendo o favoreciendo sus pecados, se mantuvieran entre ellos íntegros e incorruptos. Pues por su propio mal cada uno consiente a los malos. Pero si quita el mal de sí mismo, no tiene de dónde consentir al mal ajeno. Por lo tanto, cualquiera que desprecie la disciplina de la Iglesia de Dios, para dejar de amonestar, corregir, reprender a los malos con los que no peca y a quienes no favorece, y si desempeña tal papel, y la paz de la Iglesia lo permite, incluso separarlos de la participación de los Sacramentos; no peca por el mal ajeno, sino por el suyo propio. Pues esa misma negligencia en un asunto tan grave es un gran mal: y por eso, como advierte el Apóstol, si quita el mal de sí mismo, no solo quitará la audacia de cometer, o la pestilencia de consentir; sino también la pereza de corregir, y la negligencia de castigar, con prudencia y obediencia en lo que el Señor manda, para que no se dañen los buenos (Mat. XIII, 29). Pues con esa intención quien tolere las cizañas entre el trigo, quitando el mal de sí mismo, no se mezcla con ellos: y los distingue y juzga por ahora hasta el día; pues no sabe qué sucederá mañana: y por eso, guardando el amor, no sin esperanza de corrección se debe castigar, cualquier cosa que incluso la necesaria

severidad obligue a castigar. Para que esto quede suficientemente claro, tratemos con más detalle todo ese pasaje de la Epístola apostólica.

3. ¿Qué queréis? dice. ¿Que vaya a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre? Aquí ya se ve que habla de venganza, a cuya significación nombra la vara. ¿Acaso la vara está sin amor, porque así lo ha dicho, ¿Que vaya a vosotros con vara, o con amor? Pero lo que sigue, espíritu de mansedumbre, advierte que se entienda que también la vara tiene amor. Pero una cosa es el amor de la severidad, otra el amor de la mansedumbre. Es un solo amor, pero obra de manera diferente en diferentes cosas. En verdad, dice, se oye entre vosotros fornicación, y tal fornicación, cual no se oye ni entre los gentiles, que uno tenga la mujer de su padre. Veamos cómo les manda actuar con severidad ante un hecho tan atroz. Y vosotros, dice, estáis envanecidos, y no más bien habéis tenido duelo, para que se quitara de en medio de vosotros el que hizo esta obra. ¿Por qué duelo más bien, y no ira, sino porque si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él (I Cor. XII, 26)? y no duelo porque se quitara; sino duelo, dice, para que se quitara: es decir, para que el dolor de los que lloran subiera a Dios, y Él mismo quitara esta obra de en medio de ellos, como Él supiera, no sea que por la impericia humana también arrancaran el trigo. Cuando, por tanto, la necesidad obliga a tal venganza, la humildad de los que lloran debe obtener misericordia, que repele la soberbia de los que se ensañan: ni debe descuidarse la salvación de aquel mismo que se quita de en medio de los hermanos; sino que se debe actuar de tal manera que tal venganza le sea útil; y actuar con deseo y oraciones, si no puede corregirse con reprensiones. Por eso sigue y dice: Yo, en verdad, ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya he juzgado como presente al que así ha obrado, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, entregar a tal a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor (Id. IV, 21-V, 5). ¿Qué hacía, pues, el Apóstol, sino que por la destrucción de la carne cuidaba de la salvación espiritual, para que ya sea por alguna pena o muerte corporal, como Ananías y su esposa cayeron ante los pies del apóstol Pedro (Hech. V, 5, 10); o por penitencia, ya que fue entregado a Satanás, destruyera en sí la concupiscencia carnal pecaminosa? Pues él mismo dice, Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: entre los cuales también menciona la fornicación (Col. III, 5). Y de nuevo: Porque si vivís según la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis (Rom. VIII, 13). Sin embargo, no separa de él la caridad fraterna, a quien manda separar de la congregación fraterna. Pues esto lo dice más claramente a los Tesalonicenses: Pero si alguno no obedece a nuestra palabra por esta epístola, a este señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence: y no lo tengáis como enemigo, sino amonestadle como a hermano. Que escuchen estos alguna vez, y entiendan cómo se preocupa la caridad apostólica, para que soportándonos unos a otros nos esforcemos por conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efes. IV, 2, 3). Pues aquí también, cuando dijo, Y no lo tengáis como enemigo, sino amonestadle como a hermano; como mostrando por qué dijo esto, inmediatamente añadió, Y el mismo Dios de paz os dé paz siempre en todo bien (II Tes. III, 14-16). Así también de este que tuvo la mujer de su padre, más bien indica duelo, y en todas partes recomienda la caridad pacífica: como también de sí mismo dice, Para que no me humille Dios de nuevo cuando vaya a vosotros, y llore a muchos de los que antes pecaron y no se arrepintieron de la inmundicia, y lujuria, y fornicación que cometieron. Y poco después dice: He dicho antes, y digo como presente por segunda vez, y ahora ausente, a los que antes pecaron, y a todos los demás, que si voy de nuevo, no perdonaré (II Cor. XII, 21, y XIII, 2). Por eso juzgaba llorando, para que la misericordia de Dios, sin corrupción del vínculo de la paz, donde toda la salvación consiste, quebrantara y corrigiera a los pecadores; como se entiende que hizo con este mismo que había fornicado con la mujer de su padre. Pues no se encuentra de quién más signifique en la segunda

Epístola a los mismos Corintios, cuando dice: Porque de mucha tribulación y angustia de corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que os entristecierais, sino para que supierais el amor que tengo más abundantemente hacia vosotros. Si alguno ha causado tristeza, no me ha causado tristeza a mí, sino en parte, para no cargar a todos vosotros. Le basta a tal esta corrección que se hace por muchos, para que al contrario vosotros le perdonéis, y le consoléis, no sea que sea consumido por mayor tristeza el que tal es. Por lo cual os ruego que confirméis en él la caridad. Para esto también os escribí, para conocer vuestra prueba, si en todo sois obedientes. Y a quien perdonéis algo, yo también. Pues también yo si he perdonado algo, por vosotros, en la persona de Cristo, para que no seamos poseídos por Satanás: pues no ignoramos sus maquinaciones (Id. II, 4-11). ¿Qué puede hacerse o decirse más moderado, más diligente, más lleno de solicitud piadosa y caridad paterna y materna? Así como aplica la corrección al pecador, así al corregido, y al que quebranta y humilla su corazón en penitencia, quiere devolverle la consolación; para que no sea consumido, dice, por mayor tristeza. Pero ¿qué es aquello con lo que concluyó esta sentencia, Para que no seamos poseídos por Satanás? Pues no ignoramos sus maquinaciones. Pues él es quien, bajo la apariencia de una severidad justa, persuade una crueldad despiadada, no buscando otra cosa con su astucia venenosa, sino corromper y romper el vínculo de la paz y la caridad, que conservado entre los cristianos, todas sus fuerzas se debilitan para hacer daño, y las trampas de sus insidias se rompen, y sus planes de destrucción se desvanecen.

CAPÍTULO II.---4. Pero aunque en la segunda Epístola a los Corintios el Apóstol haya hablado de otro, también allí significó con cuánta caridad debe proceder la venganza eclesiástica en cada uno. Esto es lo que estos no entienden entre sus calumnias suelen tener como principal: Me corregirá el justo en misericordia, y me reprenderá; pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza (Sal. CXL, 5). Pues estos no saben corregir en misericordia, y persiguieron con crueles sospechas la inocencia de Ceciliano, y ungieron con el aceite engañoso de la adulación el poder de Optato Gildoniano. Pues si por el vínculo de la paz toleraran gimiendo y llorando la iniquidad de Optato, no romperían la paz cristiana y católica en todo el mundo, ni la santa unidad, o al menos dolerían por la ceguera nefaria de sus mayores que la rompieron, de modo que al menos experimentando entre ellos cuántos malos se ven obligados a soportar por la paz de Donato, extinguirían las calumnias impacientes de aquellos con la paz de su corrección.

5. Pero volvamos a las consecuencias de esa primera Epístola a los Corintios. Cuando el Apóstol dijo: "Entregar a tal persona a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús", recomendando una y otra vez que esto debe hacerse con la humildad de los que lloran, no con la soberbia de los que se enfurecen, inmediatamente añadió: "No es buena vuestra jactancia". O por reproche de la pronunciación, "Buena es vuestra jactancia". Así lo tienen algunos, y especialmente los códices latinos, aunque se mantiene el mismo sentido en ambos casos. No hay que temer que alguien entienda que alaba diciendo: "Buena es vuestra jactancia", ya que antes dijo: "Estáis inflados, y no habéis tenido más bien duelo"; y aquí añade inmediatamente: "¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?" (1 Cor. V, 6), lo cual puede referirse más adecuadamente a la corrupción de la vana jactancia misma. Pues la soberbia, desde la antigüedad del primer hombre, que cayó por soberbia, como una mente fermentada y corrompida, hace que los altivos se unan en una sola mezcla, quienes consienten en ella con la misma vanidad de jactancia. Y jactarse, no de sus propios pecados, sino sobre los pecados de otro, como si fuera por comparación con su propia inocencia, parece ser un poco de levadura; porque jactarse incluso de sus propias iniquidades es mucha levadura: pero también ese poco corrompe toda la masa. Pues el soberbio cae por el mérito de su soberbia, y comienza incluso a querer

jactarse defendiendo sus propios pecados. Previendo esto, el mismo apóstol dice: "Por tanto, el que piensa estar firme, mire que no caiga" (1 Cor. X, 12). Y de nuevo: "Si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal persona con espíritu de mansedumbre, considerando a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gál. VI, 1, 2). ¿Qué es la ley de Cristo, sino "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros" (Juan XIII, 34)? ¿Qué es la ley de Cristo, sino "La paz os dejo, mi paz os doy" (Juan XIV, 27)? Por tanto, lo que aquí dijo: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo", lo dijo en otro lugar: "Soportándoos con amor, procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Efes. IV, 2, 3). Pues también en aquel fariseo parecía haber un poco de levadura, porque no solo no se dolía del pecador, sino que se exaltaba sobre sus pecados por sus propios méritos. Pero aquel que confesaba sus pecados descendió justificado más que aquel fariseo que se jactaba de sus méritos: "porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido" (Luc. XVIII, 10-14). Sigue, pues, el Apóstol, y dice: "Limpiaos de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, como sois sin levadura". ¿Qué significa "para que seáis"; y qué significa "como sois": sino que había allí tales, había allí no tales, a quienes para que fueran tales, les recordaba con el ejemplo de tales? Sin embargo, a todos en uno como los mismos les advierte, para que aquellos que eran tales no desearan de los que aún no lo eran, y no pensarán que no pertenecían a la estructura de su cuerpo; como los mismos les advierte cuando dice, "para que seáis como sois". Pues sabían también aquellos que ya eran así, y con la advertencia del Apóstol debían saber más y más, soportar a aquellos que aún no eran así, para que soportándose unos a otros en amor, guardaran la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, y llevando las cargas unos de otros, cumplieran ciertamente la ley de Cristo, por la cual nuestro Señor Jesucristo se dignó humillarse hasta la muerte de cruz para enseñar el camino de la humildad (Filip. II, 8), y como médico de los enfermos, así soportó con amor a los pecadores, de quienes había dicho: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos" (Mat. IX, 12). Y enseguida propuso el principal ejemplo diciendo: "Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada", para que con el ejemplo de tanta humildad aprendieran a limpiar la vieja levadura, es decir, cualquier cosa de soberbia que hubiera quedado en ellos del hombre viejo. Así que, dice, "celebremos la fiesta"; no ciertamente un solo día, sino toda la vida: "no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y maldad, sino con los panes sin levadura de sinceridad y verdad". Pues la malicia y la maldad es gloriarse del pecado ajeno, como si alguien debiera alegrarse de su propia justicia cuando no ve a otro justo. Pero la sinceridad y la verdad es, incluso si alguien progresa, recordar lo que fue, y mucho más compadecerse de los caídos: puesto que él mismo fue levantado de su caída por la misericordia de Cristo, quien sin ningún pecado propio se humilló por los pecadores.

6. Pero para que no se dejen peligrosamente y como disimuladamente se descuiden los pecados ajenos, lo cual no es de menor crueldad que aquella soberbia, sigue y dice: "Os escribí en la carta que no os mezcléis con los fornicarios; no con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras: de otro modo, tendríais que salir de este mundo. Pues vuestra obra en este mundo es ganar a los pecadores para Cristo para la salvación. Lo cual no podrá hacerse si evitáis su compañía y convivencia. Pero ahora, dice, os escribí que no os mezcléis: si alguno que se llama hermano entre vosotros es fornicario, o idólatra, o avaro, o maldiciente, o borracho, o ladrón, con tal persona ni siquiera comáis. Pues, ¿qué tengo yo que juzgar a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? Pero a los que están fuera, Dios los juzgará. Quitad al malvado de entre vosotros" (1 Cor. V, 7-12).

7. He aquí cómo el Apóstol llega a esta sentencia, cuya última parte Parmeniano creyó que debía citar, diciendo que está escrito: "Quitad al malvado de entre vosotros". "Lo cual", dice, "si no dañara a los buenos e íntegros, no se ordenaría quitarlo". Pero omitió lo que se dijo anteriormente, de donde se llegó a esto, lo cual ciertamente podría haber ayudado a lo que deseaba persuadir, que era necesario hacer una separación corporal de los malos, diciendo el Apóstol: "Con tal persona ni siquiera comáis". ¿Por qué, entonces, no recordó lo que parecía poder ayudar más a su intención? Pues cuando insiste vehementemente en persuadir que debe hacerse una separación corporal de los que viven mal, ¿por qué no aporta el testimonio del Apóstol que dice: "Si alguno que se llama hermano es fornicario, o idólatra, o avaro, o maldiciente, o borracho, o ladrón, con tal persona ni siquiera comáis": a menos que haya visto que si decía esto, podría responderse: ¿Acaso vosotros tampoco tenéis fornicarios y servidores de ídolos, o no los conocéis? ¿No veis ni conocéis a ningún avaro, o maldiciente, o borracho, o ladrón entre vosotros? ¿Por qué, entonces, con tales personas, contra el precepto del Apóstol, no solo coméis en vuestra mesa, sino que también participáis en la cena de la mesa del Señor? Esto, pues, Parmeniano, según creo, intentó evitar, para que no se le respondiera: para no poner lo que parecía sonar más fuertemente a favor de su causa: pues si este capítulo de la Epístola apostólica se le hubiera pasado por alto, y no se le hubiera ocurrido, no habría citado su última parte, "Quitad al malvado de entre vosotros".

8. Pero ahora que hemos dicho esto, tal vez se atrevan a negar que tienen entre ellos avaros, o maldicientes, o borrachos, o ladrones; y tal vez intenten defender al mismo Optato, quien fue muy conocido en toda África, a quien soportaron tanto tiempo como le temieron. Digan, pues, si pueden, que tienen ahora una Iglesia mejor y más purgada que la misma unidad en tiempos del beatísimo Cipriano, quien a sus colegas, de quienes sin embargo no estaba separado por ninguna disyunción corporal, sin nombrar a ninguno de ellos, pero prudentemente y sobriamente aplicando la medicina de una mordacidad muy saludable, los reprendió gravemente con estas palabras, porque querían tener dinero abundantemente mientras había hermanos hambrientos en la Iglesia, arrebataban tierras con fraudes insidiosos, aumentaban el interés con usuras multiplicadoras. Y para mostrar más claramente que hablaba de aquellos con quienes vivía en la comunión de una sola Iglesia, añadió consecuentemente: "¿Qué no mereceríamos sufrir tales cosas por pecados semejantes?" (Cipriano, Sermón de los Caídos). No dijo, "Merecerían"; sino, "mereceríamos": lo cual de ningún modo habría dicho, siendo él mismo ciertamente tal, a menos que quisiera manifestar que gemía por las acciones de aquellos que no solo estaban unidos a él en la unidad de la Iglesia, sino también en la comunión del colegio, aunque difería de ellos en vida, costumbres, corazón, propósito. Digan, pues, que ahora su Iglesia es mejor, y que no tienen tales personas como las que tuvo Cipriano en la misma unidad. Que les crean quienes quieran, y cierren los ojos ante los males que se les imputen en sus costumbres: yo los remitiré a aquellos mismos tiempos anteriores de la unidad, y les preguntaré si cuando aquel gran obispo de la Iglesia de Cartago, Cipriano, gemía con testimonio de voz libre hasta el punto de que se escribiera para que también se transmitiera a la posteridad, era la Iglesia de Cristo, o no lo era. Si lo era, pregunto cómo Cipriano y otros semejantes a él cumplían lo que el Apóstol ordenó: "Si alguno que se llama hermano es fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón, con tal persona ni siquiera comáis": cuando con esos avaros y rapaces, que querían tener dinero abundantemente mientras había hermanos hambrientos en la Iglesia, arrebataban tierras con fraudes insidiosos, aumentaban el interés con usuras multiplicadoras, comían el pan del Señor y bebían el cáliz.

9. ¿O acaso son pequeños estos crímenes, y deben ser considerados de poca importancia? Pues suelen decir esto, pesándolos no en la balanza justa de las Escrituras divinas, sino en la

balanza engañosa de sus costumbres. Porque cualquier crimen e iniquidad que embriaga a la multitud, pierde la verdad del examen. Pero por eso están propuestas a los hombres las oráculos de las páginas celestiales como un espejo sincerísimo, para que allí cada uno vea cuán grande es cualquier pecado, que tal vez es grande, y se desprecia por la ciega costumbre de los que viven mal. ¿Podría haberse acusado más gravemente la avaricia en los elocuentes divinos, que para demostrar que es igual a la idolatría, y se le llame por su nombre, diciendo el Apóstol: "Y la avaricia, que es idolatría" (Col. III, 5)? ¿Podría haberse juzgado digna de mayor castigo, que para ponerla entre esos crímenes, por los cuales los poseídos no poseerán el reino de Dios? Que se abran los ojos del corazón, para que no estén abiertos en vano los ojos del cuerpo, y lean al predicador libre de la verdad en esa misma primera Epístola a los Corintios escribiendo: "No os engaños; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces, heredarán el reino de Dios" (1 Cor. VI, 9, 10). ¿Cómo, pues, Cipriano y otros semejantes, como trigo del Señor en aquella entonces unidad de la Iglesia, comían el pan del Señor y bebían el cáliz del Señor con avaros y rapaces, con aquellos que no heredarán el reino de Dios; no laicos o cualesquiera clérigos, sino también obispos, cuando el mismo apóstol ordena no mezclarse con ellos, y clama "con tal persona ni siquiera comáis"? ¿O porque no podían separarse corporalmente de ellos, para no arrancar también el trigo, les bastaba separarse de tales personas en el corazón, distinguirse en vida y costumbres, por la compensación de guardar la paz y la unidad, por la salvación de los débiles y como lactantes trigos, para que no se desgarraran los miembros del cuerpo de Cristo por cismas sacrílegos?

10. Pero he aquí que no insisto en que alguien de ellos lo entienda así: que ellos mismos expliquen cómo pudo ser entonces aquella Iglesia gloriosa sin mancha ni arruga (Efes. V, 27), donde querían tener dinero abundantemente mientras había hermanos hambrientos en la Iglesia, donde arrebataban tierras con fraudes insidiosos, donde aumentaban el interés con usuras multiplicadoras, donde estaban envueltos en tantas iniquidades, que por ellas no poseerían el reino de Dios. Si la Iglesia gloriosa sin mancha ni arruga se contaba solo en aquellos a quienes tales iniquidades les disgustaban, que gemían y se lamentaban por las iniquidades que se cometían en medio de ellos; de donde también, según la profecía del santo Ezequiel, tales merecieron ser señalados con su propio signo, para que escaparan segurísimos de la devastación y perdición de los inicuos: dejen de calumniar a los buenos, no obrando mal por enfermiza codicia, sino tolerando por pacífica caridad, a quienes se les dijo: "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mat. V, 9). Pues por eso el Espíritu Santo, por medio del mencionado profeta Ezequiel, designó a los malos, que los buenos toleran en la unidad, con tal palabra, para que los dijera constituidos en medio de los buenos: porque si dijera que los buenos estaban en medio de los malos, aquellos parecerían estar como extrínsecos y externos. "Gimen", dice, "y se lamentan por las iniquidades de mi pueblo, que se cometen en medio de ellos" (Ezeq. IX, 4): para que pensáramos que aquellos inicuos no solo no estaban excluidos, sino también incluidos.

11. Si, en cambio, ya entonces no era la Iglesia, porque Cipriano y cualquiera que con él conociera a aquellos avaros y rapaces, cuales ellos mismos no eran, aunque los acusaran con gravísimos gemidos y clarísimas voces, sin embargo, entrando con ellos en una sola iglesia, y en una sola congregación tratando los mismos Sacramentos, por tal comunión se hicieron partícipes de la misma suerte: porque no obedecieron al Apóstol que ordena que con tales personas ni siquiera coman; y, "Quitad al malvado de entre vosotros": ¿por qué aún nos esforzamos? ¿Por qué se jactan de tener alguna Iglesia, si ya en aquellos tiempos dejó de existir? Digan de dónde nació Mayorino o Donato, para que por ellos naciera Parmeniano y

Primiano. ¿Qué les aprovecha que ahora mientan diciendo que no tienen avaros y rapaces en su congregación, o que no los conocen; cuando ciertamente hubo tales en aquella Iglesia de la unidad, de donde se jactan de haber surgido, como si intentaran persuadir que permaneció solo en su sociedad, es decir, en la comunión de Donato? Pues si dicen que por la comunión de tales personas perece la Iglesia, ¿por qué no dicen que ya pereció en tiempos de Cipriano? y así, no encontrando por sí mismos de dónde surgieron, dejen de decir que la Iglesia permaneció con ellos, cuando dicen que toda ella pereció en tiempos anteriores. Pero si en los buenos a quienes tales cosas les disgustan siempre permaneció y permanece y permanecerá la Iglesia: aprendan estos a no entender de tal manera lo que dice el Apóstol, "Quitad al malvado de entre vosotros"; para que intentando recoger la cizaña por cismas, no arranquen también el trigo. Todo esto lo discutimos de tal manera que recuerden quienes lean o escuchen esto, que nunca pudieron demostrar, ya sea en aquel tiempo cuando la herejía era muy reciente, o ahora cuando con mucha más firmeza la conciencia de la inocencia conecta en paz cristiana a todo el orbe en la Iglesia católica, que Ceciliano o aquellos que concordemente se adherían a él, fueran cizaña. Pero para que cada uno permanezca seguro en la unidad de la santa Iglesia, y no siga a los desertores de esa unidad para no perecer con ellos, decimos esto; porque si aquellos hubieran sido cizaña, debieron ser tolerados hasta la cosecha, más que ser separados por la pérdida del cisma arrancando también el trigo.

12. Pero dirá alguien: ¿Cómo podremos obedecer al Apóstol que prohíbe comer con tales personas? Pues si solo ordenara hacer una separación del corazón de ellos, no diría: "Os escribí en la carta que no os mezcléis con los fornicarios, no ciertamente con los fornicarios de este mundo"; es decir, con aquellos que no son cristianos, de quienes después dice: "¿Qué tengo yo que juzgar a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? Pero a los que están fuera, Dios los juzgará. Cuando, pues, ordena tal separación, que no se hace de esos malos que no son cristianos, sino de esos que son cristianos: pero la separación del corazón debe hacerse de todos los malos; y por tanto, también de esos malos que no son cristianos, debemos separarnos de corazón: ¿qué queda, sino que entendamos que se nos ordena por el Apóstol que no nos mezclamos con cualesquiera malos cristianos, como él designa, con tal conjunción como nos mezclamos con los paganos en la misma sociedad de la vida humana? Y por eso en otro lugar dice: "Si alguno de los infieles os invita, y queréis ir, comed de todo lo que se os ponga delante, sin preguntar nada" (1 Cor. X, 27): pero aquí no permite ni siquiera comer con tales personas. Con los infieles, es decir, los que aún no han creído en Cristo, dice que se debe comer lo que pongan, de quienes porque están fuera, "Dios los juzgará": pero con los que están dentro, es decir, "si alguno que se llama hermano es fornicario, o idólatra, o avaro, o maldiciente, o borracho, o ladrón", prohíbe incluso "comer con tal persona". Persuade, pues, a separar la cizaña del trigo antes del tiempo de la cosecha. Lo cual si no queremos hacer, porque el Señor lo prohíbe, debemos tolerarlos, y perseverar solo en la separación de voluntad y corazón de ellos: y por tanto, también comer con tales personas, lo cual ciertamente prohíbe el Apóstol.

13. En esta especie de estrechez de la cuestión, no diré algo nuevo o inusual, sino lo que observa la salud de la Iglesia, para que cuando alguno de los hermanos, es decir, de los cristianos constituidos dentro de la sociedad de la Iglesia, sea sorprendido en algún pecado tal que sea considerado digno de anatema, esto se haga donde no haya peligro de cisma, y con el amor del que él mismo en otro lugar ordena diciendo: No lo consideréis como enemigo, sino corregidlo como a un hermano (II Tes. III, 15): no para erradicar, sino para corregir. Si no se reconoce a sí mismo, ni se corrige arrepintiéndose, él mismo saldrá fuera, y por su propia voluntad será separado de la comunión de la Iglesia. Pues el mismo Señor, cuando los siervos querían recoger la cizaña, dijo: Dejad crecer ambos hasta la siega; y dio la razón, diciendo:

No sea que al querer recoger la cizaña, arranquéis también el trigo (Mat. XIII, 30, 29). Aquí muestra suficientemente que, cuando no existe este temor, sino que permanece una seguridad cierta sobre la estabilidad del trigo, es decir, cuando el crimen de alguien es tan conocido y abominable para todos, que no tiene defensores en absoluto o no tales que puedan causar un cisma; no debe dormir la severidad de la disciplina, en la cual tanto más eficaz es la corrección de la depravación, cuanto más diligente es la conservación de la caridad. Esto puede hacerse sin mancha de paz y unidad, y sin daño al trigo, cuando la multitud de la congregación de la Iglesia está ajena al crimen que se anatematiza. Entonces, de hecho, ayuda al superior que corrige, más que al criminal que resiste: entonces se abstiene saludablemente de su compañía, para que nadie coma con él, no por rabia enemiga, sino por corrección fraterna. Entonces también él es golpeado por el temor y sanado por la vergüenza, cuando viendo que es anatematizado por toda la Iglesia, no puede encontrar una multitud compañera con la cual regocijarse en su delito y burlarse de los buenos.

14. Pues el mismo Apóstol dice: Si alguno es llamado hermano. En lo que dice, Si alguno; parece no haber querido significar otra cosa, sino que puede ser corregido saludablemente de tal manera, quien peca entre disímiles, es decir, entre aquellos que no son corrompidos por la pestilencia de pecados similares. En lo que dice, es llamado, quiso que se entendiera que es poco que alguien sea tal, a menos que también sea llamado, es decir, que aparezca famoso, para que la sentencia de anatema que se pronuncie contra él pueda parecer dignísima para todos. Así, pues, se corrige con la paz a salvo, y no se golpea destructivamente, sino que se quema medicinalmente. Por eso también dijo de aquel a quien quería sanar con tal medicina: Basta para él la corrección que se hace por muchos. Pues no puede ser saludable la corrección por muchos, a menos que se corrija a quien no tiene una multitud compañera. Pero cuando la misma enfermedad ha ocupado a muchos, no queda otra cosa a los buenos que el dolor y el gemido, para que por aquella señal que se revela al santo Ezequiel, merezcan escapar ilesos de la devastación de ellos (Ezeq. IX, 4). Pues claman a aquel que no puede errar: No destruyas con los impíos mi alma, y con los hombres sanguinarios mi vida (Sal. XXV, 9). No sea que al querer recoger la cizaña, arranquen también el trigo; ni que por diligencia purguen el campo del Señor, sino que por temeridad ellos mismos sean contados entre las impurezas. Por eso el mismo apóstol, cuando ya había descubierto que muchos estaban manchados por la inmunda lujuria y fornicaciones; escribiendo a los mismos Corintios en la segunda Epístola, no ordena de la misma manera que no coman con tales. Pues eran muchos, y no se podía decir de ellos, Si alguno es llamado hermano fornicador, o idólatra, o avaro, o algo así; con tales ni siquiera comer: sino que dice, No sea que cuando venga de nuevo a vosotros, me humille Dios, y llore a muchos de los que antes pecaron, y no se arrepintieron de la inmundicia, y lujuria, y fornicación que cometieron; amenazándolos más con su llanto para que sean corregidos por el azote divino, que por aquella corrección, para que los demás se abstengan de su compañía. Consecuentemente dice: He aquí que por tercera vez vendré a vosotros: en la boca de dos o tres testigos estará toda palabra. Lo he dicho antes, y lo digo como presente por segunda vez, y ahora ausente, a los que antes pecaron, y a todos los demás, que si vengo de nuevo, no perdonaré; porque buscáis la prueba de que Cristo habla en mí (II Cor. XII, 21-XIII, 3). ¿Qué otra cosa dijo aquí, No perdonaré; sino lo que dijo antes, Y lloraré a muchos: para que su llanto obtuviera el azote del Señor con el que fueran corregidos, quienes ya por la multitud no podían ser corregidos de tal manera, que los demás se abstuvieran de su compañía, y los hicieran avergonzarse, como debe hacerse, si alguno es llamado hermano en algún crimen disímil a los demás? Y en verdad, si la infección de pecar ha invadido a la multitud, es necesaria la severa misericordia de la disciplina divina: pues los consejos de separación son vanos y perniciosos y sacrílegos; porque se hacen impiamente y con soberbia, y perturban más a los buenos débiles, que corrigen a los malos audaces. Como

aquel testigo fidelísimo de la avaricia de sus colegas, cuando atribuía a la censura y disciplina divina aquellos males de tribulaciones que sufría la Iglesia en ese tiempo, recordando las pésimas costumbres de los obispos que conocía, quienes querían tener dinero abundantemente mientras los hermanos pasaban hambre, arrebatando tierras con fraudes insidiosos, aumentaban el interés con usuras multiplicadoras: ¿Qué no, decía, mereceríamos sufrir tales cosas por pecados de este tipo? Y luego añade un testimonio de los Salmos diciendo: Cuando ya hace tiempo la censura divina advirtió y dijo (Cipriano, Serm. de Lapsis), «Si sus hijos abandonan mi ley, y no andan en mis juicios; si profanan mis justicias, y no guardan mis preceptos; visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus delitos: pero no apartaré de ellos mi misericordia» (Sal. LXXXVIII, 31-34).

15. Por tanto, que el hombre corrija misericordiosamente lo que pueda: y lo que no pueda, lo soporte pacientemente; y con amor gima y llore, hasta que o bien aquel de arriba enmiende y corrija, o bien hasta la siega difiera arrancar la cizaña, y aventar la paja: para que, sin embargo, seguros de su salvación, los cristianos de buena esperanza se muevan en unidad entre los desesperados, a quienes no pueden corregir, aparten el mal de sí mismos, es decir, que no se encuentre en ellos lo que les desagrada en las costumbres de otros. Pues cuando el Apóstol dijo, ¿Qué me toca a mí juzgar a los de fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? Pero a los de fuera Dios juzgará (I Cor. V, 12): como si ellos respondieran, ¿Qué hacemos, cuando estamos tan oprimidos por la multitud de los impíos, que no podemos ejercer nuestro juicio en alguna coerción? Apartad, dice, el mal de entre vosotros, es decir, si no podéis apartar a los malos de en medio de vosotros, apartad el mal de vosotros mismos. Pero si alguien quiere entender lo que se dijo, Apartad el mal de entre vosotros; de tal manera que por corrección de separación de la congregación de los hermanos, cualquiera malo deba ser apartado: que se haga con el afán de sanar, no con odio de destruir, nadie lo dude. Y qué medida debe aplicarse y qué tiempos deben observarse, para que no se viole la paz de la Iglesia, en la cual principalmente debe cuidarse el trigo, para que no se arranque junto con la cizaña, lo hemos discutido en lo que parecía necesario en el presente. Quien medita diligentemente estas cosas, no descuida la severidad de la disciplina en la conservación de la unidad, ni rompe el vínculo de la sociedad con la immoderación de la coerción.

16. Pues esto mismo que dice el Apóstol, Con tales ni siquiera comer: ¿cuántos buenos cristianos, de aquellos de quienes cuidan más familiarmente, de quienes pueden separarse, a quienes sienten que pueden corregir con tal corrección, o de quienes desesperan totalmente de que puedan ser corregidos, para que no corrompan a otros con el contagio de malas conversaciones, no dudan en hacerlo? Pero lo hace bien, es decir, con humilde caridad y benigna severidad, quien así preside a los hermanos, que recuerda ser su siervo, como lo tienen el precepto y el ejemplo del mismo Señor (Mat. XX, 26-28). Pues entonces se hace sin la soberbia de la exaltación en el hombre, y con el llanto de la súplica a Dios. Pero cuán fácilmente cualquiera de los clérigos es removido por el obispo, o de entre los pobres que alimenta la Iglesia, o de la misma congregación de laicos, ya sea por el obispo, o por el clero o cualquier superior, a quien se le da poder, de tal manera que con tales no se coma; tan fácilmente la multitud de los malos en cualquier orden de la Iglesia no puede ser separada y expulsada de la mezcla de los buenos. Pues también en sus casas los buenos fieles moderan y gobiernan la disciplina de los suyos, para que allí también obedezcan al Apóstol que ordena, con tales ni siquiera comer, cuando lo hacen o lo mandan hacer con sus hijos y con la casa de paz; cuando los ven vivir de tal manera, que la misma caridad que se tiene hacia ellos sugiere que esto debe hacerse. Pero la multitud de los inicuos, cuando hay oportunidad de pronunciar el sermón en los pueblos, debe ser golpeada con una objurgación general, y especialmente si alguna flagelación del Señor desde arriba ha dado ocasión y oportunidad, por la cual aparezca

que son azotados por sus méritos. Pues entonces la calamidad de los oyentes presta oídos humildes al sermón correctivo, y los corazones afligidos son compelidos más fácilmente al gemido de la confesión que al murmullo de la resistencia: como entonces el bienaventurado Cipriano no habría dicho tal vez aquellas cosas de sus colegas, si la severidad divina desde arriba no lo hubiera ayudado. Pues en ese tiempo decía aquellas cosas tan molestas, tan calamitosas y luctuosas, que ellos no solo no se atrevían a enojarse, sino que también sentían que apenas podían obtener perdón de los que se enojaban. Aunque incluso si ninguna calamidad de tribulación oprime, cuando se da la oportunidad, se corrige útilmente en la multitud a la multitud: pues así como separada se acostumbra a enfurecer, así en la misma congregación objurgada se acostumbra a gemir. Por lo cual también aquel precepto del Apóstol de ninguna manera debe ser descuidado, cuando puede hacerse sin peligro de violar la paz; porque él mismo no quiso que se hiciera de otra manera, para que el malo sea separado de la congregación de los buenos: y especialmente debe atenderse a lo que él mismo ordena, que soportándonos unos a otros nos esforcemos por guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efes. IV, 2, 3). Asimismo, debemos obedecer al Señor en el Evangelio cuando dice, en aquello donde dice, Si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y publicano (Mat. XVIII, 17): y en aquello donde prohibió recoger la cizaña, para que no se arranque también el trigo (Id. XIII, 29). Pues ambos pueden ser guardados por aquellos a quienes se les dijo, Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Id. V, 9).

CAPÍTULO III.---17. Pero veamos ya los demás testimonios que Parmeniano ha puesto. Entre todos, en los cuales aparece su tumor sacrílego, en ningún lugar se ha mostrado más que en aquello en lo que se atrevió a poner también aquel de Jeremías el profeta, de donde persuadiría a los demás hombres, que la comunión de los Donatistas no solo es la verdadera Iglesia, sino también tal ya en este tiempo, como la Iglesia santa será después de la última ventilación. A esta presunción sacrílega y nefanda altivez, no sé qué más se le pueda añadir. Y en muchos lugares de sus discursos no se entiende otra cosa que presumen; pero a veces, sin embargo, se avergüenzan, cuando la verdad comienza a urgirlos, cuando se les pregunta si no tienen, o si no son ellos mismos pecadores: sin embargo, en este testimonio profético han revelado su impía vanidad y su excesiva perversidad de la manera más abierta. Pues cuando el santo Jeremías quería mostrar a los buenos y a los malos, aunque por un tiempo haya una sociedad de congregación, sin embargo, los momentos de las costumbres y el fin de los méritos son muy diferentes: ¿Qué tiene la paja con el trigo? dice (Jer. XXIII, 28). Pero Parmeniano, cuando quería refutar a Ticonio diciendo que los malos deben ser tolerados por los buenos en unidad por la paz por ahora, y separados al final del último juicio, puso este testimonio de Jeremías, por el cual, pervertido y errante, inflama a los pervertidos y errantes a las sediciones más turbulentas y criminales; para que cualquiera que en la mente inflada de su carne se vea a sí mismo como algo, cuando no es nada (Gál. VI, 3), considerándose a sí mismo y a los suyos como granos purísimos, no piense que debe unirse a la congregación de la Iglesia, en la cual es necesario que aquellos que pertenecen a la vida eterna, toleren a aquellos que pertenecen al fuego eterno, hasta un cierto fin como trigo a su paja. Ningún otro soplo ha expulsado la paja más ligera de la era de Cristo antes del tiempo de la ventilación; ninguna otra presunción sacrílega ha hecho los cismas que sea donde sea que estén.

18. Advierte, dice, el santísimo Jeremías, que las turbas infructuosas y estériles de los pecadores se distinguen de la honorable cosecha de los justos, diciendo: ¿Qué tiene la paja con el trigo? ¡Oh trompeta de furia! ¡Oh voz execrable de pestilencia! ¿Acaso el género humano está tan errado, que no reconoce al ventilador Parmeniano? ¿O también él da lugar a Donato, y se gloria de haber venido a la masa purgada por él? Pues aquel antes de él, no sé si

se digna reconocer a Mayorino. ¿O estos tres como tres cuernos de una especie de aventador en la mano del Señor fueron, por los cuales se limpiara la cosecha de todo el orbe; y África fue elegida, donde la masa purgada permaneciera, y toda la demás tierra fuera cubierta por la paja separada? ¿De dónde, entonces, tantos rebaños de Circunceliones? ¿De dónde, entonces, tantas turbas de comensales ebrios, y de vírgenes, pero no incorruptas, innumerables estupro de mujeres? ¿De dónde tanta turba de ladrones, avaros, usureros? ¿De dónde tantos por sus regiones bien conocidos, queriendo tanto, pero no pudiendo tanto, Optatos? ¿Qué responderán a esto? ¿No son estas cosas? ¿O, Y esto es trigo? ¡Ay de la negación más impúdica, si dicen que estas cosas no están entre ellos; ay de la perversidad más criminal, si responden que son trigo! Finalmente, después del trío de tan gran autoridad, es decir, Mayorino, Donato, Parmeniano, también Primiano se atrevió de nuevo a ventilar, para separar a los Maximianistas de su comunión. ¿O acaso arrojó trigo? ¿Qué es, entonces, él mismo con los suyos, que arrojaron tales cosas? ¿O acaso este trigo fue purgado de tal manera, que no se reconocen entre sí, y al condenarse mutuamente intentan ventilarse? ¿Pudo la paja bautizar trigo? Si pudo, ¿por qué entonces dicen, ¿Qué tiene la paja con el trigo? Si no pudo, ¿por qué cuando Feliciano voló fuera entre la paja de los Maximianistas, todos los que él bautizó, cuando regresaron con él a aquella masa purgadísima, ahora los tienen a todos dentro, y no se dicen a sí mismos, ¿Qué tiene la paja con el trigo?

19. Despierten ya, pues, y entiendan cómo dijo el Profeta, ¿Qué tiene la paja con el trigo? Consideren dónde se dice, si tienen en ellos algún sentido humano. ¿Acaso puede decirse en el campo, ¿Qué tiene la paja con el trigo, cuando son llevados por la misma raíz? ¿Acaso en la era, donde son triturados juntos? Pero ciertamente en el granero, ¿Qué tiene la paja con el trigo? Pues vendrá aquel padre de familia llevando el aventador en su mano, y limpiará su era; los granos los guardará en el granero, pero la paja la quemará con fuego inextinguible (Mat. III, 12). Pues por otra similitud todo el trigo se significa con el nombre de ovejas, y toda la paja con el nombre de cabritos, los cuales dos géneros de ganado por ahora se alimentan mezclados bajo un solo pastor. Pero vendrá, dice, el Hijo del hombre con sus ángeles, y se congregarán ante él todas las naciones, y los separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: y pondrá a las ovejas a su derecha, y a los cabritos a su izquierda. Y dirá a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. Pero a los que estén a su izquierda, dirá: Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Id. XXV, 31-41). Entonces se cumplirá la profecía, ¿Qué tiene la paja con el trigo? cuando los cabritos y las ovejas no puedan tener un pasto común. Si los peces buenos pueden decir a los peces malos dentro de aquella red a la que el Señor dijo, El reino de los cielos es semejante a una red echada en el mar, Retiraos de nosotros, o nos retiraremos de vosotros hasta que todos sean llevados a la orilla, y por los ángeles los buenos sean puestos en vasijas, pero los malos sean arrojados fuera (Id. XIII, 47, 48): puede cumplirse en este tiempo lo que se dijo, ¿Qué tiene la paja con el trigo? Pero quienes ya consideran su congregación como trigo purgado, volaron como pura paja de la mezcla del trigo y la paja: y quienes no sienten que aún pastan con los cabritos bajo un solo pastor, han sido separados del rebaño del Señor por las insidias de los lobos: y quienes no creen estar congregados con los peces malos, no solo son peces malos, sino que también han roto las redes de la unidad. Pero si ya en este tiempo entendemos que se hace lo que Jeremías dice, ¿Qué tiene la paja con el trigo? no podemos entender correctamente otra cosa, sino que aunque están en una sola congregación, hasta que al final de la ventilación también corporalmente se separen; sin embargo, el corazón del trigo está arriba, pero el de la paja está abajo. Pues la paja busca lo suyo, no lo que es de Jesucristo (Filip. II, 21): pero el trigo atesora tesoro en el cielo; y donde está su tesoro, allí también está su corazón (Mat. VI, 20, 21).

CAPÍTULO IV.---20. Así también deben entenderse las palabras de Isaías, que él, de manera similar, sin comprender, intenta torcer hacia la misma sentencia de su error. ¿Qué dice Isaías? Retiraos, retiraos; salid de ahí, y no toquéis lo inmundo: salid de en medio de ella, y separaos, los que lleváis los vasos del Señor (Isaías LII, 11). ¿Acaso deben repetirse las mismas cosas tantas veces, cuantas veces se explique cómo se realiza la separación del corazón de los malos? Pues no toca lo inmundo quien no consiente en el pecado de nadie. Sale de ahí, para que su causa esté a salvo ante Dios, si también, sin descuidar la disciplina de corregir y reprender, mantiene la paz. Porque quien desea abandonar corporalmente a los malos manifiestos, abandona espiritualmente a los buenos ocultos, a quienes se ve obligado a acusar sin conocer ni experimentar, mientras intenta defender su separación.

21. Pero que estos respondan, si Feliciano es puro, ¿por qué salió de en medio de ellos? Si, en cambio, es impuro, ¿por qué ahora toca lo puro? Y si entonces era impuro cuando estaba fuera, los que allí bautizó son impuros, porque tocaron lo impuro. ¿O todos se purificaron al regresar con él? ¿Pueden entonces purificarse aquellos bautizados fuera, a quienes no rebautizaron en su comunión? ¿Por qué entonces rebautizan a otros? ¿Acaso ser condenados por los trescientos diez que se reunieron en Bagai es alguna dignidad; y por eso cualquiera que venga a ellos de todo el mundo es rebautizado, porque el mundo entero no mereció esa dignidad de ser condenado por el concilio de Bagai? ¿Qué entonces? ¿Cualquiera que haya sido bautizado por Maximiano y sus compañeros que no regresaron a la comunión de Primiano, es rebautizado? ¿O se les perdona? Si son rebautizados, se viola la dignidad de Bagai: pues en ella también fueron condenados los bautizadores de estos. Pero si se les perdona, deben ser rogados para que vuelvan a reunirse en la ciudad de Bagai, y si tal vez ese número de trescientos diez ya está consagrado, que se reúnan tantos, y allí pronuncien sentencia contra todo el mundo, como la pronunciaron contra los maximianistas, para que cuando quieran rebautizar a alguien que venga de alguna parte del mundo, se defienda con igual privilegio, afirmando que debe ser perdonado como se perdona a quien bautiza un maximianista; porque ya no solo los maximianistas, sino también el mundo entero mereció ser condenado por el concilio de Bagai. Luego se liberarán a sí mismos de tan gran envidia, para que cuando comiencen a no rebautizar a los bautizados en la Iglesia, que está establecida por toda la tierra, si alguien les cuestiona por qué ya no hacen lo que antes hacían, respondan: Cuando hacíamos esto, aún no habíamos condenado al mundo entero con el concilio de Bagai: pero ahora, rogados, misericordiosamente concedimos condenarlos con tal concilio, como condenamos a los maximianistas, cuyo bautismo no repetimos. ¿Qué, entonces, es grande, qué difícil, otorgar a todas las naciones tal dignidad de condenación? ¿O es lícito repetir el bautismo del mundo entero, y no es lícito repetir la condenación del mundo entero? También de esto estén seguros, no encontraremos con qué concilio condenaron tantas naciones y provincias. Condenaron a unos pocos en África, por quienes fueron superados en el juicio de todo el mundo; ni se atrevieron después a condenar a los jueces ante quienes fueron superados: ¿qué sería más impúdico? ¿qué más insensato? Mucho menos pudieron condenar a los establecidos en otras partes del mundo, quienes prefirieron creer a tales jueces eclesiásticos, que a litigantes vencidos. Y sin embargo, el bautismo de los maximianistas, que trescientos diez donatistas condenaron en el concilio de Bagai, es reconocido, aceptado, admitido: pero el del mundo entero, por el cual la herencia de Cristo se ha exhibido como fue prometida, en la cual ellos mismos estuvieron hace pocos años, a quienes no pudieron condenar con ningún derecho, y no condenaron siquiera con la perversidad de un concilio, es desaprobado, exhalado, repetido. ¡Oh santa condenación, que los maximianistas merecieron; y laboriosa inocencia de las naciones, que entre ellos perdió el nombre cristiano, porque no pudo encontrar tal lugar de condenación!

22. Pero si solo aquellos que vienen de los maximianistas no son rebautizados, quienes regresan con sus bautizadores, como aquellos que regresaron con Pretextato y Feliciano: primero vean cómo confirman el mismo bautismo del cisma fuera de su comunión, en unos lo confirman, en otros lo exhalan, en parte lo honran, en parte lo violan. Pues donde violan, son culpables: pero donde confirman, se encuentran testigos de su culpa. Porque si después confirmaran de tal manera que ya dejaran de violar; no se llamaría discrepancia, sino corrección: pero cuando en algunos desaprueban lo que en otros aprueban; en estos son acusados, en aquellos dan testimonio contra sí mismos. Pregunto entonces por qué no bautizas a aquellos que Feliciano bautizó en el cisma de Maximiano: ¿porque recibieron el bautismo de Cristo, o porque de Feliciano? Si porque de Feliciano; lo dio entre los maximianistas condenado, lo dio fuera de vuestra comunión; este es el mismo bautismo, que también el de Salvio de Membresa y otros tales: pero si porque de Cristo; más vale para ti por el bautismo de Cristo Feliciano en Musti, que el mismo Cristo en todas las tierras; más vale para ti por el bautismo de Cristo sentado a tu lado y condenado por ti, que aquel sentado a la derecha del Padre y crucificado por ti. Se perdona en muy pocos el bautismo de Cristo, para no ofender a Feliciano: y no se perdona, para que el mismo Cristo no sea exhalado en miles de gentes.

23. Pero es increíble la ceguera de los hombres, y de ninguna manera sé cómo podría creerse que hay tanta perversidad en los hombres, si no se manifestara por la experiencia de sus palabras y hechos que tienen los ojos del corazón tan cerrados, que cuando citan los testimonios de la Sagrada Escritura, no observan en los hechos de los Profetas, cómo deben entenderse las palabras de los Profetas. Dijo Jeremías, ¿Qué tiene la paja con el trigo? no para que él mismo se apartara de la paja de su pueblo, sobre la cual decía tantas cosas verdaderas. Dijo Isaías, Retiraos, retiraos; salid de ahí, y no toquéis lo inmundo. ¿Por qué él mismo en ese pueblo tocaba la inmundicia que gravemente reprendía, en una congregación con ellos? Lean cuántas cosas dijo contra los malos de su pueblo, y cuán vehementemente y verdaderamente lo hizo, de quienes sin embargo no se separó con ninguna separación corporal. Dijo David: No me senté con el consejo de vanidad, y no entraré con los malhechores: odié la asamblea de los malvados, y no me sentaré con los impíos (Salmo XXV, 4, 5). Lean qué clase de personas toleró él en su tiempo en ese pueblo; quien rindió tanto honor al sacramento místico de la unción, que no lo despreciaría ni en el más criminal Saúl; más bien lo veneró tanto, que no podría hacerlo más. ¿No responderían ellos, si les objetáramos sus palabras con sus hechos: Nosotros ciertamente no tuvimos ninguna asociación en el corazón con tales personas, ni tocábamos lo inmundo donde el contacto puede contaminarse; es decir, nos apartábamos y salíamos de ellos en consentimiento y complacencia de conciencia, no solo no hacíamos tales cosas, sino que tampoco callábamos a los que las hacían? Pero estos sediciosos y locos, que buscan la defensa de su cisma en los oráculos de los Profetas, solo les queda, con impía locura, acusar las costumbres de los Profetas a partir de las palabras proféticas. ¿O dirán que en aquellos tiempos no se permitía a los justos apartarse del pueblo malo, pero en estos tiempos sí se permite? ¿Qué puede decirse más perverso, que en aquel tiempo los buenos no podían separarse corporalmente de los malos, cuando muchos sacramentos se observaban corporalmente; y ahora es necesaria la separación corporal, cuando ya se observan espiritualmente?

24. ¡Ay de los ciegos que guían y de los ciegos que los siguen! ¿Acaso no temen al decir estas cosas, que tal vez en alguna parte del vasto mundo, donde se ha difundido la fe y el nombre de Cristo, antes de que ellos se separaran, ya lo hayan hecho justos en alguna parte remota de las tierras desde las regiones africanas, y ellos aún vivían en la contaminación de la inmundicia que aquellos habían huido? ¿Quién les advierte, quién los asegura, si tal

separación de los malos debe hacerse, que esto nunca se hizo antes de que ellos lo hicieran, tan lejos que África no lo supiera, así como en las tierras más extremas de aquellas partes la parte de Donato es completamente desconocida? Tal vez dirán que no les pudo perjudicar lo que ignoraban. Así pues, tampoco puede perjudicar a aquellas tierras lo que se hizo en África, aunque dijeran la verdad sobre los crímenes de los africanos que mienten. Pero si dicen que no pudo ocultárseles si se hiciera: ahora digan, por todas las partes del mundo, que se ha hecho un cisma. Es demasiado lo que pregunto: que los donatistas de Cartago, o quienes sean en la ciudad de Cartago, digan cuántas partes se han hecho en Numidia y Mauritania de la misma parte de Donato, de las cuales deberían conocer todas las causas; no sea que algunos justos en aquellas regiones hayan evitado la sociedad y congregación de sus malos, y hayan salido de ahí, para no tocar lo inmundo, para no entrar con los malhechores; no sea que ya hace algunos años en algún rincón de Numidia o Mauritania, al separarse los granos, la paja haya quedado y no lo sepan. Pero ¿de dónde están seguros, sino porque tienen por cierto que no pudieron ser buenos quienes se separaron de la unidad de la comunión de Donato, que se difunde por toda África? Porque si sufrían a algunos malos en su vecindad, que no podían mostrar a los demás, debieron tolerarlos más bien que dividirse de tantos inocentes, a quienes no se podía persuadir de los pecados ajenos, aunque ellos los conocieran muy bien. ¿Por qué entonces no se concede esta inocencia al mundo entero en tanta multitud de naciones, dondequiera que se extienda la herencia de Cristo, para que sea cierta y segura, que aquellos que se dicen buenos, y se separan de la unidad de toda la tierra, demuestren con ello qué clase de personas son? Pues se consideran justos a sí mismos, y desprecian a los demás; y por eso no cantan el cántico nuevo, porque se exaltan con la soberbia del hombre viejo. Pues se separan de aquella comunión a la que se dijo, Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra (Salmo XCV, 1). Si fueran verdaderamente justos, también serían humildes: pero si fueran humildes, aunque sufrieran verdaderamente a los malos en la congregación de su vecindad, a quienes no pudieran expulsar de la unidad de Cristo, los tolerarían con amor de Cristo. ¿Cómo pueden tener un juicio justo sobre aquellos mismos a quienes acusan de malos en su vecindad, cuando con temeraria ceguera acusan a los desconocidos que están tan lejos de ellos? Pues si conocen o no que sus conciudadanos o vecinos a quienes acusan son malos, es incierto para el mundo entero: pero que se separan con temeraria ceguera de aquellos cuya vida no pueden conocer, es cierto para el mundo entero; y que los malos son tolerados con alabanza de paciencia, para que no se condenen los buenos desconocidos, es cierto para el mundo entero. Por lo tanto, el mundo entero juzga con seguridad, que no son buenos quienes se dividen del mundo entero en cualquier parte de la tierra.

25. Finalmente, si los Profetas advirtieron a los posteriores que se separaran corporalmente de las pajas antes del tiempo de la última ventilación, y con tal separación evitaran tocar lo inmundo, y no entraran con los malhechores, ¿por qué no lo hizo el apóstol Pablo? ¿Acaso no eran paja los que anunciaban a Cristo no por verdad, sino por envidia? ¿O no eran inmundos los que predicaban el Evangelio no castamente, de quienes testifica que estaban en la Iglesia de aquel tiempo (Filipenses I, 15, 17), y cuya caridad excelentísima, que todo lo soporta, también imitaron los posteriores? ¿O no es inmundicia la avaricia, que Cipriano no tocó con el corazón, y sin embargo vivió pacíficamente entre colegas avaros? ¿Acaso había ensordecido a las palabras de los Salmos, para sentarse en el consejo de vanidad, y entrar con los malhechores; no odiar la asamblea de los malvados, y sentarse con los impíos? ¿No era un consejo de vanidad en aquellos que deseaban brillar con abundante plata mientras los hermanos en la Iglesia pasaban hambre? ¿No eran malhechores los que arrebataban tierras con fraudes insidiosos? ¿No eran malvados los que aumentaban el interés con usuras multiplicadoras? Él, sin embargo, lavaba sus manos con los inocentes, y rodeaba el altar del

Señor. Por eso toleraba a los culpables, para no abandonar a los inocentes, con quienes lavaba sus manos, porque amaba la belleza de la casa del Señor, que estaba en los vasos honorables. En una gran casa no solo hay vasos de oro y plata, sino también de madera y barro. Y aquellos son para honor, estos para deshonra. Y se purificaba a sí mismo de tales cosas, para ser también un vaso para honor, santificado, útil al Señor, preparado para toda buena obra (II Timoteo II, 20, 21): y no se separaba de la gran casa por los vasos que eran para deshonra; sino que los toleraba en la unidad de esa casa, corrigiéndolos, de quienes se purificaba no imitándolos.

CAPÍTULO V.---26. Pero Parmeniano sabe citar las palabras del Profeta, que dice: No me senté con el consejo de vanidad, y no entraré con los malhechores: odié la asamblea de los malvados. Lavaré mis manos con los inocentes, y rodearé el altar del Señor: para escuchar voces de alabanza, y contar todas tus maravillas. Señor, amé la belleza de tu casa, y el lugar del tabernáculo de tu gloria. No destruyas con los pecadores mi alma, ni con los hombres de sangre mi vida: en cuyas manos hay delitos; su diestra está llena de sobornos (Salmo XXV, 4-10). Parmeniano sabe citar esto, y no se preocupa por advertir cómo se sirve a estas palabras sin ningún sacrilegio de división nefaria. Pues la belleza de la casa y el lugar del tabernáculo de la gloria de Dios está en los vasos, como dije, no en todos, que sin embargo están en una gran casa; sino en aquellos que son para honor, santificados, útiles al Señor, siempre preparados para toda buena obra. En estos, quien haya amado la belleza de la casa de Dios, y el lugar del tabernáculo de su gloria, tolera aquellos que son para deshonra, y no abandona la casa por ellos, para no convertirse él mismo en un vaso para deshonra, que sin embargo es tolerado en la casa, sino en estiércol que es arrojado de la casa; y por esa misma congregación temporal con los malos, ora diciendo, No destruyas con los pecadores mi alma, ni con los hombres de sangre mi vida: en cuyas manos hay delitos; su diestra está llena de sobornos. Esto ciertamente ora, para no perecer con ellos, con quienes la caridad que todo lo soporta lo exhorta a vivir, cuyo sacrificio precedió diciendo, Señor, amé la belleza de tu casa, y el lugar del tabernáculo de tu gloria. Porque amé la belleza de tu casa, y por ese amor tolero los vasos que son para deshonra, porque la caridad todo lo soporta, no destruyas con ellos mi alma. ¿No aparece en estas palabras la voz de aquellos que fueron profetizados por Ezequiel que gemían y se lamentaban por las iniquidades del pueblo que se cometían en medio de ellos; y porque eran vasos para honor, merecieron recibir una señal propia, para que cuando todos aquellos comenzaran a ser devastados y destruidos, Dios no destruyera con los pecadores sus almas (Ezequiel IX, 4)? Pero estos son infelices, que presumen ser purgados como trigo de la paja de toda congregación de malos. Pues por esta vanidad se han prejuzgado a sí mismos, para que en los pueblos que gobiernan, no se atrevan a corregir las turbas más iniquas y escandalosas para que se corrijan, no sea que por esto se vean obligados a confesar que hay malos, y se les diga: Ciertamente hablad como trigo purgado, ¿por qué confesáis tanta mezcla con estas voces? Y por eso, porque no son justos, no corrigen y reprenden con misericordia, sino que con el aceite de la adulación ungen las cabezas de aquellos a quienes quieren ser cabezas; porque no quieren estar bajo una cabeza que está en el cielo, en la unidad del cuerpo que está por toda la tierra: para que con razón se diga a sus pueblos, Los que os llaman felices, os llevan al error, y perturban las sendas de vuestros pies (Isaías III, 12).

27. Por tanto, quien no quiera sentarse en el consejo de la vanidad, que no se desvanezca con el orgullo de la soberbia, buscando asambleas de justos separadas de la unidad de todo el mundo, las cuales no puede encontrar. Los justos están por toda la ciudad, la cual no puede esconderse, porque está situada sobre un monte (Mat. V, 14). Me refiero a aquel monte de Daniel, en el cual la piedra cortada sin manos creció y llenó toda la tierra (Dan. II, 34, 35). A

lo largo de toda esta ciudad difundida por todo el mundo, los justos gimen y se entristecen por las iniquidades que se cometen en medio de ellos. Por tanto, que nadie busque justos separados; sino que más bien gima en concordia con ellos en la mezcla temporal de los malos. No se sentará en el consejo de la vanidad, porque allí se sentará donde habita; pero escuchará al Apóstol decir: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filip. III, 20). Allí no estará con los malhechores, allí no sufrirá la corte de los más perversos, allí no se sentará con los impíos. Habite en tal esperanza, para que merezca llegar alguna vez a la realidad de lo que espera. No hemos resucitado ya como Cristo, ni ya nos sentamos con Él en los cielos; y sin embargo, porque nos ha dado tal esperanza, y por esa esperanza ya de algún modo habitamos allí, dice el Apóstol: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. III, 1-3). En esa vida nuestra que está escondida con Cristo en Dios, no nos sentamos en el consejo de la vanidad, porque, como dice el Apóstol, "nos resucitó juntamente, y nos hizo sentar en los lugares celestiales" (Efes. II, 6); pero en esperanza, no aún en realidad. La esperanza que se ve no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Esta paciencia la han perdido estos miserables, y apresurándose a separarse antes de tiempo como si fueran trigo de la paja, han demostrado ser ellos mismos la paja más ligera llevada por el viento del campo. Por tanto, mantengamos lo que dice la Sabiduría: "El que me escucha, habitará seguro, y vivirá tranquilo, sin temor del mal" (Prov. I, 33). Mientras habitamos en esperanza, pensando no en lo que somos, sino en lo que seremos: porque somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos; porque cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 2): habitando en tal esperanza, porque esta morada no tiene malos, ni consejos de vanidad, ni malhechores, ni inicuos, ni impíos sufrimos; y sin embargo, no los sufrimos en la esperanza que no se ve en la congregación católica difundida por todo el mundo, hasta que pase la iniquidad, hasta que en el tiempo de la siega se recojan las cizañas (Mat. XIII, 30), hasta que al final el aventador separe la paja del trigo (Id. III, 12), hasta que los peces buenos sean escogidos de los malos, con los cuales fueron reunidos en la misma red, en la orilla (Id. XIII, 48), hasta que los cabritos sean separados de las ovejas con las que pastaron bajo un mismo pastor en los mismos pastos, al final a la izquierda (Id. XXV, 33).

28. Por tanto, no hay seguridad de unidad, sino en la Iglesia declarada por las promesas de Dios, que, como se ha dicho, está situada sobre un monte y no puede esconderse: y por eso es necesario que sea conocida en todas las partes de la tierra. Mantengamos, pues, firme e inquebrantable, que ningún bueno puede separarse de ella, es decir, que ningún bueno, aunque sufran a los malos conocidos, dondequiera que se encuentren, se separen temerariamente de los buenos lejanos e ignorados por el sacrilegio del cisma; para que en cualquier parte de la tierra donde esto haya sucedido, esté sucediendo o vaya a suceder, las demás partes de la tierra, lejanas y sin saber si ha sucedido o por qué ha sucedido, y sin embargo permaneciendo con el orbe de la tierra en el vínculo de la unidad, esa misma sea la firme seguridad, que no pudieron hacer esto, sino o por el furor del orgullo, o por la envidia de la envidia, o por la corrupción de la conveniencia secular, o por el temor carnal pervertidos. Por todas estas causas se logra que o los buenos sean infamados con falsos crímenes, o se crean falsamente cosas de los buenos, o incluso los malos que son tolerados por el vínculo de la unidad no dañan a los buenos, y se huyen perversamente de la paz de los buenos, cuando no se perdona la vejación de los trigos, usurpando para sí los hombres antes de la siega lo que los ángeles harán en la siega.

CAPÍTULO VI.---29. Siendo así las cosas, también se atreven los cismas sacrílegos o las herejías impías, si alguna vez son advertidos en el castigo para que se corrijan, a considerar las penas de su furia incluso entre los martirios. Pensando esto también Parmeniano, al final de su carta exhorta a Ticonio a permanecer en la parte de Donato y soportar las persecuciones, diciendo que no debe unirse voluntariamente a aquellos a quienes no se unieron por la persecución; añadiendo también el testimonio de la Escritura que dice: "¡Ay de los que perdieron la paciencia y se desviaron por caminos perversos! ¿Y qué harán cuando el Señor comience a mirarlos?" (Ecli. II, 16, 17), proponiendo todo de los Libros divinos contra sí mismos. Porque, ¿quiénes perdieron la paciencia, sino aquellos que no pudieron convencerlos de los crímenes que les imputaban, a quienes no quisieron tolerar por la paz de Cristo; y tarde después pensando, que su parte no debía ser dividida en muchas partes, incluso a los sacrílegos más manifiestos que ellos mismos condenaron, nuevamente recibidos por la falsa paz de Donato toleraron? Y ahora, finalmente, reconozcan y corrijan que actuaron impiamente, al menos por lo que sufrieron de Maximiano, aprendieron. Pero ciertamente se avergüenzan de ser corregidos por razones manifiestísimas, porque resistieron a las órdenes de los emperadores, para que no parezca que perdieron lo que se quejan de haber sufrido, al ser corregidos: como si no fuera mejor perder eso, que perecer. Porque si tienen alguna sombra, aunque falsa y engañosa, sin embargo alguna imagen de fortaleza, al no ceder al emperador que ordena: ¿cuál es la atracción de la alabanza humana, oponerse a la verdad más evidente? ¿Por qué con los ojos cerrados proponen tantos testimonios de las Escrituras, que entendidos y propuestos contra ellos mismos rechazan; que si se reciben según su entendimiento, no obstante los convencen de su perversidad? ¿No está escrito: "No contradigas de ninguna manera a la verdad" (Id. IV, 30)? ¿A quién sino a la verdad se contradice, cuando incluso al rey que ordena algo de la verdad se resiste? Pero el rey hombre que amenaza o que castiga, es molesto por un tiempo: no así aquel Rey que también se llama Verdad, que ahora también les clama por el profeta: "En vano he golpeado a vuestros hijos; no recibieron disciplina" (Jer. II, 30). Que por eso ahora amonesta misericordiosamente a través de poderes humanos, para que al final no castigue de tal manera que los soberbios no puedan jactarse de su condenación. Bajo la venganza de los reyes, la terquedad de los hombres puede querer ser alabada con el falso nombre de virtud; pero ser quemado en fuegos eternos, ni será, ni se llamará fortaleza. No habrá en aquel día quienes unjan la cabeza con el aceite de la adulación, ni quienes engañados por la variedad de la falacia sueñen coronados a los condenados, diciendo: "¡Bien, bien!"; y jurando por las canas de aquellos que no tuvieron cabeza sana, y por las articulaciones de aquellos que no conocieron el camino de la paz. Tales multitudes estos apartan de la unidad de Cristo, y deseando convertirlas a su nombre, mientras tanto se atreven a comparar los castigos temporales de su cisma con las pasiones de los mártires, para que se celebren los natalicios de sus penas con gran asamblea de hombres furiosos: de los cuales son aquellos que incluso sin ser perseguidos, se precipitan por los abruptos de los montes, para consumir una mala vida con una muerte peor. No habrá en aquel día pueblos necios a quienes digan: "Nosotros somos justos que sufrimos persecución"; y a quienes se venda la piedra reprobada por gema preciosa, es decir, la dureza carnal por la paciencia espiritual. No habrá quienes reciten los nombres de los príncipes de su furia en los altares, ya sea que los hayan dividido de la unidad de Cristo, o que los hayan erigido contra el nombre de Cristo. Estas son las recompensas que estos para recibir, mientras quieren tener lo que venden, excitan contra sí mismos la severidad de los poderes por una perversidad animosa, para que aquellos que son seducidos por ellos, y los consideran justos por eso, porque pagan las penas de la iniquidad, vuelvan al corazón, y consideren por qué sufren lo que se glorían de sufrir. ¿Cuánto habría sido que Parmeniano dijera a Ticonio sobre soportar persecuciones y la gloria de la tolerancia, lo que dicen todos los herejes, de los cuales se emiten órdenes similares de los reyes para ser corregidos o castigados; lo que ciertamente

dice también Salvius a sus Membresitanos, a quienes infligieron tantas heridas y afrentas los Abitinenses, por quienes estos merecieron ser expulsados de la Iglesia, para que incluso cadáveres de perros muertos fueran colgados a su cuello, para que finalmente con él cantaran y bailaran a voces y canciones deshonestas? ¿Qué discurso, después de haber sufrido tanto, pensamos que tuvo con los suyos, a quienes engañó miserablemente para que le construyeran otra basílica? ¿Cuánto dijo de la justicia, por la cual mereció sufrir tales cosas: persuadiéndose de ser santo porque sufrió; por eso ellos los más inicuos, porque lo hicieron. Se recuerda la antigua crueldad de los tiranos de Etruria, que unían cuerpos muertos a vivos, pero humanos a humanos: ¿quién recuerda haber oído o leído que cuerpos de perros a humanos, y esto a miembros episcopales? Es conocido por todos que los obispos suelen reprimir las danzas y juegos deshonestos: ¿quién recuerda que con los obispos se haya bailado por hombres que pidieron en auxilio del obispo? ¿O acaso Salvius no era entonces obispo, porque su condena se recita en la sentencia del concilio de Bagaia? ¿Qué, si él mismo después se reconciliara con Primiano, como fue reconciliado Feliciano, condenado por la "verídica boca del concilio plenario", como allí se recitan sus palabras, entonces sería obispo? ¿O acaso ya no sería admitido, porque el sacrilegio del cisma puede ser limpiado, como Feliciano; pero quien haya sido hecho inmundo por perros muertos colgados al cuello, no puede ser expiado? Me gustaría saber qué dicen a estas cosas, tan manifiestas, tan públicas, tan recientes, quienes nos objetan sus antiguas calumnias como si fueran nuestros crímenes. Cualquiera de ellos que piense que estoy lanzando falsedades, ¿qué grande es, qué difícil es, que cuidando de su alma vaya a Membresa, pregunte si estas cosas sucedieron, y las defienda, si puede? Porque si dice que estas cosas se hacen correctamente a los cismáticos, que trescientos diez obispos donatistas condenaron, no murmuren cuando sufren algo, aunque hayan sufrido, a quienes demostramos con la autoridad de todo el orbe que hicieron un cisma de la unidad de Cristo. Pero si dice que son leves las cosas que sufrió Salvius; pregunto si, si algún obispo donatista fuera obligado a bailar por el Emperador, y al no querer hacerlo, se le amenazara con bestias y fuegos: ¿no preferiría sufrir aquello que admitir esto; y cuando lo hubiera sufrido, no lo recitarían entre los santos mártires? Por tanto, Salvius sufrió cosas más graves con las que se bailó, que si hubiera sido quemado vivo. Porque si a cualquiera de ellos se le propusieran estas dos cosas, si preferiría, no bailar él mismo, sino que se bailara con él, que ser quemado vivo, ¿qué responderían que elegiría? Pero si dice que los Primianistas no obtuvieron nada más del procónsul, sino que Salvius fuera expulsado de la basílica por los Abitinenses, y que ellos hicieron por su cuenta todo lo que después hicieron cruel y deshonestamente: ¿por qué no se dice a sí mismo que los Católicos también pueden no pedir nada más a los Emperadores, sino que estos sean excluidos de las basílicas que retienen con nombre sacrílego, y que ellos por su cuenta, con el poder y la honestidad real mantenida, castigaron a los sacrílegos mucho más suavemente que los Abitinenses, sin ninguna ley imperial, sin ninguna orden judicial, castigaron a Salvius de Membresa? Considerando estas cosas, primero adviertan lo que hacen, y después lo que sufren: para que cuando cierran los ojos a sus hechos, y abren los ojos a sus penas, sufran aquí en vano cosas temporales, y en el último juicio de Dios también por esto mismo que en vano los advirtió con tales molestias para que se corrigieran, sean castigados con eterno suplicio. No replico cosas antiguas, donde engañan a quienes pueden: hablo brevemente, presento lo presente, lo señalo con el dedo. Los Maximianistas condenados son recibidos; las naciones desconocidas son acusadas. Se acepta el Bautismo de los Maximianistas; se exhala el Bautismo del orbe de la tierra. He aquí los Asuritanos, he aquí los Mustitanos, he aquí no hace mucho muerto Praetextatus, he aquí aún vivo Feliciano, he aquí sus nombres entre los condenados en el concilio de Bagaia alegados en los registros proconsulares, tales hechos recientes y presentes, indican suficientemente cómo fueron desde el principio. Si sufren algo por tales perversidades e iniquidades, si no quieren corregirse, al menos no se atrevan a gloriarse.

